

**UNIVERSIDAD CENTRAL (MADRID)
FACULTAD DE MEDICINA**



TESIS DOCTORAL

Estudio médico-social del niño golfo

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR

José Sanchís Banús

Madrid, 2015

TESIS DOCTORAL

ESTUDIO MEDICO-SOCIAL

del

NNO GOLFO

Memoria presentada en la Universidad Central

por

D. JOSE SANCHIS BANÚS

para optar al grado de Doctor en Medicina

+

S U M A R I O

Los inadaptados extrasociales y antisociales. .

Los inadaptados extrasociales: mendigos, vagos, golfos.

Golfos normales y golfos anormales.

Golfos normales: por inducción, por explotación, por abandono.

Golfos anormales: ideas generales sobre anormalidad y clasificación.

Golfos anormales mentales: por hipofunción, por parafunc ideas generales y casos clínicos.

Golfos anormales morales: por hipofunción, por parafunci ideas generales y casos clínicos.

Golfos anormales motores y sensoriales.

El tipo medio golfo.

Conclusiones.

Excmo. Sr.:

Cuando por mandato ineludible de la ley, por justificadas exigencias que tienden a establecer el nivel cultural preciso para ostentar honrosamente la investidura a que aspiro, hu-
be de elegir tema para mi discurso, no fluctuó mi voluntad e
las incertidumbres de la duda ni se ofuscó mi razón con el e-
pejuelo de la gloria.

Labor debiera ser esta tan depurada, oro de tan buena ley,
constituyera la representación de un paso de gigante en el c-
no del progreso.

Mas no a todos los hombres es dable dar cima a altas empre-
ni todas las inteligencias pueden ser iluminadas con la desl

brante luz del genio, y así, fuerza es para los humildes contentarse con aportar un óbolo modesto al acervo de la Ciencia.

Insignificante es mi ofrenda si a su valor intrínseco atiende; pero es, a cambio, expresión sincera del ansia vehementemente con que anhelo descubrir los ricos filones del saber siguiendo la senda de la investigación cuyo primer fruto exponen en el presente trabajo, al que quisiera haber impreso el sello de la originalidad que el uso ha establecido como condición necesaria para alcanzar la suprema sanción científica que ha de otorgarme, si a bien lo tiene, el tribunal que me escucha.

En el campo de la Medicina como en ningún otro, los límites se esfuman en las lejanías de lo desconocido: las tierras inexploradas que guardan sus bellezas y brindan sus tesoros al colonizador tenaz y decidido, son inmensas.

Un solo concepto contenido en los libros que créen exponer ciencia constituida, plantea muchas veces arduos problemas, cada uno de los cuales, frecuentemente exige para su acertada resolución especialísimas aptitudes, y aun con ellas muchos años de labor constante.

He aquí por qué es para la Ciencia estéril la inquieta actuación de la inteligencia aplicada sin perseverancia a fines varios, y he aquí por qué la especialización es necesaria para alcanzar el máximo provecho en el cultivo de una rama dada de los humanos conocimientos, y he aquí por qué finalmente, no siendo todos aptos para todo, debe cada cual dedicarse a los estudios que, siquiera fuesen superiores a su capacidad, se hallen al menos acordes con su particular estructura mental y con la orientación general de su educación científica.

Desde hace mucho tiempo laboré junto a mi padre, el Doc Sanchis Bergón, de Valencia, en cuestiones psiquiátricas y de Medicina social. Inducido quizás por el ejemplo, pero seguramente inclinado a ellas también por natural vocación fortalecida con la lectura, en ellas quise hallar el motivo de mi tesis, atrayéndome singularmente el "estudio médico-social del niño golfo" que a la indulgencia de este docto tribunal someto.

Todas las investigaciones que se realicen en el terreno de las ciencias de observación exigen una labor previa, tal vez la menos brillante, seguramente la menos fructífera, pero con certeza la más necesaria. Esta labor es la de plantear el problema cuya resolución se acomete en su verdadero terreno,

y proponer los métodos de estudio más apropiado.

Sólo de esta manera es posible establecer con claridad los jalones mentales precisos para orientar al espíritu en el camino que conduce a la verdad. No puede dudarse que todo el mérito de muchos investigadores a quienes coronó la gloria por haber arrancado a la Naturaleza alguno de esos secretos que tan celosamente guarda, consistió en dirigir sus pesquisas de una manera tan conveniente, que la verdad surgió de ellas como lógica consecuencia de una premisa cierta, como recógese el oro cuando habilmente se lava el cuarzo que lo contiene.

Los ejemplos de ello son tan abundantes en la historia de la Ciencia, que la dificultad estriba en escoger el que sea más elocuente. Llevaba siglos de existencia el microscopio, se conocía desde el P. Kircher el microcosmos de las bacterias,

y sin embargo la teoría de la infección sólo nació cuando los genios magníficos de Pasteur y Koch fecundaron los métodos experimentales y los aplicaron a la Patología humana. Casi al mismo tiempo Lister creaba la antisepsia, fruto de su maravillosa intuición y de su dilatada experiencia quirúrgica y sin embargo, muchos médicos, muchísimos cirujanos, conocían ya los caracteres especiales de las enfermedades infecciosas, las circunstancias que rodean a la supuración. Pero ninguno de ellos al preguntarse el por qué de los hechos que la clínica que le presentaba, acertó a relacionarlos con las causas microscópicas de enfermedad, ni logró sistematizar sus conocimientos del modo magistral que lo hicieron dichos investigadores.

Muchos miles de hombres habrían visto caer a sus pies los frutos desprendidos de los árboles antes de que Newton se vie

se sorprendido por la manzana que estuvo a punto de herirle. Pero seguramente ninguno de ellos acertó a preguntarse como el inmortal matemático: "¿Por qué si la manzana cae sobre la tierra no cae la luna, que pesa onormemente más?" Y si alguien se hizo tan peregrina pregunta, no supo darle respuesta que valiese lo que la teoría de la gravitación universal.

Todos estos investigadores ilustres, a parte el poderoso influjo de su genial mentalidad, tuvieron antes que nada un indiscutible acierto en plantear las cuestiones de una manera lógica y resolverlas con métodos particularmente apropiados.

Si ello es ley que con el fracaso castiga sus transgresiones, fuera torpeza insigne apartarse conscientemente de su cumplimiento. Preciso se hace, pues, iniciar este estudio con una delimitación que concrete su objeto y que justifique también los métodos empleados en la investigación.

En el expuesto orden de ideas la primera pregunta que se impone al espíritu es ésta: "¿Que es el golfo?" A darle respuesta apropiada tienden las consideraciones siguientes.

La teoría celular dejó establecido un nuevo concepto del hombre como organismo. Los datos de la Anatomía general probaron, en efecto, que todos los seres complejos están constituidos por la asociación de un inmenso número de otros seres más pequeños, de células, que por ser las menores porciones materiales poseedoras de forma propia, fueron también llamadas unidades anatómicas. Cuando se lleva más allá el análisis de la materia viva se llega a los principios inmediatos, a las espe

cies químicas, a los elementos en último análisis; pero la vida se detuvo en la célula, desapareció allí donde perdióse la facultad de "conservar la forma específica a favor y a pesar del cambio de materia y energía", como dijo nuestro Letamendi. La célula, además de unidad anatómica, es también unidad biológica: es la más pequeña porción material apta para servir de base física a la vida.

No todos los organismos son asociaciones celulares: existen algunos de ellos constituidos por un solo elemento anatómico, hay seres monocelulares. Y en éstos una sola célula ha de desempeñar toda la enorme complejidad de funciones que la vida requiere. Claro que en este caso las exigencias del funcionalismo son mucho menores respondiendo a la simplicidad de estructura: son más bien esbozos de funciones, pero es lo cierto que existen todas las que la vida reclama para desenvolver

1Patología general, t. I.

Es necesario considerar las diferencias que separan a la célula como ser vivo independiente, y como elemento formativo de un organismo superior. La unidad en todas las ciencias naturales es el individuo. Y es muy lógico que el elemento anatómico posea atributos diferentes, según desempeñe el papel de individuo o de parte constituyente de un individuo.

Así ocurre en realidad: todas las funciones en el ser monocelular tienden a la conservación de su vida individual y específica; todas las funciones en el organismo complejo están orientadas así mismo al propio fin de conservar la vida del individuo y la de la especie: pero en este segundo caso tal doble finalidad no está en manera alguna necesariamente de acuerdo con las exigencias de la vida de los elementos cuya asociación engendra al ser policelular.

Muchas veces la conservación de la vida en el organismo complejo exige la muerte de cierto número de células que la forman, y éstas perecen. Se diría que al agruparse los elementos anatómicos adquieren un cierto altruismo muy lejano de aquel struggle for life que dirigía su vida cuando eran independientes: la vida celular desaparece y se eclipsa ante la vida del individuo.

En cambio el elemento anatómico hállase bruscamente bajo el imperio de la ley del trabajo fisiológico: no existe ya en cada célula aquella enorme complejidad funcional; en el concierto de la organización cada elemento tiene una tarea señalada para contribuir a la vida colectiva. El famoso consensus, conspiratio una, es algo que tiene un sentido muy concreto que seguramente no sospecharon los clásicos.

Desenvuélvense en las células aptitudes funcionales especialísimas, mientras otras se atrofian, se reducen a un grado rudimentario. La nueva célula, cuanto más diferenciada más inepta es para vivir aisladamente, más incapaz de constituirse en individuo: en el decurso de su existencia surgieron múltiples necesidades que solo puede satisfacer el colectivismo de la organización, ya que la célula misma perdió la facultad de llenarla por sí sola. Y si alguna vez el elemento anatómico, rota la armonía del organismo, se independientiza, reclama para sí la fuerza de la individualidad, la sociedad celular que solo subsistía merced a la unidad de acción, de leyes y de fines, enferma.

No es absurdo establecer un paralelismo, que resulta muy natural entre los organismos superiores considerados como agrupación de células, de elementos anatómicos, y las socie-

des entendidas como reunión de hombres, de elementos sociales. La idea de tal analogía no es original, ni siquiera reciente, García Hurtado ¹, en un libro muy curioso, aunque muy incompleto dice: "La nación, el Estado y la sociedad son una reunión de individuos o células que tienen su anatomía, su fisiología, su patología y su terapéutica." Otros muchos autores de Sociología y de Medicina han iniciado el mismo pensamiento. Ha sido sin embargo Cajal ² uno de los que con mayor elocuencia y más clara intuición de la realidad ha dado forma a la supuesta analogía.

Y ello no puede ser más evidente ni más fructífero. La sociedad considerada como organismo complejo, y el hombre entendido como célula social, entrañan una concepción nueva del di-

¹ Estudios de Patología social, 1909.

² Discurso de apertura del III Congreso de la A.E.P.C.
Madrid 1913.

namismo de la vida colectiva, que forzosamente llevará a reunir en leyes tan inmutables como las de la organización y la vida todos los principios de la sociología, y esta saldrá de la categoría de ciencia especulativa para entrar de lleno en el grupo de las ciencias experimentales y de observación.

Se ha dicho que la analogía entre la sociedad y los organismos es profundísima, la comparación entre ambas entidades, exacta.

Efectivamente: el hombre aislado, el organismo social monocelular ha de subvenir a todas las necesidades de su existencia; pero la agrupación de hombres, la sociedad a la vez que impone a estos ciertos deberes, sujétalos a una especialización absolutamente análoga a la división del trabajo fisiológico. Y si el salvaje es capaz de procurarse su alimentación con la caza y con la pesca, de condimentarlas de un modo primitivo, de construir su vivienda, de curar de un modo burdo sus heridas o sus

enfermedades, el hombre que vive en el seno de una sociedad compleja es incapaz de realizar tales actos. Vive en la casa que otros construyeron, come los que otros cazaron y condicionaron cuando se hieren o enferma halla una sabia experiencia que le cuide... pero en cambio él debe rendir al común acerbo del organismo social el fruto de su trabajo, la contribución de su tarea al bien estar común.

Siguese de aquí que el hombre y el medio social en que vive hallanse ligados por ciertas relaciones inmutables que no pueden jamás romperse. Existe una forzosa dependencia entre la sociedad que impone deberes y concede derechos, y el individuo que cumple los primeros y goza de los segundos. Cuando un individuo no desempeña su misión social, constituye una anomalía, algo que se aparta del funcionamiento normal del curso natural de los fenómenos; es para la sociedad un hecho morboso, una verdadera enfermedad. Es, en una pala-

bra, un inadaptado.

No puede ciertamente afirmarse que tales individuos constituyan rarísimas excepciones en las sociedades actuales. Por el contrario, parece que su número es cada vez mayor podría decirse que crece con la complejidad del organismo social. Una ojeada a las estadísticas prueba de un modo terminante que los detritus sociales, *déchets sociaux* ¹, son cada vez más abundantes. Y es que la sociedad, como un organismo cualquiera cuanto más trabaja más consume, y cuanto más consume más elimina. Una invencible sensación de horror invade el ánimo cuando se llega a contemplar en toda su hediondez el espectáculo de los inadaptados a las modernas organizaciones de los pueblos.

¹ Marie, *Les vagabonds*, Paris, 1912.

Juderías 1, en su estudio de detalle muy completo, traza de mano maestra el cuadro del vicio en las ciudades que se tienen por más perfectas en la esfera cultural. Y es que parece que los vicios siguen a las avanzadas de la civilización, como siguen los lobos a la retaguardia de un ejército. ¡Ay del débil, del enfermo o del herido! Caerá para no levantarse más: nada ni nadie podrá salvarle.

Pero el estudio de los inadaptados presenta un aspecto particularmente interesante, un capítulo en el que la atención se concentra, tal vez de un modo instintivo, porque en él se hermanan en un ayuntamiento absurdo el mal con la incapacidad para comprenderlo, el hecho delictuoso con la insuficiencia de la voluntad para no ejecutarlo: este capítulo es el que se re-

1 La miseria y la criminalidad en las grandes ciudades de Europa, etc.

fiere a los niños.

Y es preciso notar que hay algo más que condiciones de sentimentalismo en el interés de este problema; es preciso saber que en el intenso movimiento pro infancia que ha caracterizado a todo el siglo XIX, hasta el punto de haber merecido de Lhotzky el título *der siecle des Kindes*², ha habido y hay un enorme interés de defensa social. El niño inadaptado será, con el tiempo, un obstáculo a la triunfante marcha del progreso: que no ejercer el bien es la condición más favorable para hacer el mal.

Este interés de defensa social de que se ha hecho mención, se concreta principalmente en dos terrenos: en el etiológico, porque no siendo posible admitir que actúen sobre la niñez las mismas sollicitaciones que determinan los actos del hombre adul-

² Sanchis Bergón, *Etiología y profilaxix de la criminalidad inf*

to, hay que concluir que el niño inadaptado u obra por sugestión del medio social que le rodea o por anormalidad de su psiquismo; o es un inducido o un enfermo. Y como corolario de esta afirmación, la obligada consecuencia en el terreno terapéutico se puede hacer de un niño rebelde un ciudadano útil a su patria: de la crisalida enferma una mariposa sana, apartándola del medio en que vive o modificando por una educación apropiada las condiciones de su anormalidad. El pronóstico de la infancia es mucho más benigno que el del resto de los inadaptados.

Se ha venido hasta ahora hablando de los niños inadaptados en general. No es posible, sin embargo, confundir en un solo bloque el número inmenso de variedades que dentro de la especie caben. La tarea de la clasificación es en este punto difícil como en ningún otro. Bonjean¹, el ilustre jurisconsulto francés, se expresa en estos términos:

¹Les enfants revoltés, París 1898.

*Desde hace un siglo aproximadamente se han codificado leyes y reglamentos, formulado tesis muy sabias sobre los niños huérfanos, expósitos, abandonados, asilados, materialmente abandonados, moralmente abandonados, despreciados, maltratados, en peligro moral, insomnidos, viciosos, mendigos, vagabundos, delincuentes, criminales, y no quiero ver en estas riqueza de fórmulas otra cosa que el ardimiento que se ha apoderado de todos los espíritus, ya que no de todos los corazones, para comenzar y aconsejar la lucha enérgica contra todas las miserias que amenazan ese algo sagrado que se llama la infancia.

*Pero la mayor parte de estas expresiones se comprenden mal y no corresponden a categorías bien separadas; son expresiones puestas en moda por cierta tendencia, o mejor, por una tendencia demasiado cierta, a resolver las cuestiones más graves, por eficacia de una terminología de importación extranjera.

"Sin embargo, cuando se piensa en el problema, todos los niños a los que afecta se agrupan más naturalmente en dos clases perfectamente distintas: la infancia abandonada y la culpable.

"Y en efecto, la infancia abandonada ¿no abarca en su título con la misma lógica a los huérfanos, a los niños aislados o asilados, a los niños abandonados, con o sin los adverbios más o menos propios con que se les ha gratificado, a los niños sea en peligro moral, sea en peligro físico, es decir, mal tratados?

"Y la infancia culpable ¿no comprende también a los viciosos, a los rebeldes, a los delincuentes propiamente dichos, sean vagabundos, mendigos o ladrones, en fin, los criminales,

es decir, aquellos que ocupan el primer escalon de la categoría creada por el Código penal?"

Integramente se ha reproducido in extenso la opinión autorizada de Bonjean, porque ella prueba mejor que ninguna argumentación con que enormes dificultades tropieza una clasificación lógica de niños inadaptados. No es posible estar de acuerdo con el autor francés en que sus dos agrupaciones de "infancia abandonada" e "infancia delincuente" son muy naturales. Tampoco naturales son, que a poco que en ellas se piense se ve que los límites que las separan son perfectamente teóricos.

En efecto, ¿hay alguna razón para que uno de los niños abandonados no sea delincuente al mismo tiempo? ¿en que grupo habría que incluir al mísero inclusero, que jamás conoció el dulcísimo calor del hogar, raterillo de ocasión? ¿sería delincuente o abandonado? ¿habría que recurrir al grado de delin-

cuentía o de abandono, para, valorándolas comparativamente, dejar al individuo con la etiqueta de la tara que más pesa sobre él? Esta cuestión de matices ya es por sí absolutamente incompatible con la inamovilidad de una clasificación lógica.

Pero hay más: la clasificación de Mr. Bonjean es incompleta. ¿Puede tenerse como abandonado al dromómano que no puede permanecer en su hogar? ¿Cabría considerar como delincuente al epiléptico arrastrado por una impulsión? Evidentemente, no. Los mismos hechos están diciendo de un modo harto elocuente que precisa establecer un nuevo grupo: el de niños anormales, que el autor, antilombrosista decidido, no quiere establecer porque el lo le parece una censurable concesión a la escuela criminalista italiana.

No es posible, sin pecar de parcialidad, hacer que la censura recaiga únicamente sobre el criterio de determinado autor.

En las cuestiones relacionadas con la infancia anormal basta sólo desflorar la ya abrumadora bibliografía que a ella se refiere, para observar qué enorme confusión reina en los conceptos y en las palabras, qué impropiedad en el lenguaje, qué imprecisión en las ideas, qué vaguedad en la nomenclatura. Ciertamente todos los retoños del árbol frondoso de la psiquiatría adolecen de idénticos defectos, pero en el estudio de la Medicina social parecen haberse multiplicado las inexactitudes. Y ello por una razón muy simple: porque habida cuenta de la naturaleza de éstos estudios, bien se comprende que muchos los cultivaron sin poseer la necesaria preparación especial; y aquellos que llegaron del campo de la psicología o de la sociología sin más bagaje que sus criterios psicológicos o sociológicos, fueron incapaces de comprender el aspecto médico del problema; desconocedores de orientaciones y tecnicismos, concedieron a las

palabras un valor que no era el que en la realidad científica correspondía. Así es posible ver en centenares de artículos, revistas y folletos, confundidos, barajados e identificados los niños delincuentes con los anormales, los retrasados con los imbeciles, los vagos y los golfos con los prodioseros. Este es el momento de renovar el propósito que antes se enunció de sujetar la reinante confusión de ideas a la severidad de un criterio igualmente inspirado en la lógica y en las orientaciones generales de la Medicina actual: empresa que nada tiene ciertamente de fácil si fuera dable llevarla a feliz término.

La primera diferencia que es preciso establecer con claridad es la que existe entre la naturaleza de los criterios de clasificación, considerados aisladamente. Se ha dicho ya que el estado de higidez, así en el terreno de la sociología como en el de la biología general, está representado por la perfec-

ta adecuación entre las acciones mesológicas, vitales o sociales y las reacciones específicas del individuo que aquéllas despiertan.

He aquí, pues, dos elementos, dos fuerzas antagónicas, cuya resultante será, bien la adaptación del organismo a su medio social, o bien la inadaptación, el hecho morboso. Ya desde luego puede advertirse que algunas de las circunstancias que como criterios de clasificación han sido aceptadas pertenecen a la acción del medio social, otras son propias del individuo mismo, otras, en fin, caracterizan a la reacción individual específica. Así ocurre en la clasificación de Bonjean con el abandono, condición del medio social, con la anormalidad, propiedad del individuo, y la delincuencia, resultado de la anormalidad sumada al abandono: y así posible es que un niño sea a la vez abandonado, anormal y delin-

cuenta; por ello estas tres denominaciones jamás podrán constituir apartados diversos de una clasificación científica, ya que los tres atributos que ellas representan no se excluyen en un mismo sujeto y pueden calificarle simultáneamente.

?Que camino debería emprenderse para lograr resultados satisfactorios? No puede sorprender que cuando quiere acometerse con lógica el problema de los niños inadaptados planteado en el terreno médico-social, sea un criterio médico-social el que sirva de guía para agrupar metódicamente los hechos; el carácter común se sabe ya cuál es: la desarmonía entre el medio social y el individuo que en aquél se desenvuelve, la inadaptación. Véase ahora de que distintas maneras puede ella traducirse afectando al género de vida:

Niños inadaptados.	{	Antisociales: Delincuentes.	{	Normales médico
		Extrasociales.		
			Pordioseros.	
			Golfos.	

Nada más natural que la primera de las divisiones establecidas, aunque juzgada ligeramente, atendiendo al valor de las palabras más que al de los conceptos, tal vez parezca una sutileza escolástica, un retruécano, una ingerencia de la literatura de tropos en la severidad del lenguaje científico. Y sin embargo, entre los antisociales y los extrasociales existe toda la diferencia que hay entre el mal que se hace y el bien que deja de hacerse: unos pecan por acción, otros por omisión; acudiendo a analogías biológicas podría decirse que los primeros son toxinas

sociales, los segundos excretas, detritus o residuos sociales, Unos dañan, los otros no benefician.

Tan fundamental es la diferencia que, a pesar de que en las leyes escritas se ha intentado borrarla declarando delito la mendicidad o la vagancia, nunca el común de las gentes, gracias a aquellas rudimentarias ideas de derecho natural que viven en las colectividades, quiso llamar delincuente al vagabundo o al pordiosero. Porque la idea de delincuencia envuelve la ley conculcada por el que delinque, y en extrasocial sólo hay un olvido de ciertos preceptos legales, no una violación de los mismos. Elevándose un poco a otras esferas podría decirse que tal es el defecto de las éticas prohibitivas: no basta ordenar que no se haga el mal, sería preciso preceptuar que se hiciera el bien.

Y he aquí ya la cuestión especialmente concretada al estu-

dio de los extrasociales, sin que por ello !triste es confesarlo! pueda afirmarse que ha ganado nada en claridad ni en exactitud de límites.

De nuevo la terminología, plagada de palabras de impreciso significado, de nuevo la taxonomía, llena de ilógicas clasificaciones, de nuevo los defectos todos que se denunciaron más arriba. Y ante el riesgo de tener que acudir a una profesión bibliográfica de dudosa utilidad, hay que prescindir de críticas para realizar tan solo una labor positiva: ella está en este caso representada por el apuntado esbozo de clasificación de niños extrasociales.

Cuando en los comienzos de este estudio se hacían notar las profundas analogías que existen entre las sociedades consideradas como conjunto de hombres y los organismos estudiados como reunión de células microscópicas, insistíase allí en la marcada relación de dependencia que liga las vidas de los e-

lementos anatómicos con la vida del organismo complejo de que forman parte; y se decía allí también que la vida en común impone a los hombres, como a las células, ciertas leyes, a las que no están sujetos los elementos que viven aisladamente, de una manera autónoma.

Tales leyes, en número muy corto, representan los principios generales en virtud de los que las acciones vitales de las unidades anatómicas se orientan en el sentido de la conservación de la vida individual y específica del ser de donde proceden. Y estas leyes en los organismos como en las sociedades, son tres: la ley del trabajo, la del rendimiento y la de la dependencia.

Es la primera principio general de ética; pero sinó lo fuera, habría de establecerse como condición necesaria y fundamental para la existencia de las sociedades y de los organismos; a la ley del trabajo nadie puede faltar en una sociedad sanamente

constituida o en un organismo en estado de hígidez. Los hombres y las células, que tienen en el medio cósmico enérgico las fuentes de su vida, devuelven en el ciclo eterno de la materia y la energía cuanto adquirieron, después de transformarlo y utilizarlo. El hombre es una máquina que, si consume, está obligada a producir, a dar trabajo.

Y sin embargo, este trabajo aún tiene que estar condicionado por su contribución a la utilidad común, al provecho para la sociedad en que vive el ser que trabaja. En los organismos, la ley de la división del trabajo fisiológico no es más que una síntesis de los dos principios expuestos: cada célula trabaja, y trabaja de tal modo que es útil a las demás.

Ello prueba que todos los elementos sociales están sujetos a una particular subordinación, a una ley de dependencia que obliga al hombre a moverse dentro de ciertos límites, señalados

por el bien común; y ello prueba también que, como se ha dicho, tres principios fundamentales regulan las relaciones entre el hombre y la sociedad en que vive: el del trabajo, el del rendimiento y el de la dependencia. Cuando un extrasocial se aparta de la ley del trabajo, se le llama vago; cuando no se adapta al principio del rendimiento, se le designa con el apelativo de mendigo; cuando no quiere someterse a la ley de la dependencia es un golfo.

Estos tres tipos de extrasociales, tomados de la realidad, no son sinó jalones, puntos de referencia para una ordenación de ideas: entre ellos todo los tipos intermedios existen, y hay el mendigo-golfo, o el mendigo-vago, como hay el golfo-vago y el golfo-mendigo. No será inútil insistir en estas ideas para dejarlas bien establecidas.

La condición característica del vago es su amor a la ociosidad. Nuestro Maestro diría que ha perdido el cuarto instinto de su esquema, el del trabajo, si fuera posible admitir que el vago sea siempre un anormal. No es así: que muchas veces el vago lo es por educación, de una manera secundaria, adquirida, y todo su psiquismo responde con normales reacciones a las acciones normales del medio.

Por lograr el ideal de vivir sin trabajar, el vago pierde su independencia, y hasta muchas veces los medios de vida que tenía asegurados mediante un pequeño esfuerzo.

En estos niños hay una resistencia pasiva, pero invencible al trabajo, cualquiera que sea su ídolo: castigados, maltratados muchas veces por los que les rodean, que no tienen por desgracia un claro defecto de su misión educativa, el niño vago resiste con un estoicismo inverosímil golpes y castigos, pe-

ro no trabaja: lo más que se logra cuando las correcciones menden, es que huya de su casa. Esta reacción, muy frecuente, engendra un golfo.

El ejemplo siguiente, elegido entre varios al azar, es bastante demostrativo desde el punto de vista de la psicología de los vagos:

M.B. de diez años de edad, natural de X (Alicante) ¹, hijo de

¹ Conviene advertir que X es un pueblo de 4.000 habitantes, entre los cuales más de un tercio sufre tracoma, con lo que imposibilitados para el trabajo dedicanse con sus familias a la mendicidad, constituyendo verdaderas caravanas que invaden Alicante y Valencia. El contagio de la enfermedad que sufren por una parte, y por otra el hábito de la holgazanería que los hijos adquieren, unido a los frecuentes enlaces entre individuos de tal condición, están dando lugar a la creación de una ver-

padre fallecido a consecuencia de tuberculosis pulmonar en 1908 y de madre a la sazón, 1911, en enferma de igual afección probablemente. Tiene un hermano mayor cuyo paradero se ignora y una hermana menor que con él vive, Sus padres, pertenecientes a la clase social de los sin trabajo, anduvieron errante largo tiempo la madre, ya viuda, trasladose a pie, con los niños, desde Barcelona a Valencia, donde vivió algunos meses de la caridad pú -

dadera casta de inválidos mendicantes y vagabundos, que lleva camino de perpetuarse si los poderes públicos no intervienen rápida y enérgicamente. Merece citarse esta circunstancia porque ella demuestra la complejidad etiológica del caso expuesto, en el que, con la misma eficacia causal, figuran la acción del medio y la inducción por el ejemplo vivo.

blica y del producto que obtenia su hijo del pordioseo, cuyo ejercicio dió lugar a que en dos ocasiones distintas fuese castigado con tres dias de arresto el pequeño mendigo.

Entre tanto la dolencia de la madre sufrió una agravación, motivada por su género de vida, y tuvo que ingresar en el Hospital, donde al poco tiempo murió, quedando así sus hijos en el mayor abandono. Socorridos por algunas asociaciones benéficas, hizose una de ellas cargo del niño, que en este concepto ingresó en la Asociación Valenciana de Caridad, donde pudo realizarse esta observación:

Es un niño de mediana talla, brazos largos, subbraquicéfalo, de cara achatada, frente baja y orejas pronunciadamente en asa. Tartamudea ligeramente y sus impresiones digitales presentan la curiosa particularidad del adeltismo en ambos pulgares.

El examen psiquico pone de manifiesto que la potencia re-

tentiva de su memoria, especialmente para nombres y fechas, es muy escasa. Su imaginación es pobre, y todas las operaciones del juicio se realizan con lentitud notoria. Esta mentalidad débil es, además, incapaz de aplicarse con energía a un objeto: la inatención es la cualidad dominante de tal espíritu. Posée notables facultades inmitativas y ello simula un sentido artístico que en realidad no existe: así declama con tono apropiado o dibuja con relativo acierto, pero en todo caso ha de haber oído o visto modelos ad hoc, por que de otro modo nada puede esperarse de su iniciativa.

En el orden moral, su característica, la cualidad que entre todas las otras descuella, es una invencible resistencia pasiva a todo trabajo: desconfiado, socarrón y mal intencionado tiene inquebrantable firmeza en sus resoluciones de no hacer; ni la dulzura ni la severidad le vencen. Es desafecto para quie

nes le rodean y no tiene amigos entre sus compañeros. Idea diabluras incitando a los otros a que las cometan, y en apurado trance, cuando se le reprende, sino puede probar una cartada cuidadosamente urdida, acusa a los demás. Es hipócrita, embustero, muestra un amor exagerado a la propiedad, respetando la ajena. No es pendenciero, pero tan poco cobarde. El daño de otro le deja insensible. Es vengativo y cruel en la realización de los hechos a que ésta pasión le empuja. Todos sus movimientos están, sin embargo, limitados por una verdadera "ley de trabajo mínimo". Trátase en resumen, al parecer, de un anormal ligero del grupo de los invéciles.

Como consecuencia de las apuntadas cualidades, B. se distingue entre los acogidos por su pereza, su desaseo y su estoicismo. Escucha impasible las amonestaciones, y los castigos que le comentarlos diciendo: "Prefiero ésto a estudiar o a limpiar-

me las botas."

Su persistente inactividad obliga a recluirle en una celda de castigo, amplia, soleada, pero sin otras vistas que un patio no utilizado. Se le tiene a ración de sopa y pan por mañana, tarde y noche, haciéndole dormir en una colchoneta tendida sobre el entarimado. Se le prohíbe toda comunicación con el exterior, pero se le dejan abecedarios ilustrados con la promesa de que será puesto en libertad en cuanto conozca las vocales. Pasan tres días, durante los cuales se le observa constantemente echado canturreando, o sentado mirando al cielo. Juzgando que dada la edad del niño no debe prolongarse su aislamiento, se le indulta previa la supuesta promesa de que en lo sucesivo se corregirá. Más el pequeño, tranquila, naturalmente corresponde a la invitación a salir diciendo: "¡Si yo estoy aquí muy bien! No me hacen estudiar, no me obligan a cepillar la ro-

pa, no tengo que hacerme la cama y como bastante; ¿por qué he de salir? Pero en fin, si me prometen no meterse conmigo y dejarme tranquilo, les daré gusto y saldré."

Su olgazanería es invencible: en un año se ha logrado que aprendiera a leer, obligándole a estudiar sus lecciones en voz alta, y a escribir medianamente, encargando a otro que le llevara de continuo la mano. Alguna vez se le ha visto intentar la copia de los abecedarios ilustrados, pero jamás persiste en ello diez minutos consecutivos. toma parte activa en los juegos que son de su agrado, pero reusa intervenir en los que exigen algún esfuerzo, como las damas, el asalto, etc. En cambio es muy aficionado a los de azar y le entusiasman los llamados el tonto, el siete y medio y la treinta y una, afición que ha permitido enseñarle los primeros rudimentos de cálculo.

Le gustan extraordinariamente las golosinas, y teniéndolo en cuenta se le ofrece un pastel de postre tantos días cuantos sustituye a uno de los dos internos que se nombran cada mañana para la limpieza del dormitorio. Transcurre algún tiempo, y sorprendido el instructor de la eficaz ayuda que según sus compañeros les prestaba, establece la necesaria vigilancia y comprueba que cada día entregaba el pastel al imaginaria con la condición de que éste hiciera su trabajo solo, mientras él jugueteaba o se columpiaba sobre una silla mecedora.

Sin otras modificaciones que las de haberse perfeccionado en la lectura y escritura y haber adquirido algunas nociones de aritmética y geografía, a costa de inusitados esfuerzos por parte de los maestros y de no interrumpidos castigos, pa-

san dos años. Se ha acrecentado en el niño el afán de poseer y explotando tal condición, se le coloca de aprendiz en casa de un cesterero, señalándole un jornal de cuatro pesetas mensuales, que paga, naturalmente, la Asociación, simulando que es el industrial quien las entrega. En el taller se le dedica a escoger mimbres y se le trata con suma benevolencia. Resiste diez días ésta ocupación, llegando siempre tarde a cumplirla y realizando la tarea, según frase de su maestro, "tarde y con daño". El oncenno día se presenta B. a sus superiores, y les dice que "si continúan obligándole a que realice tan pesado trabajo se fugará de casa". Para evitarlo, sin que deje su tarea, hácense traer los haces de mimbres a la escuela, y en ella se le obliga a persistir en su labor. Tres días después, aprovechando un descuido del vigilante, se fuga. Hoy es uno

de los golfos que pululan por la ciudad, comiendo las sobras de los cuarteles y durmiendo en los dinteles de las puertas; pero no trabaja ni ha robado todavía.

Muy demostrativo el citado ejemplo, prueba hasta la evidencia cual inmenso es el obstáculo que a todos los esfuerzos educativos opone la vagancia.

La característica del mendigo es otra: es su afán de vivir acosta de los demás. Se ha perdido en el aquel innato movimiento de orgullo que hace al hombre rechazar todo cuanto se le da sin que lo haya ganado, instintivo acto de acatamiento a la ley del rendimiento antes citado: solo se le puede exigir al medio social que sea útil al individuo cuando el individuo haya sido previamente útil al medio social.

El mendigo pordiosea hasta en el asilo. Y aun más: entre los niños, sobre todo, es muy frecuente el tipo de aquellos que viven en la opulencia, rodeados de comodidades, y que, sin embargo, constantemente importunan a otros niños, tal vez de posición social más modesta, para que les presten o le regalen sus juguetes y en ocasiones hasta su comida.

En esfera más baja, hay pordioseros que poseyendo una pequeña fortuna, algunas veces suficiente para subvenir a todas sus necesidades, sufren las inclemencias del tiempo y la rudeza con que suele tratarse a las gentes de tal condición, antes que abandonar el ejercicio de la mendicidad.

Frecuentemente el mendigo es un inducido, por educación o por necesidad; pero en otras ocasiones es el propio impulso, dependiente de una particular estructura de la mentalidad el que lleva al individuo a pedir sin tregua algo, sáale

o no necesario para su vida, fuere o no de utilidad en su condición de extrasocial.

Continuando el metódico estudio del grupo, ha llegado el momento de intentar construir el concepto del golfo. El empeño es difícil. Perteneciente la palabra al castellano vulgar, no está aceptada por la Real Academia de la Lengua en el sentido que aquí se emplea, y por ello ni aun queda el recurso de acudir a las definiciones de diccionario, donde, aunque con grave daño de la lógica muchas veces, todos los conceptos se expresan en fórmulas breves y escuetas.

Sin embargo, la idea es clara: el golfo es primitiva y esencialmente un rebelde por educación o por inneidad. Jamás sujetará su existencia a regla alguna, no aceptará nunca imposición de deberes que forzosamente le obliguen a realizar

determinados actos en determinadas circunstancias. Libre, antes prefiere no comer que adquirir la obligación de presentarse a recoger su comida de una manera reglada. Dormirá sabe Dios donde, bajo la portalada de un caserón donde tal vez le mate el frío, más él ha de preferirlo seguramente al deber de acudir todas las noches a un albergue impuesto, aunque le aguarde allí cómodo lecho. En una palabra: la característica del golfo es su amor a la independencia.

Si se quisiera dar del golfo una definición descriptiva habría que dibujar su silueta con trazos parecidos a los siguientes: el llamado golfo es un niño rebelde, no sujeto a la acción de sus naturales tutores, parásito de las grandes urbes en cuyas calles vive libre e ineducado, burlando la disciplina social, vistiendo susios arapos, comiendo sobras o proporcionándose alimentos a costa del pordiosero del hurto

o de pequeños servicios y trabajos que realiza siempre en la vía pública y que suele abandonar cuando le han rendido producto suficiente para satisfacer sus diarias necesidades. Carece de hogar, duerme a cielo raso, en los dinteles de las puertas, en los patios escasos de vigilancia o en inmundas zahurdas que comparte con otros de su calaña, sin distinción de sexos. Le engendró la desgracia o el vicio, medra y se reproduce en las sociedades mal constituidas y muere ordinariamente en un hospital o en un presidio. En síntesis: el golfo es el niño vagabundo habitual de la ciudad. Y como él ha de ser el objeto de este estudio, necesario es dedicarle una particular atención.

Se ha dicho que el golfo es un vagabundo. Surge en primer término la cuestión de precisar el valor que a ésta denominación debe darse.

Marie y Meunier¹, en un reciente libro muy interesante, establecen como carácter distintivo del vagabundo el individualismo, en el sentido clínico de la palabra. "Examinad-dicen en un día diez individuos bien definido, socialmente hablando; diez profesores, diez obreros. Encontrareis enseguida caracteres comunes: comunidad de origen casi siempre, más amenudo comunidad de tendencias. Examinad por el contrario diez vagabundos, y podreis encontrar diez individuos cada uno de los cuales tendrá una personalidad distinta, procederá de diferente medio y tendrá las más diversas tendencia.

¹ Les vagabonds, París, 1908.

"Uno sería vagabundo por razones económicas; otro para difundir su pensamiento o su delirio; éste por que no puede vivir de otra manera; aquél para huir de sus enemigos o para satisfacer un capricho, y el último, en fin, dominado por su debilidad mental, vagará inconscientemente, sin objeto alguno, como un autómeta."

El hecho es cierto. Pero Marie y Meunier olvidan, al establecerlo como carácter de los vagabundos, el absurdo lógico que encierra definir una especie por su falta de unidad. Decir de los vagabundos que no se parecen unos a otros es negar su existencia como categoría social. En algo han de parecerse, puestos que todos son vagabundos. Y este algo, este género próximo es el que hay que investigar para establecer un concepto claro y terminante. Como hace notar Mr. Herbette²,

² Les milieux morbides, Bull. de l'Inst. Gen. Psych. 4-X-1907, p1

no deben reunirse en un confuso montón todas las categorías diversas de vagabundos, ni se les debe agrupar en una masa informe. Pero para ello ¿no será preciso ante todo puntualizar que debe entenderse por vagabundo, y mejor aún, por niño vagabundo?.

Jean Cruppi¹ enuncia la definición que luego acepta el Código francés en su artículo 271: "Los vagabundos son aquellos que no tienen domicilio cierto ni medios de subsistencia y que no ejercen habitualmente ni oficio ni profesión." "Es este un aspecto puramente económico del problema", protestan airadamente Marie y Meunier², Y sin embargo, es el único que el derecho escrito ha considerado en todos los países.

En España una ley publicada el día 9 de Marzo de 1845 ,

1 Proposición de ley, Inf. Nat. 25-I-1898, núm. 651, pág. 8.

2 Loc. cit.

establece el concepto jurídico del vagabundo. Según ella es vagabundo todo individuo que no ejerciendo habitualmente profesión alguna, posee rentas insuficientes para cubrir las necesidades de su existencia.

Una R. O. del 20 de Junio de 1845 establece varias reglas para la aplicación de la anterior ley, y una nueva disposición del 24 de Octubre de 1848 declara vigente en la Isla de Cuba todo lo ya preceptuado en tal materia para la metrópoli.

El Código penal de 1848 y su reforma de 1850, dedican un título a definir y penar la vagabundería: "vagabundo (art. 258) es el que no posee bienes o rentas, ni ejerce habitualmente profesión, arte ni oficio, ni tiene empleo o destino, industria, ocupación lícita o algún otro medio legítimo o conocido de subsistencia, por más que sea casado o con domicilio fijo." La ley del 27 de Marzo de 1868 dió nueva redacción a los

artículos de los anteriores Códigos que se refieren a la vagabundería, y una nueva disposición de Octubre del mismo año retrotrajo tales artículos a su primitivo estado. Por último, en el Código penal reformado el año 1870, la vagabundería, entendida como la define el artículo 258 del Código penal de 1850 es considerada únicamente como circunstancia agravante de los delitos.

La ley española, como se ve, comete el absurdo de llamar vagabundos a aquellos que tienen un domicilio fijo: y al hacerlo así va contra el buen sentido y contra el clasicismo del idioma.

La Real Academia de la Lengua, en su Diccionario, 13.^a edición, dice del vagabundo que es "el holgazán o vicioso que anda de un lugar a otro sin tener determinado domicilio o sin oficio ni beneficio". El error no es, como pudiera creerse, de expresión, sino de fondo: estriba en que para

la ley española vago y vagabundo son sinónimos cuando en realidad no lo son, según muy pronto ha de verse al estudiar las profundas diferencias que separan uno de otro.

Sin embargo, impónese una declaración justificativa del error cometido por la jurisprudencia; que si el legislador confundió dos palabras de diferente significado, el uso autorizaba hasta cierto punto esta imprecisión del lenguaje, solo condenable en el puro orden científico, más no dada la acomodaticia elasticidad del habla popular.

Así también incurrió en la confusión de vago y vagabundo Hartzenbusch al escribir:

No falta quien abrace
la descansada profesión de vago,
profesión de funesto desenlace,

y lo mismo Bretón de los Herreros al decir:

Cuando volvió al regimiento
le nombraron de partida
para perseguir ladrones,
vagos y contrabandistas.

Más exacto, Jovellanos usa el término vagabundo en su actual significado: "...el hospital que antes fué alberguería de estos vagabundos llamaban en mi niñez el espital de los corrachos

Quede, pues, establecido, para concretar las ideas, que vago y vagabundo no son sinónimos, y que vagabundo solo es quien carece de domicilio fijo, de medio de subsistencia y de profesión habitual, Es imposible negar que desde el punto de vista puramente psiquiático estos datos no son de un valor absoluto. Pero debe reconocerse, en cambio, que bajo el aspecto médico-social ningún interés presenta el estudio de aquella extrafa-

laria americana que recorre el mundo en un carromato de saltimbanqui, o el de aquel otro granexcéntrico ricachón que se titula a si mismo "ciudadano de la vasta república internacional de los coches-camas".

Las relaciones que pueden establecerse entre los vagabundos y cada uno de los tres grupos en que se ha dividido la categoría de los extrasociales, son bastante claras. La vagabundería representa una especie de estado terminal de aquellos modos de vivir. Así como la demencia es uno de los desenlaces de las más variadas psicopatías, así también la vagabundería es el término de la evolución del vago, del mendigo o del golfo. El que se niega a trabajar huye de cualquier domicilio, porque en todos ellos han de obligarle a realizar alguna tarea que le permita ganar su cotidiano sustento. El mendigo que pidió repetidas veces a la puerta de todas las

casas de una aldea un pedazo de pan, se ve obligado a trasladarse a otra para continuar así su género de vida. El golfo esencialmente rebelde no puede sujetar sus ansias de libertad a la ley de un domicilio constante. El vagabundo puede ser, pues, golfo, mendigo o vago; el vago a su vez puede vagabundear o ser sedentario, y lo mismo el mendigo. Pero el golfo no: su característica, hay que repetirlo, es la rebeldía, el amor a la independencia. Y la existencia de un hogar, de una casa donde sería preciso vivir, impone a las ansias de la libertad del golfo demasiadas trabas para que él la acepte. De aquí que el golfo sea siempre un vagabundo. De este modo quedan ya perfectamente definidos y limitados ambos conceptos.

Trasladando el problema a la infancia, sus términos no varían, su planteamiento es idéntico. Bonjean ¹ objeta en

¹ Loc. cit.

este caso, contra la definición aceptada de vagabundo, que no puede aplicarse al niño cuyo hogar es el de sus padres, cuya única profesión es la de escolar cuando más, y cuyos recursos son siempre nulos. A pesar de cuanto en contrario se diga, el niño tiene un hogar, aunque éste sea el de sus padres; si ordinariamente no ejerce profesión alguna, está en cambio sujeto a multitud de obligaciones que desenvuelven en él hábitos del trabajo; y si carece de recursos es porque no los necesita, puesto que de satisfacer sus necesidades cuidan quienes tienen el deber de tutelarles. La objeción es, pues, una sutileza escolástica: el niño que no tiene domicilio porque no vive en el de sus padres ni en ningún otro, que no está sujeto a obligaciones de ninguna especie, y que carece de recursos porque no los tiene él, ni hay quien se los facilite, o no acepta los que le proporcionan

es un vagabundo.

Ahora ya se comprende bien aquella diversidad individual que Marie y Meunier² tenían como característica de los vagabundos, ahora que probado queda cuán diversos son los orígenes, cuán distintos mecanismos patogénicos engendran ese detritus social que se llama vagabundo.

Y ahora también ha de ser fácil darse cuenta del gran error que comete la escuela antropológica italiana, defendiendo una teoría unitaria de la vagabundería, al plantear la cuestión en el terreno psicopático.

Florian y Cavaglieri³ desenvuelven en toda su amplitud esta doctrina. Como caracteres distintivos del vagabundo establecen cierta tendencia a la pereza y a la movilidad; exis-

2 Loc. cit.

3 S' Vagabondi, Torino, 1895.

ten, pues, analogías profundas entre el vagabundo y el niño o el salvaje. La vagabundería es un estado atávico. Recuerda, como decía Corre⁴, "la necesidad de desplazamiento de las hordas primitivas".

Pagnier¹, en un libro bastante completo como estudio clínico, se declara partidario de las mismas ideas: "la tendencia nómada es un instinto prehistórico". Si se aceptan como buenas las ideas de Verigny², pensando que el hombre apareció primeramente en las regiones más cálidas, claro es que solo a la emigración puede achacarse su difusión actual por la superficie de la tierra. Pero tal doctrina, considerada en general, es inaceptable: frente a ella, y con más só-
lida 4 Crime et suicide, París, 1891.

1 Du vagabondage et des vagabonds, París, 1906.

2 Le Temps, 3 de Marzo de 1900.

lidos fundamentos, surge la de Marie y Meunier³, según la cual "los hombres individual o colectivamente han sido, son y serán solicitados por causas objetivas y subjetivas que pueden hacer de ellos seres vagabundos o sedentarios." Por otra parte esta conclusión hállase más en armonía con las ideas ya enunciadas, fruto de la observación personal.

En todo el curso de la precedente exposición se ha procurado señalar siempre al tratar de inadaptados una línea divisoria que los separaba en dos grupos perfectamente distintos. Y la ya citada frase de Marie y Meunier objetiva

3 Loc. cit.

este criterio, puesto que aunque de un modo muy impreciso reconoce dos distintos géneros de causa a la vagabundería: unas subjetivas y otras objetivas.

Con esto aparece aquí transplantada la famosa controversia que suscitó la escuela criminalista italiana de Lombroso y sus discípulos, muy acertadamente sintetizada en dos frases célebres. Decía el ilustre médico legista francés Laccassagne⁴: "El ambiente social es el caldo de cultivo de la criminalidad, y el microbio, el delincuente, un elemento sin valor mientras no encuentre el caldo que le haga fermentar." Y Ferri, el gran criminalista italiano, respondió: "¿Cuál es el caldo de cultivo que engendra un microbio por generación espontánea?"

4 Citadas por Lecha-Marzo, El estado actual de la Antropología criminal.

Este mismo es el criterio sustentado de una manera implícita en todo el curso del presente trabajo: el estado hígido del organismo social exige una perfecta adecuación entre la vida individual del elemento hombre y la vida colectiva de la sociedad a que pertenece. Esta adecuación puede romperse, o porque el medio social actúe con estímulos anormales sobre el individuo, o porque el individuo responda con movimientos anormales a la acción del medio. Concretamente: la inadaptación puede depender del mundo objetivo o del subjetivo. Y he aquí el fundamento de la división que de los golfos establece: en un grupo los golfos anormales, los que lo son por condiciones particulares de su psiquismo, sea cualquiera el medio en que se desenvuelvan. En otra sección los golfos que siendo perfectamente normales en el funcionamiento de su psiquis, fueron engendrados por la influencia de un

ambiente social defectuoso.

Tal juicio, informado por un sano eclecticismo, no es original ni fruto del capricho. Es preciso obcecarse y caer en el ciego dogmatismo de ciertas escuelas para defender la tesis de que todo golfo es un anormal o de que solo la defectuosa acción colectiva engendra estos desdichados detritus sociales. Basta haber estado en contacto con la realidad clínica, basta haber observado con espíritu de crítica para convencerse de que existen ejemplares de los dos tipos admitidos. Y solo los teorizantes que especulan sobre Sociología desde el fondo de las bibliotecas pueden defender una doctrina que se aparte de la expuesta.

La existencia de vagabundo psicópata es una cuestión fuera de toda duda en la actualidad. Ya Briérre de Roismont¹ en 184

1 Observations pratiques sur les rapports, et-Annales d'Hyg. pra. et med. leg., 1845, pág. 466.

hace notar las condenas por vagabunderia que se infligen a los alucinados y a los locos. Foville² hijo, estudia los viajes y las emigraciones en los alienados. Tissié¹ describe especialmente las fugas de los delirantes. Con Chacot² el automatismo ambulatorio nace con entidad clínica. Dú-ponchel³ inicia al estudio de la cuestion en Medicina militar. Y los trabajos se multiplican: Pagnier⁴, en un resumen histórico muy completo, cita, los de Benedikt⁵, de Viena, que

2 Ann. méd. psych; 1875, pág. 14.

1 Tchése de Bordeaux, 1887.

2 Policl. de la Sálpetrière.

3 Impulsions morbides et deambulation, etc-Ann. d'Hyg., 18

4 Loc. cit.

5 Neurasthenie et vagabondage, 1890.

halla la neurastenia en la mayor parte de los vagabundos; Bourneville y Boyer⁶, que describen la impulsión a los viajes. Cehin en 1892⁷, estudia especialmente las impulsiones de los vagabundos; Meige⁸, Pitrés y Regis⁹, Florian y Cavaglieri¹⁰, Marandón de Montyel¹¹, Beck¹² y Tronnay¹³ insisten más y más en el estudio de la impulsión dromómana, descrita ya como una entidad clínica: "dromomanía de los degenerados".

6 Impulsifs trimardeurs, 1890.

7 Thèse de Paris.

8 Les psychopathes voyageurs.

9 Obsessions et confusion.

10 Loc. cit.

11 Arch. d. Anth. crim.

12 Thèse de Lyon.

13

Por lo que al golfo concretamente se refiere, la bibliografía es nula o casi nula. Y sin embargo, el mismo fenómeno se observa: los psicópatas abundan extraordinariamente; es la experiencia la que obligó a mi padre a crear el tipo de los "domófobos degenerados"¹⁴, tal vez el más real de cuanto se engendró la literatura médica de los detritus sociales. Las propias estadísticas hablan también muy elocuentemente en pro de la existencia del golfo anormal, ya que revelan estigmas degenerativo en el 80 por 100 de los golfos estudiados. Pero, preciso es insistir en ello, hay que guardarse de exclusivismos peligrosos, y sería grave error llegar a una generalización defectuosa y afirmar que todos los golfos son anormales. En un gran número de casos los golfos fue-

14 Reformatorios, (J. de P. a la I).

ron creados por acción del medio social; y la inducción, la explotación y el abandono son las tres grandes causas que empujan al niño normal por la escurridiza senda de la rebeldía y de la independencia.

He aquí, pues, una primera división establecida que separa los golfos en dos grupos perfectamente limitados: los normales y los anormales. Pero es preciso llegar al fondo mismo de la cuestión, es necesario profundizar de tal modo, que las características de unos y otros aparezcan perfectamente claras porque todo cuanto hasta aquí se ha dicho en el terreno de tales diferencias se refiere únicamente a la etiología del golfo. ¿Pero es que solo cuando esta se conozca será posible calificar de normal o anormal a un niño independiente? Más claramente expuesto: ¿sólo podrá llegarse al diagnóstico de anormalidad en un golfo cuando conocidas

las causas que como tal le engendraron pueda afirmarse que faltan en absoluto todas las imputables a la acción del medio social? Esta es la cuestión planteada en sus verdaderos términos: ¿que caracteres clínicos tiene el golfo anormal?.

Obsérvese en primer lugar que la idea de anormalidad supone un grado mayor o menor de congenitismo, de ineidad, que falta en la acción directa del medio sobre el individuo. La más superficial de las investigaciones denuncia a la herencia como factor responsable de la anormalidad. Hay que apresurarse a decir que, salvo ciertas interpretaciones patogénicas de las psicosis de la pubertad por las que estas se refieren a causas tóxicas, y salvo también algunas anormalidades físicas y sensoriales que pueden atribuirse a causas traumáticas, todos los estados de anormalidad que se observan en los golfos tienen un origen hereditario.

Legendre¹ comienza su artículo sobre la herencia con una frase de Jeremias: "Los padres comieron el agraz y tuvieron hijos dentera". "Nada mejor-dice Grasset¹-para iniciar el estudio del hecho misterioso de la herencia." Y este misterio que el ilustre clínico francés halla, es el mismo que siglos antes admiraba a Montaigné en sus *Ensayos*. Sería empresa de titanes condensar en pocas palabras cuanto pudiera decirse acerca de la herencia como causa de anormalidad. No está tampoco lícito emprender un estudio incompleto de asunto tan debatido como la herencia de las infecciones y de las intoxicaciones.

1 Traité de Path. générale de Bouchard, t. I.

1 Phisiopath. clin., t. III, pág. 1054.

Hay algo sin embargo que presenta para el problema propuesto un interés extraordinario; y este algo es el concepto de generación con respecto al de herencia, y el valor que uno y otro tienen en el estudio médico-social del niño golfo.

Es evidente que el mismo Morel solo quiso, al principio, hacer de la degeneración una especie de recurso para explicar ciertos hechos clínicos que los psiquiatras se preocupaban exclusivamente de coleccionar y sistematizar. "Los seres degenerados-dice²-forman grupos o familias que toman sus caracteres distintos de la naturaleza de la causa que les ha hecho invariablemente tal como son en realidad: una derivación

2 Traité des degenerescences de l'espèce humaine, 1857
 Traité des maladies mentales, 1860.

desgraciada del tipo normal de la humanidad." Y el criterio sustentado por Morel es en esencia el siguiente: las enfermedades mentales, cualquiera que sea su naturaleza, están individualizadas por sus causas; únicamente suponen degeneración, aquellas en las que las manifestaciones morbosas son irreparables. Estas no tienen forzosamente su origen en determinado momento. El niño tal vez haya nacido en condiciones hereditarias fatales, puede haber asimilado en el seno de su madre los elementos de su degeneración; y aun independientemente de toda influencia hereditaria, independientemente de toda impresión sensorial sentida por la madre, está expuesto a afecciones convulsivas, tuberculosas u otras, generadoras de las mismas consecuencia que la imbecilidad y la idiocia congénitas producen.

Como dice muy juiciosamente Wallon¹, aunque Morel distingue la degeneración de la herencia, prepara ya el camino para su identificación, según después de él se hizo sin alar-
ma y de natural manera. En efecto, todos sus trabajos muestran siempre unidas las dos grandes causas de degeneración: enfermedad y herencia; pero no hay que olvidar que la degeneración tiene cierta autonomía, está constituida por la "sucesión y transformación de fenómenos patológicos que se engendran y se condicionan fatalmente², es en realidad" la evolución que desvia progresivamente al sujeto del tipo normal.

1 Année psychologique, 1914, pag. 180 L'idée de dégénérescence mentale.

2 Wallon, loc. cit.

de la humanidad³. Por consiguiente, la herencia en si no tiene más interés que el de la evolución degenerativa de la cual puede ser el primer estadio; y sin embargo, como a diferencia de lo que con las enfermedades ocurre, la herencia no puede diagnosticarse sino por los signos de la degeneración, una y otra han sido al fin fundidas por los autores.

He aquí la razón de que Genil-Perrin, muy recientemente⁴, haya podido caracterizar la degeneración por dos elementos: herencia y relaciones entre el aspecto físico y el estado somático de los degenerados (estigmas). Así también Colin y

3 Genil Perrin, Histoire de l'origine et de l'évolution de l'idée de dégénérescence en Médecine mentale, 11

4 Loc. cit.

Bourilhet⁵ afirman que (su carácter más esencial el de la degeneración) es su transmisión hereditaria, y así, por último, toda la escuela Magnan⁶ ha podido dar un valor extraordinario a la importancia de la herencia en la degeneración.

No sin razón protesta Cotard⁷ de tal preponderancia. Según éste, parece que la herencia debiera limitarse a la transmisión de los mismos caracteres, de padre a hijos en la serie zoológica, y he la aquí en la herencia heteromorfa de ciertos

5 Les degenerés et la degenerescence mentale. Traité international de Psychologie pathologique.

6 Obras varias, principalmente Leçons sur les maladies mentales. Les degenerés (Coll. Debove Charcot). Recherches sur les centres nerveux.

7 Artículo "Follie" del Dictionnaire des Sciences médicales.

autores capaz de enjendrar nuevas manifestaciones, inspirando a Moreau de Tours su famille neuropathique, o como Falret pretende¹, modificando la evolución de ciertas enfermedades, tales como la parálisis general progresiva.

El mismo Lombroso², al aceptar que la degeneración es un sencillo hecho de atavismo, ¿no lo identifica de una manera absoluta con la herencia?

Nuestro Maestro³, influido en principio por la idea de Magnan y Legrain⁴, cree también en el valor preponderante de la

1 Societé médico - psych.

2 L'homme criminel, 1887.

3 Acerca de la degeneración y la locura, Lecha-Marzo. Los progr. de la Clin., Enero 1915.

4 Loc. cit.

herencia. "El degenerado fué esculpido ya como degenerado al fundirse y mezclarse los dos núcleos de la célula de su padre y de la de su madre de que procede; sus progenitores le engendraron así y así persistirá hasta que se muera, sin que él haya tomado parte ni parte en su destino." Tanzi⁵ llama a la herencia con el apelativo de degenerativa. en resumen, en el momento actual, de un modo más o menos explícito, todos convienen en afirmar que la acción del medio sobre muchas generaciones, acumulada por la herencia en un individuo determinado, le puede engendrar en condiciones particulares de eminencia morbosa o edificar su psiquismo con arquitectura tal, que su reacciones ante las influencia mesológicas se orienten en sentido distinto a las de un individuo normal.

5 Trattato delle malattie mentale, Torino, 1905.

Impónese una aclaración a ciertas dudas que tal vez haya sugerido cuanto se lleva escrito de acerca de los golfos anormales. Porque hasta aquí indistintamente se han empleado dos palabras cuyo significado no puede identificarse sin caer en error: se ha hablado de anormales y degenerados y es preciso decir que ambos conceptos no son equivalentes. El de anormalidad es más general que el de degeneración. Ya se hizo notar que los anormales podían también serlo por acciones directas de causas traumáticas y tóxicas, mientras que el movimiento científico actual tiende a considerar como causa única de la degeneración a la herencia. Y si se ha dado aquí tanta importancia al estudio de la tara degenerativa, ha sido únicamente porque, como muy pronto ha de verse, la mayor parte de los golfos anormales son degenerados.

Ello hace todavía más profunda la diferencia admitida, se-

ñala más y más los límites entre los dos grupos que se han establecido: los golfos normales que son golfos por causas objetivas o por defectuosa acción social, y los golfos anormales que son golfos por causas subjetivas o por defectuosa reacción individual.

Hora es ya de emprender el estudio sistemático del primero de los dos grupos apuntados: el de los golfos por acciones mesológicas o por causas objetivas.

Montesquien escribía: "Recibimos tres educaciones distintas o contrarias: la de nuestros padres, la de nuestros maestros, la de el mundo". Y Laurent, comentando esta frase del

insigne filósofo francés, añade¹: "no solamente la familia no secunda las iniciativas del maestro, sino que amenudo, por el contrario, deshace cada noche lo que él hizo por la mañana." Por su parte, Mlle. Delaporte² se expresa en éstos términos: "Los defectos de los niños no son muy amenudo otra cosa que una pálida imitación de los de sus educadores." Y sin embargo, todas estas frases, que revelan la acción nefasta de una educación defectuosa, son pobres para expresar las consecuencias de la falta absoluta de influencias modificadoras, de la ineducación, del abandono: que en materias pedagógicas el más grave de los delitos es la abstención. Y es-

1 La criminalité enfantine, París 1906.

2 Thèse de París, 1901.

to, no porque deba creerse que el niño nace naturalmente malo, y al mal tiende cuando se le abandona a sus propias inspiraciones, sino porque de aquellas tres educaciones de que habla Montesquien, la deficiencia en los casos de abandono existe únicamente en la acción de los padres y los maestros, nunca en la del mundo que todos sufren forzosamente por cuanto viven; y es claro que un niño abandonado ante el espectáculo de las sociedades modernas, dotado congénitamente de una moral epicuréea que reputa por bueno lo que causa placer, está en eminente riesgo de llegar a conclusiones muy alejadas de la moral y de la ética. Este es el peligro del abandono como causa capaz de engendrar un extrasocial.

En lo que a los golfos concretamente se refiere, el abandono puede revestir multitud de formas distintas entre sí y de acción diferente. Hay en primer lugar la orfan-

dad. El hogar del obrero, que tiene como base económica única el trabajo del padre, se deshace muchas veces a la muerte de aquél. La mujer de la clase baja no está capacitada casi nunca para hacer frente a las necesidades imperiosas del sostenimiento de la familia. Cuando valerosamente quiere luchar con las circunstancias, encuéntrase constreñida a trabajar en las condiciones ominosas que, a pesar de leyes protectoras, la industria moderna impone a las obreras. Casi siempre en ésta lucha desesperada, en la que el amor maternal empuja a la mujer a extremar su esfuerzo, y su propia debilidad orgánica le opone un infranqueable límite, ella pierde la vida arrebatada por cualquiera de esos terribles morbos patrimonio de la depauperación orgánica. Y entonces los niños, no auxiliados por una beneficencia pública jamás basada en el derecho, sino en el más descarado de los favoritismos

mos, hállese abandonados a merced de toda la acción adversa del ambiente social. Tienen hambre, y para satisfacerla procuran primero, casi siempre, recurrir a los medios lícitos; cuando estos son ineficaces, todo el inmenso campo del delito ábrese ante ellos. Harto hará si orientados sus impulsos en el sentido socialmente menos dañino, pasea sus andrajos por la ciudad, rebelde e independiente, porque la vida le enseñó que solo de su personal esfuerzo debe esperarse la satisfacción de sus necesidades.

No en balde Ferriani¹ con su cálida elocuencia ha podido decir, refiriéndose a un caso de su observación: "por lo demás, en vez de desgañitarse, mejor harían los moralistas tartufescos en mejorar las inhumanas condiciones en que han

1 La explotación infantil, 1902.

de trabajar las pobres costureras de blanco, como muestra L. P., que empleando cotidianamente en su labor doce horas, apenas gana seis reales diarios. ¿Que puede hacerse con 45 pesetas mensuales? ¿bastarán para el propio sustento y el de los hijos? Esta es la cuestión, que no se resuelve ni con amonestaciones ni con frias prédicas de moral".

Otras veces la madre viuda, arrastrada por su constitución, por su temperamento o por las condiciones especiales del medio social en que vive, elige franca y abiertamente el camino del mal y se lanza a la prostitución. Los hijos en casa son para ella un estorbo: constantemente le incita a que dejen un hogar en el que las caricias no se dan sino que se venden. Y he aquí también a los niños forzados a vivir como su propia inventiva lessugiere. Bien se comprende que por regla general éste proceso ha de engendrar un golfo.

Y si la vida que en el hogar se extingue es la de la madre, los cuadros de dolor y de miseria se repiten; porque el padre o da a sus hijos una madrastra que con sus violencias les empuja a todo género de excesos, o les proporciona el ejemplo lamentable de un concubinato que suministre al niño una moral absurda.

De un modo gradual, casi insensiblemente, se ha pasado en este estudio descriptivo, de la ausencia real de la tutela paterna, a otra que pudiéramos llamar orfandad virtual. De la falta del padre se pasa al padre desprovisto de autoridad, aparece el vicio como elemento generador de golfos no es raro ver en los hogares humildes al padre borracho y haragán, a la madre intemperante y viciosa; de los hijos nadie se ocupa. Sus progenitores solo quieren satisfacer las necesidades que los propios vicios les han creado.

Y aún en otras ocasiones, mediando un interés muy natural por parte de los padres, es lo numeroso de la prole lo que impide que la acción educadora del hogar se ejerza intensamente sobre todos los hijos. Así, es común que de tales familias salga algún niño rebelde, algún golfo.

Existe por último otra variedad de golfos por abandono, que en el vicio tienen su causa última: grupo entre todos el más numerosos, el más triste, el de los incluseros. La más grave responsabilidad pesa sobre el organismo social entero, que no se preocupa de organizar un conjunto armónico de elementos de asistencia pública; que deja intutelado al niño sin padres en cuanto termina sus estudios de primeras letras: entonces, precisamente, cuando se experimenta la fascinación que ejerce una vida, si triste para los que la miran deslizarse por estrechos cauces, con inegables encantos para el espíritu

esencialmente fabulante de los niños! !entonces cuando se sienten los primeros estímulos de la sexualidad, cuando es preciso orientar, dirigir, educar los impulsos del púber si no se quiere verle caer en los más espantosos vicios! !entonces, cuando la inteligencia joven, hábida de relaciones de casualidad, es capaz de atribuir los más extraños efectos a la acción de las más sencillas causas! Entonces precisamente esa sociedad dice al niño: "Sigue las inspiraciones de tu propio capricho, vive como quieras y como puedas...pero cuando hombre, respeta estas leyes que te impongo, porque si a ellas faltas, el cadalso o el presidio serán tu castigo." En verdad nada hay más injusto que la justicia así enentendida.

Y demostración elocuente de cuanto se ha dicho, prueba experimental de la certeza de lo expuesto, es el siguiente caso, tomado de la propia observación:

A. E., de doce años, residente su primera infancia en J; hijo de padre desconocido. Su madre, después de darle aluz, casó, o más probablemente, se amancebó con un individuo que trató al pequeño sin afecto primero y durante después; como consecuencia, el niño procuraba alejarse del hogar materno, pasando su vida en los campos y en las calles, recibiendo, unas veces ostensiblemente y otras veces a hurtadillas, ropas y alimentos de la que le dió el ser, quien al fin, cansada o imposibilitada de vestir al niño y alimentarle, decidió traerlo a la ciudad y abandonarlo en ella. Para lograrlo, dejólo sobre el banco de un paseo y desapareció diciendo: "Espérame, que ahora vuelvo."

Después de algunas horas el niño se impacientó. Abandonó su asiento y comenzó a vagar por la ciudad, gimiendo y llamando a su madre. Así se interna en un barrio don-

de abundan las rameras y las gentes que a sus expensas viven; apiadada de él una de aquellas infelices mujeres, le recoge y le lleva al prostíbulo, poniéndole bajo el amparo de la proxeneta, que impresionada momentáneamente, le viste, le lava, le cuida y durante algunos días le pasea por el barrio, mostrándolo a sus amigos, como se hace con un falderillo recién regalado. Después se cansa de él, le explota encomendándole los bajos oficios de la casa, le reduce la comida y le castiga frecuente y despiadadamente.

Como acto de propia defensa escama el niño de aquel antro y comienza la vida de verdadero golfo. Reunido con otros camaradas, vaga durante el día por las calles, merodea por los mercados, come la sopa de los conventos y los cuarteles, lleva maletas, hace recados, recoge colillas y duerme en el atrio de la redacción de un periódico matutino.

Así transcurre muchos meses. Una noche, legeramente enfermo, busca calor junto a las calderas en que se derrite el asfalto con que se pavimenta la via pública. Un transeunte, modesto industrial, se compadece del pequeñuelo, le alberga bajo su techo y le ofrece enseñarle el oficio que ejerce. Pero la influencia perniciosa de la calle arranca al niño del lado de su bienhechor y le impulsa a reanudar su vida de golfo. Nuevamente le recoge aquél y otra vez escapa a sus cuidados. Decidido entonces este caritativo ciudadano a salvar a toda costa al ingrato protegido, le ingresa en la escuela de anormales de la Asociación Valenciana de Caridad.

Trátase de un niño robusto, corpulento, de 1'27 metros de estatura, mesaticéfalo, cara aplanada, nariz chata, ojos pequeños, grandes y despegadas orejas, boca rasgada, dientes incisivos superiores viciosamente implantados. Aqueja incon-

tinencia nocturna de orina.

Es de mediana inteligencia, sin particularidad mental alguna. En el orden de la afectividad descuella el amor a su madre, de la que sabe que existe y a la que no acusa. Bondadoso y humilde ordinariamente, sufre verdaderos accesos de impulsión, durante los que es temible. No acusa haber sufrido jamás nada que se parezca a un acceso epiléptico.

Transcurrido poco tiempo de su ingreso, inducido por otro acogido, se fuga, refugiándose con éste en un pueblo cercano, donde comete pequeños hurtos de verduras y frustas para alimentarse, o pordioseas por las alquerías, o ayuda mediante la comida a los labriegos en sus faenas. Obligado a reingresar, permanece tranquilo un mes y vuelve a fugarse, uniéndose a una cuadrilla de golfos rateros, por los que convive hasta que quieren obligarle a robar. Resiste y escapa con ánimo de dirigirse a su pueblo natal pero deteni-

do por la policía, vuelve de nuevo a la institución benéfica de que procede.

A partir de este momento sométese sin rebeldía al reglamento de la casa. Asiste a la escuela, estudiando sin excederse, pero sin protestar tampoco. Concédesele cierta libertad, permitiéndosele que salga con otros protegido positivamente regenerado. Una sola vez se separó del compañero, para regresar a la casa transcurridas algunas horas. Parece que ésta fué la última manifestación de su espíritu de rebeldía.

Desde entonces ha sido un verdadero modelo para los otros protegidos. Aprendió a leer y escribir correctamente. Adquirió nociones elementales de aritmética, geografía, historia, dibujo. En el orden de la conducta llegó a ser el corrigiendo que mereció mas confianza de sus superiores.

Ingresado en un taller de talabartero fué tan puntual y aplicado, que sus jornales aumentaron en progresión creciente. Hoy, poseedor de 400 pesetas, fruto de sus ahorros, por propia iniciativa ha ingresado en el ejército, donde se ha captado el afecto y la estimación de sus jefes, que le conceptúan un buen soldado.

Pero la acción del medio social engendradora de golfos ejercese también por otros mecanismos que no son el abandono. Fundamentalmente dos patogenias pueden todavía considerarse: la inducción y la explotación.

La acción inductiva, complejísima en su actuación etiológica, exige sin embargo un estudio detenido porque ella es

tal vez la más interesante desde el punto de vista médico.

En efecto: al niño se le induce a determinados actos, pero es no tanto por la intensidad de la acción inductiva como por la aptitud para ser inducido que su psiquismo posee. Esta circunstancia, puesta en evidencia por todos los investigadores, resulta particularmente demostrada por los trabajos de Giroud¹, que acertó a dar a sus resultados una forma numérica muy demostrativa. El método en su esencia consiste en mostrar al niño un dibujo constituido por una serie de líneas paralelas, de magnitud creciente las primeras, pero de la misma longitud a partir de un término prefijado (el décimo primero). En estas líneas de la misma longitud, el desplazamiento lateral de unas con relación a otras, igual

1 La suggestivité dans les enfants d'école de 7 à 12 ans. Année psychologique, 1912, pag. 362.

al incremento de la serie de líneas crecientes, hace que en apariencia el aumento de longitud sea uniforme en todo el dibujo, cuando en realidad a partir de la línea colocada en oncenavo lugar las demás son iguales. Después de enseñar éste dibujo al niño, se le hace repetir de memoria, midiéndose el grado de sugestibilidad por el número de líneas que el niño dibuja con longitud desigual a partir de la once.

Los resultados se expresan en el cuadro siguiente:

EDAD DE LOS NIÑOS		tanto por ciento de errores
Años	7.	10.7
"	8.	8.2
"	9.	4.2
"	10.	4.8
"	12.	1

Giroud concreta los resultados de su experiencia afirmando que "el niño, por las condiciones mismas en que se encuentra es muy sugestible... tiene poca experiencia personal, nada que le permita controlar las ideas que se le imponen contra sus propias adquisiciones anteriores...pero la sugestibilidad disminuye con el aumento de la edad del sujeto."

Binet¹, Compayredd², Mendouse³, Claparède⁴, Lotchzky⁵, aceptan esta afirmación de la Psicología experimental. Aquel ²piatismo que Babinski establece como condición patogénica de la histeria, aquella facultad de desagregación su-

1 Les idées modernes sur les enfants, 1911.

2 L' evolution intellectuelle et morale de l'enfant.

3 L' âure de l' adolescent.

4 Psychologie de l'enfant.

5 El alma de tu hijo.

prapoligonal de que habla Grasset, son absolutamente fisiológicos en el niño. Nada más fácil que sugerir de una idea cualquiera un falso recuerdo, que luego su imaginación rodeará de un exuberante cúmulo de detalles absolutamente irreales. No hay que decir por ello que el niño miente, porque no hace más que obedecer a la particular estructura de su psiquismo.

Austregesillo⁶, en una conferencia muy interesante, estudia la mentira en los niños y refiere casos de la experiencia de Duprat, de Benavides, de Jonckerre. La propia observación también abunda en casos de ésta naturaleza. Sirva por todos el de una niña que se presenta en la Asociación de Caridad reclamando socorros bajo el pretexto de una historia

6 Progresos de la clínica, 35, pág. 311.

verdaderamente desconsoladora, absolutamente falsa desde el comienzo hasta el fin, y que luego, logrados los auxilios que le brindó la caridad conmovida de los oyentes, regresó con ellos a su casa y mintió a sus padres el origen de aquellas innecesarias ofrendas. Descubierta la verdad y amenazada de un tan severo como merecido castigo, simuló un ataque convulsivo que le libró de la cólera de su padre, hombre pundonoroso que, gozando de una posición bastante holgada, consideró vergonzoso el acto de su hija. Pero tales cosas, como dice muy juiciosamente Austregesillo, entran ya en la esfera de la normalidad.

Hay que repetirlo: la sugestibilidad es una de las características del psiquismo del niño y ella es la que le arrastra muchas veces a vivir la vida del golfo. No se acuse esta

conclusión de paradógica, recordando la característica de rebeldía con que el tipo mental del golfo fué sellado; sería efectivamente, paradógico hablar de insometidos por su gestión, es decir, por sumisión a ciertas acciones. Obsérvese, sin embargo, que se trata de dos fuerzas positivas y antagónicas: de un lado, la atracción ejercida por todos los elementos que tienden al llegar al niño a una vida regular; de otro, las que le arrastran a la existencia nómada del golfo.

El primer lugar entre los medios de inducción lo ocupa el ejemplo. Este puede proceder en ocasiones de aquellos que ejercen sobre el niño cierta autoridad, o partir de otros niños ligados a él por vínculos de sangre o de amistad. Nunca se insistirá bastante en la fascinación especial que la vida del golfo ejerce sobre todos los niños: deslúmbrales el es-

pejuelo de la independencia, de la mentida libertad de que gozarán. Sobre todo en aquellos muchachos del tipo mental mixto vagos-golfos, la irresistible atracción de no hacer nada empújales más que cualquiera otra influencia. Incapaces de medir en todo su alcance los riesgos, lánzanse a ella acéptándola como la redención de una esclavitud. Y si ello no fuera en realidad salir del concreto límite del golfo normal cuyo estudio se hace ahora, habría de verse que enorme interés tiene el ejemplo en los débiles mentales, en los degenerados.

Otro modo de inducción es la ejercida, no por los hechos mismos, sino por sus representaciones mentales, derivadas de narraciones, de lectura, de dramas teatrales o de cintas cinematograficas. No se ha insistido suficientemente en la importancia de tales factores, y la experiencia dicta

cuanto y cuanto influyen en las orientaciones espirituales de la niñez las obras de imaginación.

Después de la asistencia de los niños al cinematógrafo, se les ve durante meses enteros reproducir los momentos culminantes de la película que les emocionó. No más lejos que en el curso de estos últimos meses, la prensa diaria ha dado cuenta de un robo audaz planeado genialmente por un muchacho de catorce años, que no hizo sino imitar al famoso fantomas, personaje fantástico cuyas azañas cinematográficas llegan al colmo de la absurdo. Nadie ignora la pasión de aventuras que despertó en todos los jóvenes de cierta época la publicación de las novelas de Julio Verne, de Gustavo Aymond, del capitán Mayne-Reid. Hoy sir Arthur Conan -Doyle ha orientado en otro sentido las aficiones de la adolescencia: la policía científica y el bandolerismo audaz son los

temas de fabulación de las mentalidades jóvenes.

No es raro hallar en cada niño un Sherlock-Holmes o un Arsenio Lupin.

En toda mi experiencia no encuentro caso más típico de golfo por inducción que el siguiente que copio:

B. L., de 11 años, natural de P; pueblo de difícil comunicación con la capital por hallarse en la Montaña y carecer de próximas líneas férreas. Es L. el segundo de tres hijos habidos de un matrimonio, cuyo esposo murió de un ataque a la cabeza: el hermano del fallecido hállase en un manicomio ocupando plaza en la sección de dementes. Una hermana de la esposa es imbécil. Los otros individuos de la familia no presentan aparentes taras morbosas.

El niño permaneció desde los seis hasta los nueve años en un asilo, sin dar motivo de queja: allí aprendió a leer

y a escribir, aunque de un modo muy imperfecto.

A la edad últimamente citada fué reintegrado al seno de su familia dedicándole ésta en el pueblo de su residencia a recoger basura y a pastorear durante año y medio, transcurrido el cual se trasladó a Valencia con la hermana mayor.

Ya en la ciudad he recibido como criado en casa de tío suyo encargado de una bodega, que le destina al transporte de botellas a domicilio,

Transcurren cuatro meses durante los cuales la conducta del pequeño es inmejorable: trabaja con ardor, demuestra celo en el servicio y hace patente su honradez. Solo alguna reprensión ha merecido por mostrarse débil de carácter lo que alguna vez le ocasionó pérdidas de las botellas o retraso en el cobro, pero siempre se pudo probar la exactitud de lo alegado por el pequeño para justificar las **faltas**.

Al cumplirse el año de su colocación mótese que comete inmotivadas ausencias, que incurre en injustificados retrasos y que espera con verdadera ansiedad las tardes de los domingos, antes dedicadas a su hermana, y a la sazón empleadas reuniéndose con amigos desconocidos para la familia.

Ello da lugar a que ésta, procurando averiguar la índole de los compañeros elegidos por L., compruebe que todos ellos son considerados por la policía como golfos-rate-ros contumaces.

El niño es llamado al órden; sin imponerle castigo ninguno hácesele reflexiones carifosas; aféase la conducta de sus nuevos camaradas y se le pintan con duros trazos los peligros a que se expone cultivando este género de relaciones. Surgen por parte del reprendido protestas, lágrimas y

promesas de enmienda. Las cosas vuelven a su primitivo estado durante algún tiempo con tanto mayor motivo cuanto que el patrono, hombre previsor, busca para su sobrino ocupaciones dentro de casa, separándole de la calle.

Lógrase así un periodo de tres meses durante los cuales al parecer se han cortado toda clase de relaciones entre tentadores y tentado. después obsérvase que el Blanco, el Maquinero y el Llauro, cabecillas de una cuadrilla de rateros infantiles de la que más tarde ha de hablarse, rondan la casa del bodeguero, acechan por la ventana y hacen señas al cautivo o le envían bolillas de papel escrito, utilizando una caña-cervataña.

Se avisa a la autoridad, redoblense las precauciones junto a L., pero todo es inútil; el niño, espiado, se le vanta a altas horas de la noche, baja al almacén, introduce por el

ojo de la cerradura el tubo de goma con el que se embotella el vino, y se le oye sostener una conversación con el exterior de la que se deducen invitaciones a la fuga rechazadas en los primeros momentos; nuevas instancias del que habla fuera, débil o posición del invitado, y al fin nueva cita para la siguiente noche, en la que habrá resolución definitiva.

El niño es aquel mismo día trasladado a una alquería aislada en la huerta, con encargo de que sea cuidadosamente vigilado hasta el siguiente mes, en que aprovechando un viaje de su hermana será enviado al pueblo.

Quince días de tranquila vida: L. es afectuoso trabajador, comedido. No hace ninguna referencia a las causas que han motivado su nueva situación, y cuando se le habla de esto encierrase en absoluto mutismo, llorando alguna vez.

Una tarde, al retirarse del campo en el que laboraba ayudando a sus protectores, sórprendele el cabeza de familia en conversación con unos desharapados muchachos, quienes según L. dice, le preguntaban por el camino que habían perdido. Por la noche de éste día el niño escapa saltando las tapias del corral.

La semana siguiente cae en poder de la policía con el Blauro y el Blanco. Cumple tres días de arresto, y reclamado por su tío es conducido a la Asociación de Caridad, donde ingresa.

Él es un muchacho robusto, de aspecto sano, sin estigmas anatómicos de degeneración, subbraquicéfalo, sufre incontinencia nocturna de orina. Su aspecto y su indumentaria no son repugnantes. Se expresa lloroso, con palabra premiosa y poca claridad de concepto.

Lee y escribe muy incorrectamente, y de igual modo suma y resta. Es de mentalidad obtusa. Presenta signos de alteración morbosa de los centros de expresión manifestada por una excepcional tendencia al llanto y ala risa, singularmente a aquel, en el que puede observarse la particularidad de que, iniciado por un leve fruncimiento de boca, generalízase poco a poco hasta convertirse en ruidosísimos sollozos acompañados de verdaderas convulsiones.

L. es dulce, apacible, un tanto reservado, no disputa ni rife; por el contrario, cede siempre y dejase llevar sin resistencia. Su deficiente inteligencia, unida a la falta de espontáneas reacciones volitivas, mantienen su espíritu en constante duda, resuelta siempre a favor de quien se le impone moral o meteriamente. Ante el maestro, ante el jefe, es humilde, obediente, bueno; pero como si ésta su benéfica in-

fluencia actuara solo por la acción de presencia del agente, desaparece en cuanto se aleja éste.

A los siete meses de estancia en el establecimiento, durante los cuales evidénciáanse más y más las expuestas cualidades, sin que nada permita sospechar su resolución, fúgase para unirse a la banda del Blanco, incitado por otro corrijendo tachado "de difícil" y que le arrastra consigo.

Desde esta fecha ingresa de lleno en la golfería: roba tubo de plomo, abre los contadores mecánicos de gas, hácese voltillero y es detenido por los agentes de orden público, que dos veces le devuelven a la Asociación, de donde otras tantas se escapa de nuevo, hostigado por sus inductores, que le siguen y le acosan, logrando comunicarse con él al menor descuido del vigilante.

Tercera vez ingresa en la Asociación, y habiéndole re -

prendido con dulzura su conducta, al mismo tiempo que se le ofrece recompensarle si modifica su género de vida, expresa de una crisis de llanto y exclama: "yo no quiero engañar a usted; yo no quisiera ser malo; pero si el Blanco me llama, me escaparé sin poderlo remediar."

Considerando difícilísimo sustraer al desgraciado niño a la funesta sugestión de que es víctima, de acuerdo con la familia es enviado al pueblo de su procedencia, donde se hace cargo de él su madre. ¿que ocurrió luego? No ha sido posible ponerlo en claro; pero es lo cierto que año y medio después el niño L. es hallado de nuevo en el Asilo municipal, detenido por hurto, en unión de Blanco, su genio malo.

!A cuan tristes reflexiones se presta el expuesto caso!

Todavía el medio social es capaz de influir de otro modo sobre el niño normal para hacer de él un golfo; hay un otro mecanismo de acción, otra patogenia que explica la existencia de la infancia rebelde y vagabunda: la explotación infantil.

Aquellos cuyos estímulos efectivos se traducen en reacciones de perfecta normalidad, para quienes un hijo es la cosa más sagrada, el depósito más precioso que la Naturaleza puede poner en sus manos, no serán capaces de comprender cómo algunos que no merecen el nombre de padres, envilecidos por una codicia que otros tan viles como ellos saben despertar y entretener en su provecho, son capaces de vender a sus hijos. Triste es y denigrante para la especie humana, pero así es en realidad: el mercado de niños existe.

Y no se crea que precisa acudir a lejanos países de en -

sueño para hallar hombres capaces de comerciar con la sangre de su sangre. No: el problema tiene más palpitante realidad, el daño está más próximo. Ni siquiera hay que recurrir a los cálidos escritos de Ferriani para poder estudiar el mercado de los niños. El existe en España, y la propia experiencia dicta los límites y el alcance de la cuestión.

La mayor parte de los niños se venden para mendigar, hecha excepción naturalmente de la trata de blancas, cuyo estudio no interesa en este momento. Es la mendicidad el monstruo que más conciencias mancha con este crimen, el más odioso y repugnante de cuantos puede cometer un hombre.

Esa falsa caridad en la que se han educado los espíritus de muchas generaciones, esa caridad que se nutrió en las enseñanzas, ejemplos y apologías de la limosna en la calle, es la responsable de la desgracia de muchos miles de niños. Se-

guramente ciertos corazones ultrasensibles que vierten lágrimas de dolor ante el espectáculo de una mujer imploradora de auxilio "para comprar lecha al hijo" que en sus brazos lleva, pálido espectro del hambre, capullo marchito antes de abrirse, no sospechan que su limosna se destina a cualquier cosa menos a curar a aquella desgraciada criaturita que con su aspecto enfermizo es rico venero, inagotable mina cuyas utilidades son suficientes, no sólo para cubrir las necesidades de sus explotadores, sino muchas veces para la satisfacción de los vicios de quienes la engendraron.

Así es comprensible que ya en la escurridiza pendiente de la tentación, ciertos padres, en absoluto faltos de sentido moral, acojan con júbilo verdadero el nacimiento de un hijo mal formado o deforme; y muchas veces ¡extremece pensarlo! son ellos mismos los que con una barbarie que aterra,

con gran encarnizamiento de bestia, lesionan a sus hijos o les martirizan negándoles la suficiente alimentación, para luego con voz gangosa implorar en la vía pública "¡una caridad por Dios para el pobrecito enfermo!" Verdaderamente la Justicia Divina debe guardar para estos tales algún castigo refinado allá donde todas las cuentas se saldan, cuando no lo fulmina terrible aquí, contra los miserables que pretenden hacerla cómplice del más abyecto de los crímenes.

Lo que asombra es pensar que quienes tales hechos conocen, quienes puedan sospecharlos tan solo, sean capaces de sumarse a determinadas campañas más bien literarias y políticas que científicas en defensa de la mendicidad callejera. "Un solo pobre cuya hambre se satisfaga con la limosna que en la calle recoja, justifica la tolerancia de la mendici-

dad", suele decirse. Y hay que replicar: "Un solo niño indefenso que pueda sufrir los horrores del martirio a que se le sujeta, justifica la evolución absoluta del pordiosero en la calle."

No son estos, sin embargo, los únicos aspectos de la explotación infantil, con ser los más interesantes. Es otras veces el desalmado instructor y jefe de una cuadrilla de raterillos, moderno Nonipodio cuya crueldad con sus empleados sobre pasa los límites de lo verosímil. Es preciso, desde luego, que los niños aporten al final del día una cuota de antemano prefijada...y ¡ay de ellos si tan siquiera unos céntimos faltan a la ominosa contribución! ¡Más les valiera morir!

Otras veces, padres, tutores o patronos sujetan al niño a un trabajo inmoderado, en absoluta desproporción con sus fuerzas y con su temperamento. Golpes y privaciones se pro-

digán sobre el pobre niño cuyo único delito consiste en haber nacido de quien, por el honor de la humanidad, jamás debió poseer la facultad de perpetuarse.

Y así no es extraño que cuando el límite del humano sufrimiento se ha alcanzado, la copa rebose y en el alma del niño fermenta el espíritu de odio y de rebeldía, surja en su voluntad enferma la obsesión de la fuga, de la huida, del alejamiento de todas aquellas cosas que tantas veces destrozaron su pobre corazón. El niño aprende que muchos de su edad viven gozando de feliz independencia. Y un día que a él le parece hermoso, que es como el de su verdadero nacimiento, abandona para siempre el lugar de sus torturas: un golfo más allá nacido.

Sea entre todos los casos citados como de mayor interés el siguiente:

A. E., 6 años. Recogido por el director de la Asociación Valenciana de Caridad en una de las principales vías de la ciudad, donde se le acercó en demanda de que le llevara con él.

Es un niño cuya talla son 980 milímetros , braquicéfalo. Cara simpática de dulce expresión. Viste según lo hace la clase media, aunque un traje raído. De cara simpática, se produce con mucha soltura, demostrando inteligencia despierta.

Analfabeto; no ha ido nunca a la escuela; está con sus abuelos hace año y medio, durante cuyo tiempo le han dedicado a recoger colillas o papeles, y en días determinados, cuando hay afluencia de gentes acomodadas a teatros o templos, a pedir limosna, para lo cual viste según hoy se presenta, en señalándole a recitar una cantinela, alegando ser hijo de un em-

pleado cesante por enfermo de la mayor miseria.

Dice que pocas veces dormía en casa, y cuando lo hacía, obligabanle a levantarse al amanecer, lanzándole en ayunas a la calle para que hiciera recogida de papeles en la puerta de los establecimientos comerciales. Señalábanle el peso de los que debía aportar y no le permitían entrar en su domicilio hasta que no reunía la cantidad señalada. Como esta era alta, frecuentemente pasaba el día correteando por Valencia, comiendo el rancho en los cuarteles o las sobras que algún vecino caritativo le guardaba.

Regresaba a su domicilio al caer la tarde y allí recibía golpes y malos tratos por poca que fuera la diferencia entre lo recogido y lo presupuestado. Volvía a salir de nuevo para recoger colillas, retirándose a la madrugada, viéndose obligado a dormir en el dintel del hogar, en que sus protectores

le despertaban cuando apenas había conciliado el sueño, para hacerle la requisa de los productos obtenidos y encargarle nueva tarea.

Otro tanto ocurría con las precisas variaciones de indumentaria, cuando vestido de niño rico, según la expresión del pequeñuelo era enviado a pordiosear. Entonces si lo recaudado alcanzaba tres pesetas, dabanle diez céntimos "para comer"

Alguna vez intentó E., a pesar de su corta edad, administrarse por su cuenta, declarándose libre; pero sus abuelos, al aperebirse, lanzabanse empeñadamente en su busca sujetándole a bárbaros castigos cuando le encontraban.

En tales condiciones no es de extrañar que el niño realizase los mayores esfuerzos por uir de su casa, y que buscando apoyo a su debilidad, se reuniera con granugillas más talludos que intentaran iniciarle en las malandanzas de la gol-

feria militante. Así, últimamente sustraía algún dinero del que mendigando lograba reunir, acudía a los cinematógrafos en espera de descuido, y viajaba escondido en los trenes para pedir limosna en las ferias de los vecinos pueblos.

Detenido al intentar sustraer algunos frutos del puesto que ocupaba una vendedora, permaneció tres o cuatro horas en el Asilo municipal, y al libertarle, hambriento y temeroso de caer de nuevo en manos de sus abuelos, ideó presentarse al director de la Asociación de Caridad, como lo hizo.

Una información detenida dió a conocer que el niño no era huérfano sino de padre, y que su madre vivía con otros dos niños pequeños en una ciudad no muy lejana de Valencia. Súpose así mismo que aquella poseía en el punto de su residencia fincas, cuya renta anual era aproximadamente de tres mil pesetas y que los productos obtenidos con el trabajo del

pequeño se repartían entre los abuelos y la madre.

Obligada por las autoridades a encargarse de su hijo, y amenazada con todo el peso de la ley sino le cuidaba, tuvo en su casa. Más no debieron mejorar mucho las condiciones de vida del pequeño, cuando a los dos años de estancia junto a su madre revelose y se fugó, formando hoy parte de la golfería valenciana. .

En las páginas precedentes se ha procurado sintetizar la doctrina referente a los golfos por causas objetivas, por acción mesológica, a aquellos que perfectamente normales en su constitución psíquica y física, se vieron empuja-

dos a un especial género de vida por el ambiente social en que se desarrollaron.

Llegada sería la ocasión de acometer el estudio de los golfos anormales, segundo grupo de la clasificación admitida, si una previa cuestión de taxonomía, a la par que de sinceridad científica, no impidiera su desarrollo como necesario preliminar a todo cuanto acerca de los golfos anormales pudiera decirse.p

Porque en efecto, hasta este instante el criterio de sistematización que aquí se mantiene parece sustentar la existencia de un límite definido que separa los niños vagabundos habituales de la ciudad, en dos grupos distintos perfectamente individualizados. Y si a esta manera de entender los hechos se le concediera un valor absoluto, resultaría en tan manifiesta desarmonía con la realidad mis-

ma, que no sería posible seguir defendiendo tal doctrina sin separarse mucho de la senda que marca la observación.

Del estudio de los hechos, de la discusión de la casuística, dedúcese como consecuencia que el límite entre los golfos anormales y los normales es absolutamente imposible de establecer, que no puede señalarse ni un solo carácter específico. Y ello no debe sorprender, porque el fenómeno se repite siempre que se intenta realizar alguna sistematización en Ciencias Naturales.

Quizás, según la ciencia moderna pretende desde de Vries, no sea cierto el clásico *Natura non fecit saltus* de Linneo, mas sabrán de reconocerse sus apatencias de realidad con solo considerar como se impone acudir a tal principio cuando en todas las clasificaciones se advierte la impotencia de la mente humana para establecer precisos y terminantes límites allí donde la Naturaleza presenta una serie con-

tinua de tipos tan semejantes cada uno al que le precede y al que le sigue, que la separación entre ellos, a no ser artificiosa, es imposible.

El mismo fenómeno se repite siempre. Aceptado un criterio de clasificación, hay lugar a establecer tres grupos: en dos de ellos el carácter divisionario se muestra con indiscutible claridad, constituyen los extremos de la serie y nadie sería capaz de confundirlos. Pero el tercer grupo es de transición; en el unas características se borran poco a poco, mientras aparecen otras en gradación insensible. Solo la continuidad de una función en Matemáticas es capaz de traducir de una manera gráfica este hecho. Podría decirse que las series naturales son progresiones de un incremento infinitamente pequeño; dos términos distantes difieren en una magnitud apreciable, pero nada sepa-

raria sensiblemente dos términos muy próximos.

No se ha pretendido jamás, ni podría pretenderse, que la clasificación aceptada de niños golfos escape a tales defectos, inherentes, hay que repetirlo, a todas las sistematizaciones en Ciencias Naturales. Tanto más cuanto que en las cuestiones referentes a la normalidad los límites son particularmente difíciles de señalar.

Augusto Ley¹, en una interesante monografía de conjunto, concreta este punto de vista en los términos siguientes: "La clasificación categórica, de anormales, es buena en teoría y útil para entenderse e interpretar los casos; pero práctica y objetivamente, las anomalías se confunden." Y todavía en la serie de los tipos de transición es nece -

1 Année psychologique, 1912.-Les enfants anormaux, pág. 503.

sario considerar, además de aquellos golfos engendrados con-comitantemente por la acción mesológica y la reacción individual, según ocurre en la mayor parte de los expuestos ejemplos, aquellos otros que son anormales por acción directa del medio, es decir, individuos dotados de una evidente anomalía, cuya causa inmediata está constituida por una injuria mesológica.

Quede, pues, establecido de manera terminante el sentido en que aquí se expone la doctrina de los rebeldes normales y anormales; refiérese ella a los arquetipos, pero sin ningún límite absoluto que los separe, sino al contrario con relación entre sí a través de una insensible gradación de caracteres y de tipos que es prueba inmensa de la unidad de la especie niño golfo, objeto de este estudio.

A pesar de cuanto la experiencia enseña, no abundan en la bibliografía los ejemplos de autores que inicien el estudio de la anormalidad con la paladina declaración de su impotencia para limitar el concepto, Como dice Binet, aunque refiriéndose a la alienación mental², muchos hay que tratan esta cuestión en estilo anecdótico para terminar con una conclusión ambigua.

Roubinovitch¹ se limita a hacer constar que el nombre de anormal es científicamente impreciso. Más explícito Tanzi², llama "capítulo crespular" aquel en que se ocupa de los anormales de carácter. Augusto Ley parece no conceder mucho

2 Année psychologique, 1912.

1 Trait. int. de Psych. Path., t. II.

2 Loc. cit.

interés a la cuestión de límites, pero no deja por ello de protestar contra la impresión del concepto: " Surante muchos años los anormales han sido nagadés por una, con siderados por otros como muy numerosos, declarados ineducables por este e infinitamente perfectible por tal otro."

Preciso es ante todo escapar a la censura que por falta de sinceridad científica pudiera dirigirse a ciertos autores: dicho queda ya en páginas precedentes hasta que punto se considera difícil definir de una manera concreta el concepto de anormal, y expuestas están las razones por lo que es casi imposible obviar aquellas dificultades. Pero se hacia entonces referencia a la anormalidad considerada como criterio divisionario de la infancia rebelde; y a-

hora es preciso extender los horizontes, ampliar los puntos de vista, y referirse a lo anormal en abstracto, para intentar la individualización del tipo clínico.

Parece evidente que el concepto ha de establecerse sobre la idea fundamental de las diferencias anatómicas o funcionales que separan al anormal del tipo humano, del hombre en absoluto estado de higidez. Ninguna frase sintetizaría mejor este pensamiento que la de Morel refiriéndose a los degenerados: "derivaciones desgraciadas del tipo normal de la humanidad". Sin embargo, al expresarse en estos términos el gran mentalista francés cometió el error de definir la parte por el todo, ya que sus palabras convienen a todos los anormales, aunque con ellas quiso el únicamente señalar a los degenerados, es decir, a los anormales de tara heredada.

Si pues los degenerados hállanse en manifiestas condiciones de inferioridad de potencial biológico con relación a los individuos normales, ¿no serán sencillamente enfermos? Y podría preguntarse: ¿entonces, a que introducir un neologismo, más que inútil, perjudicial? Ni lo uno ni lo otro: el vocablo es necesario y útil, según puede probarse investigando un poco en el fondo de los conceptos "enfermo y anormal".

"La enfermedad-dice Letamendi¹- es un modo de vivir malo, deficiente y aflictivo." En esta definición, el más ilustre de los teorizantes médicos no establecen ninguna diferencia entre anormales y enefermos puesto que unos y otros caben dentro de los límites que asignan a su concepto. Y es lo

1 Pat. gral., t. I, pág. 133.

cierto que con una clarividencia que es la más elocuente prueba de su genio, Letamendi fué profeta para señalar las nuevas orientaciones de las ideas científicas a cerca de la enfermedad: durante todo el siglo XIX los datos se acumularon en el sentido de considerar a la enfermedad como un caso particular de la vida, un momento que en el fisiologismo del individuo, aquel en que "la necesidad de vivir llega a ser generadora de otros movimientos", como dice Alberto Foullié². Y así uno de los más modernos tratadistas de Patología general puede llamar a su obra Fisiopatología clínica³, y así ella puede encabezarse triunfalmente para el vitalismo con las palabras de Claudio Bernard:

2 La Psychologie des idées forces, 1893.

3 Grasset.

"No hay más que una Ciencia en Medicina: esta Ciencia es la Fisiología aplicada al estado morbosos y al estado sano."

Súmase Courmont⁴ a tales opiniones concretando su pensamiento en la siguiente frase: "Lo que diferencia entre si las reacciones normales de las reacciones morbosas no es tanto su naturaleza como la intensidad de estas reacciones." Uhle y Wagner⁵ llaman a la enfermedad "idea convencional" y hacen constar que no es opuesta a la salud, sino distinta. Nuestro Corral⁶, después de un trabajo de erudición magnífico, acaba por establecer que la enfermedad es un "modo

4 Manual de Pat. grat., 1912.

5 Pat. gral., 1892.

6 Pat. gral., 1912.

cuantitativo de vida". En una palabra: todo el movimiento científico actual está orientado en el sentido de considerar a la enfermedad como un caso particular de vida en el que los fenómenos biológicos, al desenvolverse, tienen un carácter de marcada deficiencia.

Bien se ve, pues, que los patólogos, asignando tales límites al concepto de enfermedad, no excluyen de su contenido a la anormalidad. Los anormales son enfermos pero constituyen una categoría especial de enfermos, singularmente individualizados por las funciones alteradas y por la naturaleza de la alteración.

Aunque los autores no lo confiesen de una manera explícita, el concepto de la anormalidad está construido la mayor parte de las veces sobre la idea de trastornos en las

funciones que los filósofos tomistas llamaban de la vida de relación; trátase además de alteraciones heredadas, conceptuales o adquiridas en la primera infancia, algo que imprime un sello morboso especial a todo el curso de la vida del individuo, algo que recuerda la idea antigua de diátesis y que desde el punto de vista clínico diferénciase de todas las otras enfermedades en que el curso de estas para nada intervienen el antixelismo, la reacción defensiva individual. Un niño afecto de una meningitis no será un anormal: será un enfermo; "él mismo hace su enfermedad", según la feliz expresión de Grasset, y los episodios del gran drama morboso no son sino la traducción de su reactividad ante el ataque de la causa determinante. Pero la acción de ésta cesa; la defensa orgánica deja también de ejercer su

elevadísima misión. Sin embargo, en aquel sistema nervioso han quedado lesiones anatómicas irreparables, contra las cuales el organismo no se defiende y que, sin embargo, se traducen por evidentes alteraciones funcionales que hacen del niño un anormal. El enfermo es un pueblo oprimido que se revela contra el tirano y contra él lucha; el anormal es un esclavo que arrastra sus cadenas con su vida miserable.

Cierto es que este concepto de anormalidad no está absolutamente de acuerdo con las ideas de Decroly. "Niño anormal es aquel que por una razón cualquiera se encuentra en estado de inferioridad y no puede adaptarse al medio social en que ha de vivir", decía el ilustre psicólogo belga en 1893 ante el Congreso internacional de la asistencia de los enanados. No es posible aceptar esta concepción, que minaría por su base todas las ideas hasta ahora desenvueltas y que

está en abierta pugna con el criterio de sistematización aceptado; según ella, todos los golfos son anormales.

Depende esta di-ametral oposición de criterios, de que Decroly entiende los anormales de un modo demasiado amplio, con un criterio absolutamente sociológico, y este punto de vista saca la cuestión de sus naturales cauces médicos: la inadaptación es una idea de relatividad entre individuo y medio. Es sistemático cargar siempre la inadaptación a la cuenta del individuo, ya que muchas veces toca al medio la única responsabilidad.

Tampoco dentro del expuesto criterio caban aquellos llamados anormales pedagógicos por Denoer¹ u ocasiona -

1 Citado por Ley. Loc. cit.

les por Schreuder². Pero es que precisa tener en cuenta que tales géneros de anormalidad no pueden ser jamás objeto de un estudio médico, entendido como ciertos autores los interpretan. Si se trata de anomalías mentales ligeras, ellas son tan poco justiciales de una pedagogia todo lo inteligente que se quiera, casi como la misma idicia; podrá lograrse tal vez una notable mejoría con relación al estado primitivo, podrá conseguirse que en circunstancias normales el individuo se mueva en su ambiente social sin traicionar el trastrono de su espíritu; pero en cuanto un choque moral medianamente intenso tenga lugar, así que la injuria mesológica sobrepase los límites de lo normal, la reacción violenta ha de sobre-

2 Yets over Verstandsmetingen.-Ped, Tyd., año III.

venir, dando un mentis solemnísimo al que pretendió borrar, por acciones modificadoras del medio, aquellas anomalías constitucionales que están en la arquitectura misma del individuo.

Y si se cree que tal afirmación es hija del capricho, basta para convencerse de lo contrario hojear la monografía de Binet¹ sobre el destino ulterior de los niños salidos de un colegio de anormales. Ella prueba de una manera elocuente hasta qué punto la pedagogía es ineficaz cuando ha de manejarse como medio terapéutico.

La propia experiencia abunda en estos datos muy desconsoladores, pero muy ciertos. Durante años enteros se ha podido seguir el curso de ciertos anormales sujetos a una edu-

1 Année psychologique, 1905, pág. 137.

1-

cación inteligente en la escuela especial de la Asociación Valenciana de Caridad, para ver con desaliento la pobreza de sus progresos en lo que a la corrección de su anormalidad se refiere.

En cambio cuando una llamada anormalidad pedagógica cede por completo bajo la acción de una terapéutica puramente educativa, cuando esa anormalidad está exenta de toda alteración sustancial de la mente, no es científico ni es justo incluirla entre los casos morbosos anteriores: tales niños no son anormales en el recto sentido ya expuesto: son ineducados o mal educados; y no es posible extender de tan amplia manera los límites de un concepto, sin riesgo de que su precisión quede gravemente disminuida.

Es preciso concluir en este punto, con Roubinovitch ²,

2 Loc. cit.

de un modo más radical que la mayoría de los autores. Los anormales pedagógicos no existen en el sentido de que su anomalía pueda ser curada por una educación inteligente. Si con aquel apelativo se conviene en señalar los anormales ligeros, susceptibles de cierto grado de mejoramiento por la terapéutica pedagógica, la locución puede aceptarse, aunque es inútil. El anormal es un enfermo, y por consiguiente no será nunca lícito llamar de este modo a un individuo sano, cualquiera que sean las condiciones del medio en que se ha desarrollado.

No es posible dejar de insistir aquí en lo que muchas veces se ha repetido ya y otras muchas ha de repetirse para que ni un solo momento deje de informar el juicio en la cuestión que se debate: y es que entre anormales y normales sanos y enfermos los límites son imposible de establecer.

Ya el inmortal médico de Pérgamo hablaba de las "sanidades imperfectas"; estas son sus palabras puntualizando los estados diversos en que puede encontrarse el hombre: sanitas, aegritudo et dispositio quae inter eas medio existit¹. Y en este aspecto de la ciencia médica, su clarividencia casi sobrehumana hace que hoy, transcurridos los siglos, sean sus palabras expresión de las más modernas ideas. No se habla ya de estados de transición en determinadas enfermedades de obscura sintomalogía: es en el campo mismo de la medicina mental, allí donde parece que por su trascendencia social los diagnósticos debieran ajustarse a la rígida invariabilidad de una ley inmutable, donde los límites se borran, se esfuman, escapan al investigador.

1 Citado por Corral.

Binet y Simón, en una monografía² tan completa como suya acerca del concepto de la alienación mental, hacen notar que es esta una de las cuestiones más difíciles de resolver; y Sollier³ a tal propósito recuerda la frase de Ball hablando de individuos situados en la "frontera de la locura". Baste tener presente el calificativo de demi-fous que una literatura psiquiátrica un poco novelesca ha rodeado de cierto popular prestigio, para darse cuenta del interés que tiene la cuestión de los límites en las enfermedades mentales.

Y no se crea que tales dificultades son, como decía uno de nuestros clásicos, "ganar de hinchar un pellejo para luego acuchillarlo"; tienen, por desgracia para la nosotaxia

2 Année psychologique, 1911.

3 Folie et neurose.-Trait. int, de Psy. Pat., t. II, pág. 495.

psiquiátrica, una existencia demasiado real. Sirva de ejemplo la cuestión de la ciclotimia. Sabido es que Baillarger⁴, Billoz⁵ y Falret individualizaron a mediados del pasado siglo una entidad que se llamó "locura circular". No es este el momento de recordar las vicisitudes y la evolución del concepto, pasando por la folie á double forme de Magnan, para abocar a la Manisch depressives Irresien del gran maestro de la Psiquiatria contemporánea, Kraepelin.

Pero es preciso decir que ya Kalhbaum en 1872 pudo hablar de ciertos individuos que sin llegar a un acceso maniaco franco ni a una crisis melancólica evidente, eran víctimas de modificaciones periódicas de su estado mental y afectivo con carácter alternante de hipotimias e hipertimias: a

4 Année med. psych., 1854.

5 Ibid., 1852-1856 - Acad. de Med., 1854.

estos tales llamó Kalhbaum ciclotímicos. Demy¹, que más tarde los estudió los ha bautizado felizmente con el nombre de pequeños circulares. Loukhanoff² emite la hipótesis de una constitución ciclotímica. Bagenoff³, en una interesante monografía de conjunto, demuestra que ciertos grandes hombres (Goethe, Alfredo de Musset) son ciclotímicos. He aquí, pues, individualizado un tipo clínico que, de una manera gradual, de un modo insensible, lleva del estado de hígidez al estado morboso manímelancolía.

No es este el único cuadro de Patología mental bien individualizado que se pierde en gradación insensible hacia el

1 Sem. méd., 1848, pág. 15.

2 Gacette médicale, 1910, págs. 16 y 17.

3 La cyclothymie. - Trait. int. de Psych. path., t.

estado de salud perfecta. Recientemente en la sociedad francesa de Psiquiatría, Denny y Desfour han presentado ciertos casos muy interesantes de este punto de vista. Trátase de alucinosis crónicas en las que el enfermo, que no es un loco razonador acepta su alucinación como una realidad objetiva sin establecer sobre ella el edificio de una interpretación delirante.

Estos casos han hecho hablar Seglas⁴ de constitución paranoidea, de tournure paranoide de l'esprit, de algo, en fin, que se sale de lo normal y no llega a lo morboso.

Conclúyase de todo lo expuesto: el anormal es un enfermo. Pero muchas veces es absolutamente imposible individua-

4 Societé Francaise de Psychiatrie, Seance, 15 Junio 1911.

1-

lizarle y separarle del hombre sano.

Harto puede ya preverse, por todo cuanto hasta este momento va expresado, que si la tarea de limitar hasta cierto punto el concepto de anormalidad ha sido pesosa, mucho más ha de serlo la de metodizar su contenido, la de sujetar a sistematización el inmenso número de variedades de niños anormales que la realidad presenta.

Sin modificar para nada la ciencia del pensamiento, podría repetirse aquí lo que en otro lugar se ha dicho con referencia a la clasificación de enfermedades mentales¹; en patología mental, la sintomatología es tan inmensamente varia-

1 Sanchis Banús, la Medicina Valenciana ,Abril 1916.

da, que el criterio clínico, más que a una sistematización verdadera, conduce a una confusión real: cada enfermo es una especie morbosa distinta. Y así los libros de Psiquiatría, más que verdaderas generalizaciones de categorías lógicas elevada, exponen muchas veces colecciones de historias clínicas más o menos interesantes. Exactamente ocurre con los anormales.

No se puede hablar de clasificación de anormales sin recordar el trabajo de Decroly, el ilustre belga, que en 1909, con ocasión del V Congreso de Psicología en Ginebra, dió a conocer una monografía completísima, a la cual hay que referirse por precisión para poseer cuanto datos se relacionan con tan discutida materia. No se han de reproducir en este sitio todas las clasificaciones que allí se comentan y critican. Al azar, por constituir el arquetipo de todas ellas,

cópiase aquí la de Sanctis que va a continuación:

Niños anormales	A. Intelectuales	Idiota
		Imbécil
		Infantil
		Vesánico
		Epileptóide
	B. De carácter.....	Excitables
		Inestables
		Hiperactivos
		Impulsivos
		Inmorales
C. Sensoriales		
D. Combinados	Hipomorales	

Ha logrado esta clasificación una baga que no se comprende

bien. No sorprende que las ojecciones se hayan multiplicado. No es la menos grave la de Paúl Boucour, que protesta de la confusión de los anormales e hipomorales con los anormales de carácter. También el grupo de los combinados desempeña aquí un papel muy ambiguo.

Por ello no faltan ulteriores intentos de ordenación metódica, entre los que ocupa un lugar preeminente la clasificación de mi padre, que indudablemente satisface mucho más las naturales exigencias del espíritu, y que a continuación copio:

Maestre, en su Cátedra de Medicina legal, ha propuesto, es de creer que más bien como un esbozo que como una clasificación definitiva, ajustarse en la metodización de anormales o su esquema de las diez reacciones instintivas, tan interesante como toda su concepción psicológica de la mente humana. Un anormal estaría siempre caracterizado por la falta de uno de estos diez instintos.

Sea cualquiera la clasificación aceptada, como muy juiciosamente hace notar Decroly y repite Augusto Ley¹, en el fondo de todas ellas hay elementos comunes que representan algo así como el residuo general lingüístico de que habla Letamendi². Y este algo, factor común de los diversos criterios, idea general desprovista de los particulares detalles absolutamente propios de cada clasificación, representa como la sis-

1 Loc. cit.
2 Loc. cit.

tesis de cuanto en este asunto se ha opinado. Todos los autores están acordes en reconocer la existencia de cuatro variedades de anormales: los motores, los sensoriales, los mentales y los efectivos. No tienen todos ellos el mismo interés para el estudio que se realiza. Así, pues, no debe sorprender que alterando un poco el orden clásico y aceptando el que dicta su importancia en el estudio del niño golfo, se describan aquí primero los mentales, luego los afectivos y por último los motores y sensoriales.

Es unánime el acuerdo de conceder un sentido muy concreto a la palabra mental. "La mental es una parte de lo psiqui-

-

co", dice Grasset³. Binet⁴, tratando de dar a la palabra una significación vulgarizable, acepta para su inteligencia esta definición, muy exacta y muy clara: "Juzgar bien, comprender bien, razonar bien", he aquí las tres cualidades esenciales de la inteligencia.

Y salvo censurables impropiedades del lenguaje, es preciso convenir en que cuando se habla de trastornos mentales se hace referencia a enfermedades en las que predominan las alteraciones de la inteligencia tal como Binet la define. Ahora bien; para que esta confección no sea tachada de simplista o esquemática, nótese que se ha hablado de entidades morbosas en las que predominan los trastornos de inteligencia, sin que

3 Trait. de Pchysio. Clin., t. III, pág. 131.

4 Année psychologique, 1905.

por ello se excluya la simultaneidad de otras alteraciones patológicas en las demás esferas del psiquismo.

Cuando se ha tenido ocasión de observar solamente algunos de estos anormales mentales, aparece muy claramente una línea divisoria que en dos grupos los separa: uno, en el que los trastornos son marcadamente hipofuncionales o disfuncionales; otro, en el que las alteraciones toman un carácter marcadamente para funcionar. Realmente no hay lugar a establecer un tercer grupo, que la lógica parece exigir; no es posible hablar de hiperfunción sin separarse mucho de los hechos, porque esta última modalidad morbosa no existe nunca aislada, no se la puede individualizar como tipo clínico de anormalidad.

Y es preciso de nuevo suscitar en este punto una cuestión que muchas veces hubo de plantearse, y que ahora, al comenzar el estudio de las anormalidades mentales por hipofunción

para aplicarlas al niño golfo, impone de nuevo su fatigoso desarrollo: se hace referenci a la cuestión de los límites en los conceptos.

Binet, cuya obra inmensa no es posible desconocer a pesar de no hallarse exenta de errores graves, pero del que es injusto decir, como lo hace Roubinovitch, que se trata de "jóvenes psicólogos que de repente se han descubierto cierta afinición a los niños anormales", ha dedicado varias monografías ¹ al estudio un poco teórico al parecer, pero inmensamente útil en realidad de la limitación de los conceptos de los anormales mentales.

¹ Definition des états inférieurs de l'intelligenc.- Enfants normaux et anormaux.-La mesure de l'intelligenc.- Année psych., 1905.

Con un acerbo espíritu de crítica, que es tal vez la causa de que su obra no haya sido juzgada nunca imparcialmente, Binet cierra contra las definiciones clásicas. Cierro es que todas ellas adolecen de gravísimos defectos de lógica y de lenguaje; los términos comparativos, en los que no hay jamás un punto fijo de referencia, abundan extraordinariamente: "alteración más grave", "trastorno más profundo", "función marcadamente disminuida", etcétera etc... ?Pero es que sería posible expresarse en otro lenguaje tratando de una materia que la realidad misma presenta envuelta en la más nebulosa incertidumbre?

Con frase rebotante de ese espíritu que la mentalidad francesa no logra divorciar ni siquiera de las más profundas cuestiones científicas, Binet exclama subrayando: "En la imbeci-

lidad ligera las facultades intelectuales son notablemente inferiores a las de otros niños de la misma edad; este notablemente es el mejor resumen que puede hacerse de esas definiciones." ¿Como han nacido estos conceptos en el seno de la ciencia psiquiátrica? Que mecanismo los engendró tan pobres?

Su origen es, por lo menos, reciente. Aun Pinel¹ dedica en su obra un capítulo a la "obliteración de las facultades intelectuales y efectivas", en el que están confundidos todos los estados inferiores de inteligencia; ninguna diferencia establece entre idiotas y demente.

Esquirol², con justicia llamado el padre de la Psiquiatría, es el primero en reconocer y definir la existencia de

1 Traité sur l'alienation mentale.

2 Des maladies mentales.

variedades distintas en la masa inmensa de los amentes. Esboza también por vez primera una clasificación fundada en el estado de la palabra³ "ese atributo divino del hombre que le ha sido dado para expresar su pensamiento". Más adelante concreta sus ideas acerca de la idiocia, que no es una enfermedad, es un estado en que las facultades mentales jamás existieron. Por último, en una frase que se ha perpetuado a través de los tiempos y de las generaciones médicas, establece las diferencias entre los estados de pobreza mental congénitos y los adquiridos. Son estas sus palabras textuales: L'homme en demence est privé des biens dont il jouissait autrefois, c'est un riche devenu pauvre¹, idiot a toujours été dans l'infortune et la misère¹.

3 Loc. cit., pág. 340.

1 Loc. cit., pág. 283.

Y desde este momento reina la confusión en todo lo que a esta materia se refiere. Fuera tarea superior a las humanas fuerzas reunir con la necesaria concisión cuantos datos suministra la literatura médica. Preciso es limitar el propósito tratando solo de dar una impresión de conjunto. Porque en efecto, a pesar de su aparente multiplicidad, todas las clasificaciones de los estados inferiores de inteligencia pueden reunirse en dos grupos distintos: uno edificado sobre una base anatomopatológica; otro construido con un criterio clínico.

Hay en el primero algunas clasificaciones tan interesantes como la de Ireland², que acepta para la idiocia numerosas variedades: genética, ecláptica, epiléptica, microcefá-

2 The mental affections of children: idiocy, imbecility and insanity.

lica, hidrocefálica, paralítica, traumática, inflamatoria, esclerótica, sifilítica, mixedematosa y por privación.

Todos los creterios de sistematización anatomopatológicos suelen adolecer del mismo defecto: sus agrupaciones no tienen todas igual interés clínico. En la clasificación Ireland se ve, por ejemplo, que la idiocia genética desempeña un papel en la realidad clínica que nadie podría asignar a la paralítica o a la traumática.

Las clasificaciones clínicas, aunque más médicas, más apropiadas a un estudio psiquiátrico de la cuestión, son todavía más confusas, aun menos concretas.

Voisin³ limita cuatro tipos: la idiocia completa, la idiocia incompleta, la imbecilidad congénita y la debilidad mental.

3 Leçons sur l'idiotie.

Son trastornos estos cuya profundidad va decreciendo: se presenta, pues, a la imbecilidad como un grado de la idiocia; más adelante ha de discutirse este criterio.

Bourneville¹ acepta grupos parecidos: la idiocia profunda, la propiamente dicha, la legera, la inestabilidad, y por último la imbecilidad moral. En esta clasificación, como en la anterior, los imbéciles figuran en el penúltimo escalón de la escala degenerativa, pero sobre la misma línea de perspectiva, sin discontinuidad de síntomas ni de patogenia².

Interesa mencionar un último ensayo de clasificación debido a Blin y Damaye, porque tiene una importancia histórica muy grande. Estos autores, cuyos trabajos se exponen

1 Traité de Medicine, de Gilbert.

2 Tanzi, 1 oc. cit.

en la tesis de Damaye, tuvieron la idea de prescindir en absoluto de caracteres de relatividad y construir el concepto de los estados inferiores de inteligencia sobre la base más concreta de las nociones que el niño posee a cerca del mundo objetivo: una especie de interrogatorio muy ingeniosamente trazado daba la fórmula de la exploración clínica.

En el campo de la Psiquiología patológica todo empujaba hacia este concepto a principios del año 1905. Completamente en su apogeo la cuestión de niños anormales, planteado y desenvuelto el problema de la medida de la inteligencia por Bier-vliet³, una correlación forzosa había de establecerse entre ambos aspectos de la ciencia. Y fué Binet el encargado de trazar este nuevo camino a las ideas, ya que a ello se veía empujado por el ambiente científico de la época y por estas sus pala-

3 . La mesure de l'intelligence. -Année psychologique, 1905.

bras, en las que trataba de especificar las causas de la reinante confusión de ideas Psiquiatría: En regardant de prés on s'aperoit bien vite que la confusión vient principalement d'une faute dans les méthodes d'examen. Habrá, pues, que reha- cer los métodos de exploración clínica. Y bajo estos auspicios nació la escala métrica de la inteligencia de Binet y Simón.

Con ella ocurrió como sucede en todas las grandes ideas en la Ciencia. Cada una es un brota aislado, algo que surge sin precedentes y sin que nada haga sospechar su advenimien- to: representa por el contrario el estado final de una escala de evolución cuyos primeros términos sería injusto menospre- ciar. En la misma obra de Binet la escala métrica de la in- teligencia tiene sus precedentes en su método de la "cata in- telectual" para clasificar a los alumnos de una escuela. En una palabra, la escala métrica de la inteligencia de Binet no

es una improvisación más o menos afortunada: es un fruto que sazonaron sobre un árbol robusto óptimas condiciones mesológicas¹.

El mérito principal de Binet y Simón, como ha dicho su discípulo Palanca en la Cátedra de Maestre, consiste en haber prescindido de esquemas más o menos verosímiles para explicar el funcionamiento de la Psiquis, y haberse concretado a la realidad misma. Con el Binet no se mide otra cosa que la facultad de comprender, de razonar y de juzgar; nos test no tienen otro alcance. Pero ellos sirvieron como base para construir un concepto muy concreto de anormal mental por hi-

1 El método de Binet y Simón tiene una rica bibliografía, de la que sería inútil dar aquí la nota completa, puesto que está ya hecha por Augusto Ley (Loc.cit.,) Los artículos fundamentales hallanse en la colección de *Année psychologique*, 1905, 1908, 1911, 1913, 1914.

profundación. "Todo niño-dice Binet-que muestra un retraso de tres años con relación al valor medio normal a su edad, es un anormal" En realidad el límite es bastante teórico, pero es un límite y para las necesidades de la lógica basta.

Y sin embargo, el método de Binet y Simón, si es de una enorme utilidad en el estudio de aquellas anomalías ligeras de las que mas arriba se hacía mérito, anomalías llamadas pedagógicas, no puede emplearse con fruto en la exploración de los anormales profundos. Se trata de un método puramente psicológico cuyos resultados no deben informar en manera alguna un estudio clínico, y los mismos autores, en su primera monografía¹ acerca de tal materia asi lo reconocen

1 Loc. cit.

implícitamente, planteando junto al método que llaman psicológico otro distinto que apellidan médico.

No debe jamás echarse en olvido que la cerebración no es una facultad aislada, sino que funciona sinérgicamente con un organismo al cual modifica y del cual recibe influencias modificadoras. La concepción individualista de Letamendá se impone siempre en Patología; no hay enfermedades del hígado o del estómago, como no las hay de cerebro. Hay enfermos de tales órganos en los que estando ellos principalmente afectados, influyen al organismo entero modificando su modo de vida.

Así, pues, un estudio clínico no debe estar afectado del monoideismo psicológico: la exploración ha de hacerse en la esfera de las funciones psíquicas como en todas las otras del organismo se explora un hombre enfermo, no un cerebro alte -

rado. Este método mixto conduce a ideas bastante concordantes y muy concretas en el campo de las anormalidades mentales por hipofunción .

Es preciso ante todo hacer un grupo aparte con los dementes. La anamnesis dará la base de un diagnóstico diferencial que no suele ofrecer muchas dificultades. Ya Esquirol y Morel habrían patrocinado la creación de una forma clínica que se llamó "demencia primitiva de los jóvenes". Más adelante, Mairat, Christian y Schüle recogieron la tradición que Serieux, Masselon y Gilbert-Ballet han resucitado recientemente describiendo una serie de casos clínicos, en los que muy rápidamente el niño varía de actitud para con sus padres de capacidad para el trabajo en la escuela: en desacuerdo con sus costumbres anteriores, tales individuos vuelvense bruscos y intolerantes, perezosos y tardos de inteligencia.

Creado el cuadro de la demencia precoz, ninguna duda queda hoy en diagnosticar de hebefrénicos a estos sujetos.

?Seria posible establecer una radical diferencia entre dementes y idiotas? Dentro de Psiquiatría clásica, la separación es muy clara. "La idiocia-dice Roubinovitch-no es una entidad morbosa sino un síndrome psiquico caracterizado por la privación global de las facultades intelectuales consecutiva a una detencion congénita o adquirida del desarrollo cerebral".

Mendel¹ tambien cree que deben comprenderse en el idiotismo "aquellas cosas de debilidad mental determinadas por una detención en el desarrollo del cerebro". Esta sería además la opinión de toda la escuela clásica que Regis² acepta como buena, y que como corolario forzoso lleva consi-

1 Psy. especial.-Tratado de Medicina de Epstein, t.III.

2 Précis d Psychiatrie.

go la opción del criterio según el cual la imbecilidad no es sino una tenuación de la idiocia. .

Pero Solier³ en 1893 estableció, aunque sin quererlo él, los fundamentos de un punto de vista absolutamente nuevo en la cuestión de la idiocia. Sabido es que este mentalista francés, tratando de conservar la primitiva clasificación de Esquirol, fundada en el estado de la palabra, substituyó a tal carácter divisionario otro que reconocía como esencial una función psíquica muy interesante: la atención y llevando más adelante, se vió obligado a reconocer que entre el psiquismo de imbeciles e idiotas hay algo más que diferencias de grado: hay diferencias de naturaleza. No otra cosa que esta afirmación significan las analogías que Solier establece

3 Loc. cit.

entre idiotas y macrocéfalos e imbeciles y microcéfalos.

Esta semilla, recogida por el ambiente fecundísimo de la escuela italiana, fué origen de toda una doctrina que hoy precisa sino aceptar de plano, por lo menos considerar muy seriamente, analizando su concordancia con los hechos de observación .

"La enfermedad del idiota-dice Tanzi-es adquirida, aunque se inicie en la vida fetal. Y no es por consiguiente preciso asimilar su origen a la degeneración fatal y problemática de una estirpe." La idiocia sería la consecuencia de una cerebropatía infantil: sería una cerebroplegía psíquica, una verdadera demencia infantil: He aquí, pues, de un golpe suprimido todo cuanto separa idiotas y demente. Si el demen- fué rico y se hizo pobre, el idiota nació pobre porque un in- fortunio le arrebató el capital que debía de heredar, no por-

que sus padres no poseyeran nada que legarle.

Es imposible negar que estas afirmaciones van acompañadas de un cierto número de pruebas clínicas no desprovistas absolutamente de fuerza probatoria. De hecho, cuando en la propia experiencia se recuerda el tipo usual del idiota, se le reconocen, si, los signos físicos de la afección que ha padecido: trastornos tróficos dependientes de la profundísima alteración que en el metabolismo de los tejidos introducen, de una parte, la lesión cerebral, y de otro lado, el automatismo absoluto de la vida vegetativa; pero en realidad, no es tan frecuente como pudiera creerse la existencia de típicos estigmas de degeneración.

Muy otro es el concepto de la imbecilidad. Trátase en este caso, sin duda, de alteraciones francamente heredadas, concepcionales, fruto de taras degenerativas. Pero, "la a-

plasia armónica y espontánea del cerebro como consecuencia de la degeneración hereditaria, no se puede aplicar a la mayor parte de los casos¹.

Síguese de aquí que, efectivamente, desde el punto de vista exclusivo del hipofuncionalismo mental, la imbecilidad es una atenuación de la idiocia porque los trastornos de inteligencia suelen ser menos profundos en la primera que en la segunda. Pero nadie se atrevería a decir que la grippe sea una atenuación de la viruela porque la raquialgia es en aquélla menos intensa que en ésta. Presenta la imbecilidad un conjunto de manifestaciones morbosas en la esfera de la afectividad que faltan por completo en la idiocia y que hacen que la imbecilidad sea el puente de tránsito entre los normales puramente mentales y los afectivos o de carácter.

1 Loc. cit.

Desde el punto de vista somático las diferencias no son menos profundas. Ya se ha visto cuán gravemente se halla modificada la trofidad en los idiotas. No así en los imbéciles, entre los que abundan en cambio, de un modo extraordinario, los signos anatómicos de degeneración: los estigmas.

Sería inoportuno hacer ahora una completa enumeración de estigmas degenerativos. Abundan ellas y pueden encontrarse en cualquier obra corriente de Psiquiatría, sin olvidar la obra fundamental de Lombroso.

Contrastando con la pasividad absoluta del idiota, que solo de una manera automática realiza los actos más esenciales de la vida vegetativa, el psiquismo del imbecil presenta muy notables características: su inquietud, la movilidad de su atención, la crueldad inusitada de sus actos, su amor propio, los raptos de su cólera,

su vanidad ridícula, su atimia absoluta, la posible existencia, en fin, de algún aspecto de su mentalidad exuberantemente desarrollado, muy frecuentemente la memoria, son otras tantas particularidades que permiten el fácil diagnóstico de su anomalía psíquica. Son estos tipos clínicos aquellos cuya imbecilidad permanece ignorada para el vulgo, que los tiene por pícaros redomados y socarrones. Pronto ha de verse en el estudio especial del niño golfo que si los idiotas son raros los imbéciles abundan extraordinariamente.

Una vez más precisa sentar ahora aquella verdad inconcusa que en todo el curso de este trabajo viene informando el criterio de estudio, según la cual existe positiva continuidad del estado morbozo al de perfecta higi-

dez, insensible gradación por la que se pasa del mentalmente sano a lo normal por hipofunción. Forman los peldaños de esta escala los tipos imprecisos, llamados retrasados, débiles e inestables, que en el fondo tal vez pudieran identificarse con los anormales por déficit mental limitado, de la clasificación de mi padre: proceden unos del campo de la idiocia habiendo sufrido crebropatías cuyas consecuencias no fueron la privación global del desarrollo del cerebro; vienen otros, en cambio, de la imbecilidad congénita heredada, aunque no lo suficientemente grave para ocasionar un profundo déficit mental.

De todas las anomalías mentales por hipofunción, la menos frecuente entre los golfos es la idicocia, sea profunda o atenuada; en una estadística de cincuenta niños golfos que se ha tomado como tipo, no hay ningún idiota.

Ello era muy de prever dadas las condiciones en que la vida del golfo se desenvuelve, pero más todavía teniendo en cuenta que la vagancia en la ciudad representa siempre una anormal reacción a la injuria mesológica, bien porque el estímulo sea anormal, bien porque lo sea el individuo que responde; y ya se ha dicho como en el idiota, el carácter fundamental es más bien la ausencia de reacciones, que la defectuosa dirección de éstas.

En cambio la imbecilidad, más que frecuente, es usual en el golfo. De los cincuenta niños estudiados desde éste punto de vista, trece podían calificarse evidentemente de imbéciles. Es, pues, un porcentaje elevadísimo, el 26 por 100, con el que la imbecilidad contribuye a robustecer el grupo de los golfos anormales. Es curioso observar que, realmente

2-

como la escuela italiana lo pretende, tres circunstancias se reúnen en la mayor parte de los imbeciles: una herencia muy recargada, presencia de estigmas somáticos de degeneración y existencia innegable de trastornos de orden afectivo.

Numerosos son los casos que pudieran exponerse en demostración de tales asertos. Sea entre todos el de V. Ll., el Llauro o el Cantaor, la sola exposición de cuya fotografía (fig. 1) basta para diagnosticarle. Hijo de padres alcohólicos, abandonado, vivió merodeando por los campos hasta que, asociado con otros de su misma calaña, quedó constituida una cuadrilla de rateros. Los estigmas físicos y psíquicos abundan en él: orejas en asa, bóveda palatina deformada y profunda (Clouston).

Desde el punto de vista psíquico su mentalidad es la tí

pica de los imbeciles: es la mentalidad lacunar, donde la aprosexia y la abulia dominan el cuadro entero. Su inatención es desesperante e invencible: no se ha logrado que aprendiera a leer. Su carencia absoluta de voluntad le lleva a seguir como un perro fiel a otro golfo, jefe de la mentada organización de rateros, por el que el Llauro se dejaría matar.

De tal modo se ha subordinado a la ajena voluntad, que



Fig. 1^a

habiéndole separado por exclusión de su camarada y jefe, vivió con relativa tranquilidad hasta el momento en que, valiéndose de sus particulares medios; silbidos especialmente modulados, reclamó a aquél su presencia. Entonces hubo necesidad de sujetar a V. Ll., que seguramente se hubiera arrojado por el balcon para unirse

a quien le llamaba.

Otro caso en el que las taras degenerativas que pesan sobre un golfo anormal, sumadas a la índole de sus trastornos psíquicos, permiten el diagnóstico de imbecilidad es el reproducido en la fig. 2. Trátase de un individuo heredo-sifilítico, con todos los signos de tal, como claramente demuestra la fotografía y con mentalidad lacunar.

Los tipos somáticos de degeneración de los golfos imbeciles adoptan algunas veces formas muy curiosas que la mayor parte de los autores no hacen más que señalar: son los llamados tipos de razas inferiores. Sirva de ejemplo muy interesante la fotografía de M. V., Toni (fig 3), en la cual el conjunto de la cara produce la impresión de un tipo antropológico inferior (Mogol). A.V., hijo de padres honrados, es el baldon de su casa. De inteligencia cortísima,

;-

no sabe leer: ha emprendido varios oficios que ha tenido que abandonar inmediatamente por la cortedad de sus luces. Impulsivo y pendenciero, entraria tal vez en el grupo de los anormales de la moralidad sino fueran tan pronunciados los trastornos de su inteligencia; fugado tres veces de su casa y dos de asilos, A. V., no es propiamente un golfo, puesto que de un modo sistemático se ha dedicado ya a vivir de sus raterias: es más bien un delincuente infantil.

De otros estigmas también muy significativos hállanse ejemplos no muy abundantes entre los golfos: la microcefalia, que tan claramente presenta P. F. A., Porrito (fig. 4). imbecil, cuyo grado profundo de hipofunción mental haría que se calificase de idiota, si cierta viveza en sus reacciones, marcadísimos fenómenos de orden para moral, no revelasen su imbecilidad.

Acerca de la craneología de los golfos anormales, asunto interesantísimo que el estudio de los expuestos casos trae en este momento al orden lógico del discurso, los resultados de la propia experiencia parecen dignos de ser mencionados.

Se ha practicado la mensuración del cráneo con arreglo a los métodos clásicos, no porque el interesante trabajo de Binet¹ no haya merecido tenerse en cuenta, sino por que su procedimiento de la capacidad craneal no ha sido adoptado por la mayor parte de los autores y mediante él no habrían podido obtenerse cifras comparables con las presentadas en el resto de las estadísticas; otro pequeño



Fig.



Fig.

¹ Les signes physiques de l'intelligence. - Année psychologique 1910

inconveniente de orden práctico presenta todavía la técnica de Binet , y es el de que ella exige para ser empleada con fruto el conocimiento de la edad del sujeto, y este dato es muchas veces absolutamente imposible de fijar en los golfos, que a la pregunta "¿cuántos años tienes"?, suelen responder encogiéndose de hombros.

Treinta niños golfos, degenerados más o menos profundos imbeciles, amoraes, todos ellos con otros estigmas de degeneración, hipotricosis, deformidades de la oreja y de la bóveda palatina, viciosa, implantación de los dientes, asimetrías facial y craneal, onicofagia, etc; han sido estudiados desde el punto de vista craneométrico. Las mensuraciones se expresan en la tabla siguiente:

Dolicocéfalos.. . . .	4
Subdolicocéfalos... . .	7
Mesaticéfalos.. .. .	7
Braquicéfalos..	11
Subbraquicéfalos.... . .	1

El menor índice cefálico observado es 72,82, y el mayor 84'09.

Es interesante el estudio comparativo de estas cifras. Marie¹ dice haber obtenido en Francia, en las mensuraciones de anormales, un 23 po 100 de índices inferiores a 75. El número que resulta de las observaciones personales es un poco menor: solo un 20 por 100 de niños golfos presentaba esta relación de diámetros craneales.

¹ Traité international de Psychologie patchologique, t. 1.

Para los mesaticéfalos, los resultados son también bastante concordantes: el 25 por 100 en la estadística francesa y el 23 en la propia.



Fig. 5.

Entre todas las variedades craneales, ocupa el primer lugar, por su frecuencia, la subbraquicefalia, 11 en 30; 36 por 100; la menos frecuente es la braquicefalia pura 1 en 30; 3,3 por 100. Tales hechos difieren un poco de las afirmaciones de Marie y Benedictck, que proclaman la mayor abundancia de la dolicocefalia en los idiotas, débiles y epilépticos, en tanto que la braquicefalia sería propia de dementes precoces o delirantes. Solo dos de los treinta sujetos estudiados podían diagnosticarse como delirantes; el resto

pertenecía a la categoría de las alteraciones mentales por hipofunción, a la de los degenerados, de los hipomorales y paramorales. La estadística citada se opone, pues, a la conclusión de Marie y establece como cierto que en los golfos anormales estudiados en conjunto la subbraquicefalia es el tipo craneal más abundante.

Hay un hecho muy curioso que también se deduce de la propia observación y que viene en apoyo de la doctrina expuesta: es el de que aquellas anomalías en la morfología craneal que no pueden ser adivinadas por el índice cefálico, y que tienen tan extraordinario valor desde el punto de vista del diagnóstico de la degeneración, microcefalia, asimetría craneal, se han encontrado siempre en individuos subbraquicéfalos.

Entre los 11 que la estadística cita, habría:

Con asimetría craneal.	1
Con frente hundida.. . . .	1
Con frente olímpica.	1
Con cabeza piriforme.. . . .	1
Con microcefalia.	1

Ni una sola malformación más pudo ser descubierta en individuos de otra fórmula cefálica. Ello quiere decir en armonía con la interpretación mas natural de los hechos ya expuestos que la subbraquicefalia es la forma craneal mas frecuente en los niños golfos anormales, conclusión que corrobora el hecho de que sean los subbraquicéfalos aquellos que presentan



Fig. 6

el mayor número de estigmas degenerativos graves.

En cuanto a los trastornos de índole efectiva, ya se ha dicho que ellos existen siempre en los imbéciles. Un caso bastante curioso es el de F. F. A. (fig. 4), cuya inafectividad alcanza un grado verdaderamente extraordinario; no parece que en el psiquismo de este niño haya ningún elemento de orden afectivo, sino de amor así mismo: la eglatia más que el egosimo le domina. Preocupase tan solo de un bienestar que se procura aún a costa del sufrimiento de los demás. Déjanle indiferente cuantos sucesos de orden puramente afectivo ocurren a su alrededor; se le podría llamar cruel si experimentara placer en el daño ajeno: más ni eso siquiera. Una tranquila indiferencia, una inalterable serenidad de espíritu, en la que los sucesos del mun-

do exterior se reflejan como en un espejo, sin influenciar su psiquismo, ponente a cubierto de toda clase de emociones.



Fig. 7.

No sorprende que niños en estas condiciones, desafectos, egoistas, incapaces de comprender el alcance de las reflexiones con que trata de modificarseles o los castigos con que se intenta corregirles, respondan con la rebeldía y con la fuga a los estímulos de un medio que puede ser absolutamente normal.

Evítese, sin embargo, el error de creer que todo sujeto en el que la exploración descubra anomalías de cualquier índole, haya surgido golfo, por su propio impulso de un medio normal; prueba por el contrario la experiencia, que en mu-

chos casos, medio y constitución individual asóciense en su acción nefasta para empujar al niño por la senda de la independencia y de la rebeldía. De ellos se han reunido tres casos muy demostrativos: uno es el de E. M. (fig. 5) desdichadísimo ser abandonado por sus progenitores, imbécil como puede adivinarse en las líneas de su cráneo plagiocefálico, de su extrabismo y de sus enormes orejas. Este niño arrastra una existencia miserable. Más bien que un golfo, es un mendigo de golfos a los que sin embargo sigue ciegamente.

Otro caso es el de R. L., el Churreet (fig. 6,) débil mental, cuya sugestibilidad verdaderamente morbosa, no acompañada, sin embargo, de graves lagunas mentales se asoció con la inducción por el ejemplo para constituirle golfo.

Y aun, por último, puede citarse otro ejemplo. Es el de M. D., de 13 años, el Herbolari (fig. 7), en el que a la e-

xistencia de algunos estigmas físicos y psíquicos, sùmase la de una extraordinaria abulia, que llega a construir una verdadera anormalidad de carácter. El Herbolari, arrastrado por una perniciosa influencia inductiva, es un ratero que ha sufrido por este motivo varias condenas. Se ha fugado siete veces de diferentes lugares de reclusión, donde se le encerraba para apartarle de sus idiotos inductores.

Prueban los casos expuestos la existencia de una acción combinada de herencia y medio, que no puede sorprender, porque en último término, la una es hija del otro: la herencia no es más que la experiencia del medio, adquirida por la especie a costa de los antepasados.

Antes de emprender el estudio de las anomalías mentales por parafunción, impónese el desarrollo de una cuestión previa por más interesante, porque es preciso justificar el método que ha de seguirse en la exposición y salvarle de posibles críticas que pudieran llegar incluso a suponer error en el concepto; y no es que pretenciosamente se aspire redimir de todo defecto a este trabajo: pero sí es propósito fundamental en toda la labor realizada apartarla de nebulosidades y de imprecisiones. Por ello se ha procurado, aun a costa de los mayores esfuerzos, que cada palabra tenga siempre un mismo y definido significado.

*Fig. 8*

Y he aquí que al iniciar la investigación en las anorma-

lidades por trastorno mental, una primera dificultad opó-
nese al libre curso de las ideas, que hallaron cauce natu-
ral sobre el terreno de las hipofunciones mentales: esta



Fig. 9.

valla que ante la razón se levanta está
presentada por la diferencia a establecer en
entre alienados y anormales.

De este mismo modo titula Roubinovitch¹
uno de sus más excelentes libros, y el
mero hecho de reunir así las dos denomi-
naciones revela que en su espíritu tie-
nen ambos vocablos significado diverso:

siguenle todos los paidólogos adeptos de una doctrina que hoy
imperera en la ciencia; pero ¿quien sería capaz de traducir en

1 Alienes et anormaux, Félix Alcan, ed. 1909.

palabras las diferencias entre tales conceptos que la razón alcanza tal vez perfectamente, pero que es incapaz de traducir en una fórmula escueta?

Podría buscarse la limitación por dos caminos diferente, bien del lado de la alienación, bien del lado de la anormalidad.

Sea esta último criterio el preferido, ya que el está más de lleno dentro de orientación general del presente estudio.

En las páginas anteriores quedó establecido el significado puramente médico que aquí se concede a la palabra anormal. Solo dos características deben de ser recordadas: el anormal es un enfermo de los órganos de la vida de relación, cuyo trastorno, heredado o iniciado en la primera infancia, no tiene manifestaciones clínicas de actividad reaccional.

Es esta la misma idea contenida en aquella frase de Esquirol, ya citada, según la cual "la idiocia no es una enfermedad, es un estado". Y esta es también la última diferencia a establecer entre alienación y anormalidad, porque todos los otros términos de la definición son géneros próximos.

Hay entre alienación y anormalidad la misma diferencia que existe entre gota y diátesis úrica. Nadie sería capaz de confundir el trastorno de metabolismo que la uricemia significa con el ataque de dolor del síndrome agudo de la gota típica. Y sin embargo, el diatésico vive una vida morbosa, una vida que no es normal.

He aquí, pues, como en último término toda la diferencia a establecer entre las anormalidades por parafunción y las alienaciones parece en clínica una cuestión puramente de grado.

0-

Síguese de lo expuesto que en el estudio que se emprende la investigación se mueve dentro de un campo muy poco definido, muy nebuloso: un síndrome típico, claro, bien caracterizado, que convierte al individuo en un antisocial, equivale a alienación; un grado menos en la intensidad de los fenómenos, y el anormal está engendrado. Por ello, para conocer bien las anomalía parafuncionales, preciso es dar una idea de las enfermedades a las cuales pueden ser asimiladas; y esta es la razón de que tal estudio se inicie con la exposición de los propios conceptos acerca de los trastornos vesánicos y neurósicos frecuentes en la infancia.



Fig. 10

" Se ha vivido durante muchos siglos en la idea de que

los trastornos mentales son raros en la infancia, dice Roubinivitch¹. Y añade con razón: "Y sien embargo, se ve que estos accidentes son cada vez mas numerosos." Así es en realidad, pero precisa decir que este desconocimiento de las enfermedades mentales en los niños no dependen de la investigación médica, sino que es más bien una cuestión de orden puramente social.

En efecto: concedores los padres de la significación que para la sociedad entera tiene hoy la existencia de un hijo alienado en una familia; empujados otras veces por un equivocado amor a la prole, niéganse a confesar la existencia de hijos mentalmente anormales; llámanles "traviesos", "mimados", "revoltosos", "cualquier cosa menos locos". Y solo cuando en el curso de los años aquellos fenómenos de índole vesá-

1 Loc. cit.

nica o neurósica estallan en un síndrome clínico exuberante, es cuando deciden a confesar lo que ya no habia de ser posible ocultar sin incurrir en responsabilidades hasta de orden



Fig. 11

penal, Y es entonces cuando la familia expone los trastornos mentales precoces con frases estereotipadas que todos los clínicos han oido: "de pequeño ya tenia algunas rarezas", o "él ha sido siempre muy nervioso". No en balde Esquirol, aquel gran observador ha dicho: "Casi todos los alienados confiados a mi asistencia habian presentado algunas irregularidades en sus funciones intelectuales durante la primera infancia: unos eran excesivamente coléricos, otros tristes o de una alegría ridícu-

la, otros, en fin, inestables hasta un extremo desolador!"
Por esta razón las estadísticas de individuos internados en un manicomio no pueden servir para apreciar la frecuencia de las enfermedades mentales en las diversas edades: porque las familias, es verdad que con cierta razón, considera los establecimientos públicos, no como un medio de curar la anomalía, sino como un procedimiento de desprenderse del enfermo, de evitar las molestias que causa su existencia, y solo intenan a aquellos niños que se hacen absolutamente intolerables en el seno del hogar. Ello explica como la estadística francesa de manicomios dé una mayoría abrumadora de niños idiotas: no porque éstos abunden más que otros, sino porque son los que, más molestos, con mayor frecuencia se recluyen.

Dejando aparte estas consideraciones generales de psiquiatría infantil, ¿que trastornos de índole vasánica suelen

1-

observarse en los niños, cuyo conocimiento sea de interés para comprender luego la psicología de los golfos anormales?

Sea el lugar de honor para la demencia precoz. Es indudable que la gran entidad clínica debida a Kreppelin, el hombre de la síntesis psiquiátricas, tiene hoy una extensión que ha de reducirse con el tiempo, cuando la evolución progresiva de la Medicina mental logre fijar los límites exactos del concepto: la demencia precoz en los actuales momentos es una idea-cúspide de la Psiquiatría, y a ella conducen en gradación insensible por caminos diversos el delirio crónico sistematizado progresivo y las psicosis de los degenerados. Se trata, pues, de un concepto provisional que indudablemente, hay que repetir² lo, se modificará en su extensión, pero no en su exencia, muy sólidamente fundamentada en la clínica, aunque lo contrario pretendan algunos autores.

Entre las formas clínicas descritas, la más interesante es la llamada demencia precoz simple (Deny), demencia primitiva de los jóvenes (Morel), idiocia accidental (Esquirol), hebefrenia ligera (Christian): de ella se ha hecho mérito al tratar de las anomalías por hipofunción. Su verdadero lugar es este, sin embargo, pues frecuentemente los niños que la sufren no caen sino tardíamente en ese estado de mental profundo por el que pudo Esquirol llamar idiocia accidental a la enfermedad productora.

Se ha dicho ya repetidas veces en el curso de este trabajo que la clasificación de enfermedades en Medicina mental no puede ser otra cosa que un concepto puramente esquemático. Las alteraciones del psiquismo son casi siempre globales, pero también electivas; no debe sorprender que en una entidad morbosa incluida en el cuadro de las anomalías mentales sean muy in -

tensos los trastornos afectivos.

Así ocurre con estos niños: después de algunos prodromos, irritabilidad, inestabilidad, tendencia a la soledad, terrores inexplicable, la afectividad, los sentimientos desaparecen completamente: la apatía y la atimia son las características de su estado.

Episódicamente, sin embargo, presentan algunas ideas de ambición y de persecución, abandonan sin motivo alguno el domicilio de sus padres y vagan a la ventura.

Otro aspecto clínico de la demencia precoz, muy interesante para el estudio de los golgos, es el que presentan ciertos enfermos de la llamada por algunos ¹ forma ebefreno-catatónica o simplemente forma catatónica para la mayor parte de los autores que todavía conceden personalidad clínica a la forma e-

¹ Deny, Traité international de Psychologie pathologique.

befrenica. Estos sujetos, como manifestación de la exageración del automatismo, cuya traducción clínica ordinaria en la estereotipia, que unida al negativismo, a la sugestibilidad y a la esquizofrenia, constituye el síndrome completo, presentan una movilidad exagerada, una gesticulación desordenada, sin trastornos de menciales ni delirantes, pero con una marcada impulsividad, que les lleva a realizar fugas o vagabundear. Describeles Tanzi muy elocuentemente en los términos siguientes²:

"Entre los impulsos de los dementes precoces son muy frecuentes las fugas: fugas inexplicables, inmotivadas, imprevistas, que el enfermo emprende sin advertir a nadie, sin dinero sin objetivo y así mismo sin cólera y sin miedo. Descubierta,

se deja conducir a casa tranquilamente como si nada hubiese ocurrido. Siempre que éstas fugas se repiten de modo diverso, el enfermo muestra indiferencia por el sufrimiento que ocasiona a la familia. Sus explicaciones son amenudo grotescas de puro pueriles: queria pasear, tomar el fresco, pasar el tiempo, conocer paises nuevos, estudiar astronomía o contemplar la salida del sol."

En realidad, como ya habian sospecha Mlle. Delaporte³ por un lado y Marie⁴ por otro, muchas de las fugas observadas en estados psicopáticos son tributarias de tales formas de demencia precoz.

Es preciso, por último, ocuparse de la forma paranoidea o

3 Les remissions dans les démences precoces.

4 Loc. cit.

delirante de la demencia precoz, bien con delirios fugaces desprovistos de sistematización, bien con delirios francamente sistematizados, que los autores franceses no quieren desmembrar de la paranoia. Especialmente afectados por ella en la época de la pubertad, los adolescentes no suelen hacerse, desde luego, incompatibles con la vida social más que cuando el delirio toma carácter de persecutorio. En los niños es menos frecuente que en los adultos la fuga como defensa para huir de la alucinación.

Otra entidad nosológica, creada también por el genio sintético de Kreppelin, debe ahora ocupar la atención en este ligero estudio de los síndrome psicopáticos de la infancia, con especial aplicación al golfo; se hace referencia a la locura maniaco-depresiva, a la Manich-depressives Irresein.

En otro lugar se ha expuesto la evolución del concepto

que aquí no ha de repetirse. Justo es, sin embargo, hacer la misma salvedad que también se estableció al trazar la silueta de la demencia precoz; es de creer que la amplitud de la locura maniaco depresiva sufra una manera considerable cuando los límites sean bien establecidos, porque también en este punto las ideas de Kreppelin parecen excesivamente generales..

De cualquier modo que ello sea, es evidente que en la actualidad se comprenden dentro de la locura maniaco-depresiva, no solo los casos cuya evolución se ajusta a la clásica fórmula de Baillarger, Millod y Falrt, sino también todas las manías y melancolias, exceptuando los de estado de involución, cuya periodicidad es innegable para la escuela de Kreppelin; todo maniático, todo melancólico, ha presentado ya alguna vez el síndrome que le aqueja o lo sufrirá en tiempos futuros. Este

es el postulado sobre el que se construye la ampliación de la folie á double forme para transformarla en la locura maniaco-depresiva.

Una nueva cuestión viene a complicar más y más el estudio de esta individualidad clínica, borrando los límites que la separan del estado normal: la creación de la ciclotimia, de la cual por incidencias se ha hablado ya. Y cada día nuevas ideas surgen en cuestión de periodicidad de enfermedades mentales; últimamente Pilez parece iniciar el pensamiento de que la periodicidad es una circunstancia susceptible de transmitirse por herencia, independientemente de la forma clínica; "de manera-dice-que en una familia, varios de cuyos miembros hayan sufrido locura periódica, un caso de demencia precoz o de confusión mental alucinatoria pueden mostrar una periodicidad cualquiera, un cierto punto circular".

Los casos típicos de locura maniaca depresiva en los niños de corta edad son extremadamente raros. En cambio la adolescencia, el momento de la pubertad, paga cuantioso tributo a todas las formas clínicas de la folie á double .

Pronto ha de verse que el diagnóstico diferencial de las psicosis periódicas con los equivalentes psíquicos de la epilepsia es en muchas ocasiones difícilísimo.

Las alteraciones psicopáticas de los niños pueden corresponder todavía a un tercer grupo de trastornos mentales aun menos concreto, menos bien limitado que los dos precedentes: y si aquellos reconocen como creador al más fecundo de los mentalistas modernos, a Kreppelin, éste, al contrario, había de reconocerle como su verdugo: trátase de las psicopatias de los degenerados.

Sería imposible realizar aquí la tarea de describir minu-

ciosamente todo el inmenso número de variedades que la clínica puede presentar. Es preciso, sin embargo, ocuparse de la sintomatología de estas afecciones, porque ella, según pronto ha de verse, es punto de orientación casi exclusivo para trazar el cuadro de los niños golfos alienados.

En cuanto a los estigmas físicos de degeneración, no precisa insistir acerca de ellos, aunque conviene tener en cuenta su distinto valor diagnóstico, según los presenta aislados o reunidos el mismo individuo; es frecuente ver a niños completamente normales ostentando algún signo somático de degeneración; esto por si solo no tiene ningun valor; para concedérselo necesario seria observarlo asociado a otros estigmas, bien físicos, bien psiquicos, En cambio estos últimos, aun aislados, acusan siempre en quien los sufre la condición de degenerado.¹

¹ Legrain, L'état mental des dégénérés.-Thèse de Paris, 1886.

Dos síntomas llenan por completo el cuadro de las psicopatías de los degenerados: las obsesiones y las impulsiones. La primeras, estudiados en un trabajo de conjunto por Pitrés y Regis², defínense de esta manera: "Síndrome morboso, caracterizado por la aparición involuntaria y ansiosa de sentimientos parásitos que entienden a imponerse al yo y evolucionar a su lado a pesar de sus esfuerzos para rechazarlos, creando así una variedad de disociación psíquica, cuyo último resultado es el desdoblamiento consciente de la personalidad".

Siguiendo a Regis en su estudio, las obsesiones pueden dividirse en dos grupos: 1.°, en la que la ansiedad se manifiesta principalmente por un temor, fobias; 2.°, en el que la ansiedad se traduce por una idea, obsesión propiamente dicha u obsesión ideativa.

² *Precis de Psychiatrie et Obsesions et impulsions.*

"La impulsión-dice Regis- es la tendencia al reflejo"; pero precisa añadir, en cuanto a los degenerados se refiere, una nueva condición: la de ser consciente, porque ello lo diferencia de las impulsiones propias de los epilépticos.

Obsesiones e impulsiones dominan la sintomatología de los degenerados, presentándose en ellos con caracteres particulares de Magnan y Legrain³, han fijado. Son estos: irresistibilidad, lucha del yo para vencer al elemento psíquico parásito, angustia que acompaña a la sensación de impotencia, malestar físico propio de tales fenómenos, placidez consecutiva a la realización del acto, y por último, conservación de la conciencia.

Una gradación insensible ha conducido el razonamiento desde la esfera de los trastornos vesánicos a la de las anomalías para

3 Loc. cit.

mentales neurósicas, puesto que en último término estos síndromes de los degenerados no son sino la Psychastenie de Janet y Raymond, que ellos quieren individualizar por un trastorno primitivo del dinamismo mental, caracterizado por la dificultad de adaptación de las operaciones mentales a los hechos exteriores.

De entre todas las neurosis, la más frecuente es la epilepsia. No se ha escrito esta palabra sin temor de que ella merezca la censura de los escrupulosos. Más es lo cierto que a pesar de todas las profecias escritas por Bernheim¹, a pesar de cuanto Raymond, con su abrumadora autoridad, afirma², nadie se atrevería todavía a desmembrar la epilepsia del capítulo de las neurosis; tal vez se vislumbre un mecanismo

1 Revisión du chapitre des neurosis- Encephale, Julio 1911.

2 Loc. cit.

patogénico; atisbos hay de su etiología, pero no existe una doctrina sistematizada que explique causas y mecanismo de acción del misterioso mal sagrado de los clásicos.

"El concepto de la epilepsia-dice Tanzi³-, limitado en un principio al acceso y a los fenómenos estrechamente ligados con él, se ha ampliado de tal modo que hoy se incluyen en la epilepsia fenómenos mentales y nerviosos totalmente distintos en su aspecto a los trastornos motores."

Para ocuparse de estos fenómenos puramente mentales que acompañan al mal comicial, precisa tener muy en cuenta que tal afección puede constituir un episíndrome, una enfermedad que se desenvuelve sobre otra: siendo probablemente la epilepsia una forma de degeneración (Maestre,) naturalmente ha

3 Loc. cit.

de desarrollarse siempre en terreno especialmente apto para que arraigen las psicopatías. Forzoso es, pues, establecer en cada caso los enlaces o diferencias que entre una y otras existan.

El estado mental de los epilépticos es muy difícil de describir: en líneas generales la irritabilidad con crisis de furia irracional y temible es la característica afectiva de estos enfermos.

El acceso puede desenvolverse por completo dentro del plano del psiquismo: hay auras psíquicas variadas, emocionales intelectuales y sensoriales, y el trastorno accesional se presenta, bien en la forma llamada ausencia epiléptica, o bien con distintas variedades que son muchas veces de imposible diferenciación con los accesos melancólicos típicos de la locura maniaco-depresiva. Después, como equivalente del coma

post-accesional, se presentan: torpeza, amnesia y a veces impulsiones.

Este es el fenómeno capital que domina la sintomatología psíquica de la epilepsia: la impulsión es en el epiléptico lo que la obsesión en el degenerado: la característica de la fórmula mental del estado morboso. Las impulsiones epilépticas tienen un aspecto clínico tan claro que la confusión en el diagnóstico es casi imposible: la aparición instantánea, la violencia brutal del hecho, la rapidez en su realización; la amnesia consecutiva con absoluta inconsciencia, y la repetición accesional de fenómenos de la misma naturaleza, son otros tantos puntos de apoyo para el inmediato reconocimiento de la entidad nosológica. Hecho interesante: tales impulsiones se traducen muchas veces en fugas inconscientes así conviene en afirmar- lo todos los que han estudiado la psiquiatría de los vagabun-

dos.

La histeria es otra neurosis que en una proporción elevada se revela en los niños golfos anormales.

Casi no es preciso decir aquí como las clásicas ideas de Hipócrates acerca de la patogenia de éste síndrome han sido relegadas al olvido por la mayor parte de los autores; y aunque el origen sexual de la histeria vive aún en ciertos libros (Laudouzy, Louyer-Villermoy), de todas las clínicas psiquiátricas del mundo salen hoy hombres enfermos etiquetados con la de nominación de histéricos.

Si alguna cuestión existe en Medicina mental de difícil comprensión por el desacuerdo y la confusión reinantes acerca de ellas seguramente es la que se refiere a la histeria,

No son los presentes lugar ni ocasión para discutir detalladamente sus diferentes teorías patogénicas, a pesar de

lo que esta labor tendria de frutífera. Pero importa decir que el más elemental análisis de dichas teorías revela muy pronto la existencia de un factor etiológico que todas las hipótesis reconocen, aunque con nombres diversos: es el *vilambulismo* de Solier¹, la *desagregación mental* de Janet², la *facultad de desagregación poligónar* de Graset³, la *reacción de inhibición mental* de Claparède⁴, la *influencia exagerada anormalmente de las representaciones* de Ziehen, el *pitiatismo* de Babinski⁵; es, como dice Raymond⁶, la *anone*

1 L. Hysterie, 1899.

2 L' état mental des histériques. - Les neurosés.

3 Tratado de fisiopatología clínica, t. III.

4 La question du sommeil. - Année psychologique, 1912.

5 Mi concepción del histerismo y del hipnotismo, 1906.

6 Loc. cit.

cia de la comprobación que el yo ejerce sobre la realidad de los conceptos y de las percepciones que se le imponen; es, en una palabra, la sugestibilidad.

Dedican los autores capítulos enteros a la descripción del estado mental de los histéricos. Poco, muy poco hay escrito con referencia a los niños neuróticos que sufren esta afección. En realidad, fundamentalmente los caracteres son muy parecidos, aunque modelados sobre las diversas circunstancias del medio.

En el niño destacan preferentemente la fabulación y el egocentrismo: los histéricos infantiles mienten con una frecuencia y una seguridad reveladoras desde luego de alguna anomalía mental que se traduce además en la naturaleza de sus mismos embustes novelescos y complicados. El egocentrismo presta a tales mentiras un carácter particular; el ni-

5-

no pretende presentarse como héroe de historias interesantes, ansia a toda costa tener fijas sobre sí las miradas de cuantos le rodean, constituirse en objeto único de las preocupaciones de quienes tienen la desgracia de dejarse influir por esa tendencia verbosa. Arrebatados en sus afectos y en sus odios, son presa fácil para desórdenes afectivos que les lleva a una abnegación infinita, a una ciega obediencia hacia aquellos que supieron captarse su cariño y a acciones de una maldad incomprensible que conquistaron su odio o su desprecio.

Las psicosis histéricas no tienen más que un aspecto interesante: la fuga histérica, que es aquí el verdadero automatismo ambulatorio de Charcot, cuyas condiciones de semiinconsciencia o de subconsciencia de complejidad de los actos realizados, etc.; solo casan bien con las condiciones patogénicas de la histeria.

Descritas a grandes rasgos las anomalías mentales por parafunción en armonía con el plan preestablecido, es llegado el momento de aplicar la doctrina expuesta al estudio de los golfos anormales. De entre todas las formas bosquejadas, el porcentaje de la casuística concede la supremacía, en cuanto al interés práctico, a los episodios psicopáticos de los degenerados.

Ello nada tiene de sorprendente: es esta una conclusión que el solo conocimiento de las nociones expuestas hacía presumir. Répítase aquí cuanto acerca de la imbecilidad se dijo: los degenerados **son enfermos mentales** cuyas condiciones clínicas les permiten mejor que a otros cualesquiera arrostrar la vida del golfo. De 50 rebeldes anormales, 27 presentaban

con mayor o menor intensidad trastornos asimilables a los típicos de los degenerados.

Seria una injusticia no iniciar el estudio por un tipo de desorden mental, el honor de cuya descripción detallada pertenece por completo a mi padre: solo algunas indicaciones se habian hecho acerca de la llamada **micofobia**, fobia de la propia casa, cuando el estudió por vez primera a los que llamó con mucha propiedad **domófogos**, tan frecuentes en la realidad tan evidentes en la índole de la sintomatología, que admira pensar como la entidad clínica pudo pasar desapercibidos a aquellos que viven en inmediato contacto con el mundo de los extrasociales.

Nada mejor para plantear la cuestión que copiar aquí las palabras con que mi padre trazó la silueta de tales individuos: el domófolo hállase constituido en un estado afectivo de carac-

ter fóbico, exclusivamente manifestado por el miedo, por la repugnancia al menos a su casa. La abandona sin odiarla, vuelve si es preciso, más con honda pena: conserva el amor a la familia, pero se resiste a formar parte de ella en el hogar común".

En aquella época mi padre, más atento a estudiar clínicamente el síndrome que preocuparse de su colocación en la nosotaxia psiquiátrica, no se había decidido aún al lugar que le correspondía en la clasificación de anomalías mentales. Después, la observación repetida de los casos, la constante presencia en ellos de estigmas degenerativos, el carácter fóbico que desde un principio había asignado a los síndromes, le han decidido a interpretar esa entidad nosológica como un episodio psicopático de los degenerados. Y no sería posible en realidad asignarles más apropiado lugar.

Véase el caso de V. G. (fig.8,) cuya fotografía se acompaña. Muchacho de 14 años apodado el Madrileño, V.G. es un golfo que no ha robado jamás. Presenta estigmas somáticos de degeneración y goza de una mediana inteligencia. No tiene más antecedente que los de haber abandonado varias veces su propio hogar, los talleres y albergues donde le recogían dándole al mismo tiempo casa y trabajo.

Lo más interesante del caso clínico, lo que mejor revela la sintomatología de la afección, es el modo de como las fugas de V.G. se realizaban. Fué primero en su propia casa: una verdadera sensación de angustia, de invencible mal estar físico, de ansiedad, le acometía cada vez que necesitaba entrar en el hogar de sus padres: el tipismo absoluto del trastorno se completaba por la conservación de la conciencia, por el hecho de que el enfermo se diese cuenta perfecta de la mor-

8-

bosidad de su estado psíquico y pretendiese luchar contra él con una verdadera sensación de impotencia para vencer el parasitismo de la obsesión fóbica. Esta fué al fin más fuerte que él, y el Madrileño fugóse.

Pero ¡hecho elocuentísimo ! Cuando los azares de su existencia vagabunda llevaronle a otra familia en calidad de criado el sujeto se vió libre de su afección durante un corto tiempo nada más. En cuanto la convivencia hacían hacer en él el sentimiento de familia; en cuanto, según su propia expresión, "creía estar en su casa", toda la triste cohorte de la obsesión invadía su espíritu: tornábase bruscamente taciturno, luchaba obstinadamente cuanto permitían su carácter y su temperamento; más al fin de nuevo era arrastrado por su tristísimo estado psicopático.

Y ello quedó palpablemente probado durante su estancia en la Asociación Valenciana de Caridad. Sometióse con absoluta docili-

dad a cuantas obligaciones se le señalaron; pero un día, transcurridos tres meses desde su ingreso, se marcó muy pronunciadamente un cambio de carácter: el enfermo, triste, buscaba la soledad y se le veía sufrir una angustiosa lucha: a los dos días se fugó y no ha sido posible volver a adquirir datos de su existencia, aunque es seguro que este desdichado está fatalmente destinado a no gozar jamás de la felicidad inefable de un hogar.

No es difícil comprender el interés enorme que para el estudio de los niños rebeldes presenta esta particular obsesión. Si la falta de hogar como se ha dicho, es una de las características del golfo ¿que de extraño tiene que aquel que no puede permanecer en el de sus padres se vea empujado por su anormalidad a la vida azarosa de independencia del vagabundo habitual de la ciudad?

La confusión de la adomofobia con la dromanía no cabe en manera alguna; es aquella una obsesión, esta una impulsión, y aunque los efectos normales sean los mismos, forzar al sujeto a huir de su casa, el mecanismo patogénico, la lógica morbosa difiere enormemente en uno y otro caso.

La impulsión a la fuga, sin ser frecuente en los niños golfos, existe sin embargo, y de ella pueden presentarse ejemplos.

El de V. Ch., Chava (fig. 9), es notablemente instructivo, por que reunese además en él una circunstancia a la que ya se hizo alusión, muy interesante desde el punto de vista diagnóstico: la presencia de la epilepsia llamada esencial como episíndrome que pudiera hacer pensar en la naturaleza comicial de los trastornos psíquicos. Pero la más elemental investigación revela desde luego la conservación de

de la consciencia, hecho por si solo suficiente para alejar del pensamiento la epilepsia procursiva en cualquiera de sus formas.

Otras impulsiones pudieran enumerarse, si algunas de ellas no hubieran de ser expuestas en la descripción que luego ha de hacerse de la locura moral. Es interesante hacer notar la sospecha vehemente que se abriga de que algunos de los ateros estudiados eran verdaderos cleptómanos. Sin embargo, y he aqui un hecho más que añadir al interesantísimo estudio de la influencia del medio social en la sintomatología de las enfermedades mentales, la impulsión eleptómana resulta borrosa porque faltaban en absoluto todos los fenómenos de defensa del yo consciente. El hecho no puede sorprender, pensando que, en último término, si el yo se defiende contra las ideas

parásitas es precisamente porque lo son; y la introinspección sólo las reconoce como tales cuando constituyen elementos extraños a todo el funcionamiento del psiquismo. Un niño, pues, que viva en un ambiente de rateros y tomadores, de prostitutas y asesinos, ha de hallar muy natural su inclinación al robo, y en lugar de luchar contra ella, se abandonará muy gustoso a su tendencia, tanto más cuanto que experimenta un verdadero placer en saciar las exigencias de su obsesión. Pero investigando en el origen de su anomalía se la ve surgir por propio impulso, o a lo más combinada con el abandono por parte del medio.

Ello es palmario en ciertos casos, tales como el de F. S., el Maquinero. (fig.10), de trece años de edad, hijo de padres honrados artesanos cuyos quehaceres les obligan a pasar en el taller las diez horas del día. Muy niño fué atendido por ellos con todos los cuidados compatibles con las o-

bligaciones de quien tiene que procurarse el cotidiano sustento. Lavado y vestido antes de la siete de la mañana era conducido a la escuela, donde permanecía hasta la caída de la tarde. Ya mayorcito, esto resultó imposible por la falta de escuelas de guarda o de medios internados para los hijos de obreros,, y necesariamente hubo de pasar muchas horas abandonado, tiempo que poco a poco fué aprovechando para hacerse un parásito de la calle. Faltaba a las clases y espapaba del patio del colegio donde su madre le dejaba.

Dióse entonces a robar (?cleptomanía?) en circunstancias que en la actualidad son muy difíciles de determinar. Reunióse con otros golfos raterillos, y ya luego especializóse en su oficio, proveyéndose de una palanqueta, con la que abría los contadores mecánicos de gas para robar la

calderilla que en ellos hubiese recogida.

Sorprendido dos veces cuando apenas tenía nueve años, ingresó en el Asilo municipal, donde se perfeccionó en esta y en otras malas artes.

Todos los castigos infligidos por sus padres resultaban inútiles: si le encerraban en un cuarto, descerrajaba las puertas; cuando esto no podía se descolgaba por la ventana, y vivía así . lejos de su hogar, durmiendo entre los conglomerados de golfos que buscan abrigo en los vetustos portalones o bajo las marquesinas de los teatros.

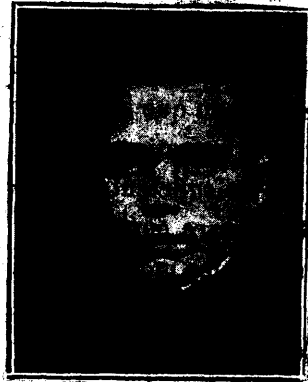


Fig. 12.

Cuanto hubo de intentarse para darle un oficio, fracasó en absoluto ante la invencible rebeldía del muchacho.

que huía de todas partes. Por fin la familia, hasta de luchar con él, se declaró vencida y le abandonó.

Es S. un muchacho de cara muy poco expresiva, de cutis blanco y fino, de afeminadas maneras y de pocas palabras. Reservado y frío, socarrón e hipócrita, tiene viveza de concepción, clara inteligencia y buena memoria, condiciones que le permiten poseer una mediana instrucción. Es inteligente, pero es irresoluto y abúlico.

Durante dos meses permaneció sujeto al trabajo; más pronto se impuso su indolencia, haciéndole fugarse del Asilo, no sin antes provocar la rebelión de algunos otros asilados, con los que cuidó de no mezclarse ostensiblemente para aparecer irresponsable.

Entre toda la casuística recogida, entre todas las observaciones realizadas, ni un solo caso ha podido señalar-

se en el que resulte claro y evidente el síndrome de los llamados equivalentes psíquicas de la epilepsia, ni un solo característico de fuga epiléptica, que por otra parte, y a decir verdad, no tendría para este estudio el mayor interés, dada la forzosa brevedad y la inconsciencia absoluta propias de tales manifestaciones morbosas.

En cambio las formas motrices del mal sagrado son frecuentísimas en los niños golfos anormales; la casi totalidad de los imbéciles, numerosos degenerados de los que ya se ha hecho mérito, gran parte de aquellos que acusan predominantes trastornos de orden moral, presentan también accesos convulsivos. En muchos casos la incontinencia nocturna de orina ha sido puesta en evidencia.

Este es el momento de exponer una de las más interesan-

tes observaciones de la casuística: el niño cuya fotografía se acompaña (fig.11), conocido con el remoque **el Blanco** o el Loco.

S. V., de doce años de edad, subdolicocéfalo, enteco, pequeño, de largos brazos, cabello casi albino, ojos azules fríos e inexpresivos, boca rasgada y orejas salientes. Es hijo segundo de un matrimonio más que pobre, miserable, entre cuyos parientes existe algún caso de enajenación mental. Ha vivido en un ambiente de inopia material y moral desde su nacimiento. Muy niño todavía era ya conocido entre sus convecinos por díscolo, procaz y mal intencionado.

Falto de educación que orientara debidamente las deficientes facultades mentales que posee, solo recibió castigos cuando los daños ocasionados por sus malos instintos afecta-

ban directamente a la familia del autor; desde los ocho años, dice, "fué granja" Abandonó el hogar paterno infinito número de veces, dedicándose en estas correrías a cometer hurtos, que la malicia supone ocultados y aun aprovechado por sus padres,

Algunas veces estas fugas ocasionaronle duros correctivos aplicados por su hermano mayor, quien no logró con ellas modificar al corrigiendo.

Creció el niño en el arroyo, protegido y explotado por veteranos de la golfería que le utilizaban como vigia, iniciándole en sus malas artes dicese que se intentó en repetidas ocasiones llevarle a la escuela; pero el rapaz escapa de ella al menor descuido del maestro. Es lo cierto que no aprendió a leer y que pasó la mayor parte de su vida en la calle o en Asilo municipal, donde estuvo detenido por hurto

cinco veces antes de cumplir los diez años de edad.

A partir de esta época declaróse independiente y constituyó el núcleo de una cuadrilla de raterillos, ninguno de los cuales contaba más de trece años.

El azar le hizo asequible a una detenida observación. Inquieto, movedizo, inatento, pasea su mirada imprecisa sobre cuanto le rodea. Un tic hemifacial combinado obligale a hacer gestos que él procura disimular o corregir llevando constantemente la mano a la cara.

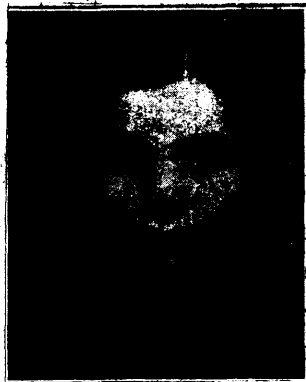


Fig. 10.

Habla rápida, precipitadamente, interrumpiendo alguna vez oraciones que deja sin terminar, pasando a la expresión de otra idea totalmente distinta a la que exponía. Así su conversación resulta varia, cansada e incoherente.

)-

Cuando se dirige a sus compañeros hácelo, sin embargo, con palabra breve y dura, con entonación de mando y con marcado acento de superioridad. Sus actitudes responden a ese espíritu y revelan cinismo, orgullo y fanfarronería. Aun en el grupo fotográfico, donde aparece con su banda, hecho ante los jefes de policía que le prendieron, destaca bien manifiesto su gesto retador.

Es de muy corta inteligencia, de supina incultura y de perversidad, refinada. Parece que toda su pobre y desequilibrada mentalidad se polariza en el sentido del mal; cruel, desafecto para con todos, insensible al premio y al castigo, rebelde y procaz, cómplacese en producir daños, aunque de ello no resulte bien alguno: un día despelleja una rana para ver como late el corazón; otro rompe las alas a un pobre pajarillo para que no se escape, y cuando se apercibe de que

el animalillo quiere huir a saltos, rómpele también las patas.

Sufre accesos de terror acompañados de lágrima y gritos; cambia entonces por completo su modo de ser, palidece, tiembla y se esconde procurando huir hasta de sus más inseparables compañeros. Algunas veces el acceso toma caracteres alucinatorios del tipo auditivo o visual, y un subdelirio en armonía con la alucinación se apodera del enfermo. Dura esto desde algunos minutos a algunas horas, y pasa luego dejando en el paciente recuerdo doloroso de lo ocurrido. De ordinario estas crisis terminan con un llanto desgarrador acompañado de autoacusaciones, entre las que aparece una manifestación elocuente: "Yo no quisiera ser malo, pero me obligan de dentro", dice.

El sujeto estudiado es franca y evidentemente un degenerado y nada le presentará como excepcional en el conjunto de los casos descritos sino hubiera en él verdaderos episodios delirantes

que le colocan ya en un terreno mucha más próximo a la alienación. Tales episodios, aunque polimorfos, tienen marcadamente el carácter de persecución.

Otro caso muy interesante de golfo situado ya dentro de los límites de la alienación es el de C. F., de 15 años (fig.12), con estigmas somáticos de degeneración, como todos los hasta aquí estudiados, este muchacho hace fugas, cuyos caracteres parecen colocarlas dentro de los dementes precoces.

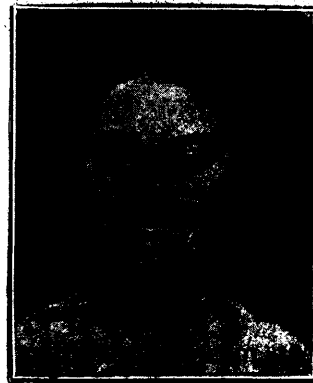


Fig. 12.

C. F., es hasta cierto punto un apático, que capaz de trabajar un poco automáticamente quizás emprende de vez en cuando fugas inexplicables que no trata de excusar de ningun-

na manera. La edad de este niño, su fórmula mental, los caracteres del síndrome parecen incluirles entre los afectos de formas estacionarias del tipo simple de la demencia precoz. No se puede dar como firme este diagnóstico porque no se ha hecho una observación prolongada.



Fig. 15.

Una niña, M. R. (fig. 13, ha de servir como tipo para exponer los casos de rebeldía imputables al histerismo. Esta niña es una histérica cuyo psiquismo presenta las dos circunstancias que se mencionaron como síntomas mentales de histeria: la fabulación y el egocentrismo.

Una y otro la han empujado a huir de su casa, donde un ambiente familiar sano, pero un poco rudo para modificar convenientemente las pésimas

condiciones congénitas de aquella mentalidad, se ha hecho rápidamente incompatible con las exigencias de la enferma.

Recogida en la vía pública, nunca más emocionante novela puso ser fraguada que la que ella narro para explicar su soledad en el mundo.

Descubierta la ingeniosa mentira, y amenazada M. R. de una reprensión enérgica por parte de su padre, simuló admirablemente un ataque convulsivo, de tan perfecto modo que su nuevo embuste pudo engañar a quienes la observaban.

Bien es cierto que, según la frase clásica, nadie simula con perfección sino aquello que padece. Y en realidad, M. R. presenta un estrechamiento del campo visual y una ausencia de los reflejos tanto corneal como faringeo que no permite dudar acerca de la naturaleza histeriforme de sus trastornos.

Terminado el estudio de las anomalías mentales, im-

ne el método que sean las anomalías en el orden moral objeto de análisis e investigación.

Es suficiente recordar cuanto hasta en este momento se lleva dicho para convencerse de que el grupo que constituye las anormalidades morales no tiene límites precisos. Mil veces se ha repetido: las alteraciones del psiquismo no están jamás localizadas en solo aspecto de su funcionamiento. Afirmar lo contrario es esquematizar cuadros clínicos que la realidad no presenta jamás.

Todos los trastornos mentales descritos se acompañan de manifestaciones morbosas en el orden moral; pero allí eran predominantes los síntomas en la esfera intelectual, y ahora, por el contrario, son las funciones afectivas las que presentan mas grave trastorno.

No es posible, pues, mostrarse de acuerdo con Tanzi, que

dedica un largo capítulo a probar la existencia de lo que él llama la inmoralidad constitucional, en la que solo un sentimiento de lujo está suprimido: el altruismo.

La propia experiencia pronunciase en contra de la tesis que se opone también a las enseñanzas de la escuela francesa.

Es Regis¹ el que afirma que "en rigor no habría lugar a discurrir para los enfermos de locura moral una denominación particular, pues entra en las categorías precedentes... confinan con un grado más profundo de enfermedad mental la imbecilidad". Raymond² dice también: "En verdad se trata más de una variedad de estado mental, que de una psicosis propiamente dicha".

1 Loc. cit.

2 Loc. cit.

Legrain¹ establece la constancia de los trastornos intelectuales de los locos morales, afirmando en ellos la realidad de lagunas de conciencia.

De la escuela alemana, Mendel describe la locura moral entre las formas de imbecilidad.

Desde el punto de vista clínico, una división de las anomalías morales ha sido establecida por Tanzi: en efecto, el autor italiano distingue inmoraes por impulsividad e inmoraes por deficiencia, grupos muy análogos a los de amoraes y paramoraes de la clasificación de mi padre.

Esta división tiene su más sólido fundamento en la realidad clínica, que presenta enfermos pertenecientes a una y a otra categoría.

1 Le delire chez les degenerés.

La amoralidad puede compararse a los profundos trastornos mentales por hipofunción. Justifica hasta cierto punto la expresión de "idiota moral" de Arnaud². Es la inmoralidad por deficiencia de simpatía. El carácter de los individuos que la sufren es frío, calculador, reflexivo: en este grupo hay más inmorales que delincuentes; nada tienen ordinariamente de impulsivos, sino que al contrario, las reacciones morales faltan en ellos: incapaces de nobles sentimientos, egoístas, sacrifican sin vacilar cuanto se opone a la realización de sus deseos.

El amoral constituye el último término de una serie continua riquísima en tipos, que comienza en la normalidad absoluta, inicia poco a poco su descenso en el grado de ano-

2 Psychoses constitutionnelles en Traité de Pathologie mentale, de Ballet.

malia con lo simples dsmorales, márcase más y más en los hipomorales, para acabar en fin con los graves trastornos que constituyen la amoralidad.

La segunda variedad de anomalias morales, comprende la llamada locura moral. Las más extraordinarias descripciones, los cuadros mas minuciosos se han trazado para definir al loco moral, para dibujar su silueta. Estas creaciones de imaginación más o menos novelesca, hechas muchas veces con escasas vistas a la clínica, tendrían una apropiada síntesis en cuatro palabras con que Regia resume la sintomatología que su experiencia asigna a tales enfermos, amoralidad, inafectividad, inadaptabilidad, impulsividad, sino hubiera de modificarse el primer término de esta fórmula substituyéndolo por este otro: paramoralidad.

Efectivamente, la característica de los locos morales no

es la ausencia de reacciones en la esfera de la moralidad: es superversión. Es un estado psicopático más que de apatía de impulsividad anormal.

Si se dijo de la moral que era un idiota, el paramoral es un alienado: experimenta emociones, es capaz de movimientos afectivos; pero una y otras tienen una orientación que se aleja mucho de la normalidad: el loco moral ha perdido la facultad de apreciar rectamente la significación moral de los hechos.

Podrían, pues, multiplicarse al infinito los detalles de la estructura espiritual de estos enfermos; siempre la descripción sería incompleta, si pretendiera ser minuciosa; inútil obcecarse en hablar de su crueldad, de su ingratitude, de su pereza, de su rebeldía. Todos éstos caracteres están incluidos en la síntesis expuesta: el trastorno típico de los locos mo-

rales es la pérdida de la facultad de apreciar rectamente la significación moral de la realidades objetivas.

No se ha hablado hasta este momento de otro criterio de nosotaxia que a los trastornos de la esfera moral puede aplicarse: el de considerarlos globales o limitados a un orden particular de hechos. En realidad esta división es un poco teórica. Mas bien podría hablarse de predominio de la sintomatología en determinada función que de presencia exclusiva de fenómenos morbosos en ella.

De todos los individuos que pueden ser clasificados en este último grupo, solo un tipo especial merece llamar la atención: los anormales morales de instinto en lo que se refiere a la sexualidad, las anomalías del instinto sexual, lo que se llaman perversiones sexuales.

Dos nombres llenan la bibliografía de tales materias: Krafft-Ebbing, cuya obra fundamental nadie puede dejar de consultar, y Havelock Ellis, que con sus minuciosos estudios patológicos ha proyectado mucha luz sobre la cuestión de las perversiones sexuales. Solo ha de decirse aquí que se trata de impulsiones cuyas formas distintas reciben los nombres de exhibicionismo, masoquismo, uranismo, fetichismo y sadismo.

De nuevo, guardando fidelidad al sistema que hasta este momento se ha seguido, se acude a la propia experiencia para tomar de ella aquellas observaciones que sean más demostrativas desde los puntos de vista absolutamente teóricos que las precedentes páginas establecen con relación a las anormalidades de orden moral. Con pena profunda precisa consignar el

detalle de que las niñas abundan en tal grupo de anomalías.

Hasta este momento, en todo el curso del trabajo solo una silueta de mujer había aparecido en el estudio de los golfos, y aun en ella no era la perversión tan profunda que no permitiera esperar una mejoría, sino una curación bajo la persistente influencia de un sano medio social.

Pero las niñas que figuran en el actual grupo destruyen este precedente: pervertidas unas congénitamente, otras por imitación la obra redentora que las devuelva útiles al seno de la sociedad tropieza con casi infranqueables obstáculos.

Sea la primera estudiada A. A. (fig. 14), de 13 años hermana de leche del Blanco, esta niña, según los compañeros fué también su amante, De una hipocresía extremada, su funcionamiento afectivo ajustase en absoluto, al tipo de la locura moral. Anita ayuda a sus amigos en las raterías que come-

ten, desempeña los papeles que su debilidad le permite y que sus particulares condiciones facilitan notablemente, espia a los que han de ser robados, avisa a los ladronzuelos el peligro o la ocasión, y cuando el despojado quiere correr en pos de quien le asaltó, Anita, con apariencias de un interés que fácilmente se explica, se interpone en su camino, entreteniéndole con preguntas.

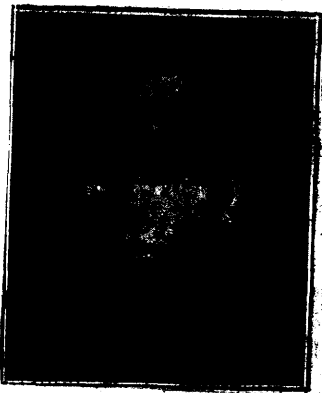


Fig. 16.

A. presenta además el síntoma descrito como típico de los paramorales déjanla inalterable los sucesos más emocionantes, y en un brusco acceso de sensiblería llora ante un pájaro muerto de frío. Sus relaciones sexuales con el Blanco parecenle la cosa más natural del mundo a su edad y en sus circunstancias.

No tiene ni siquiera rudimientos de esa reserva que extremada en los niños normales constituye el pudor, palabra para ella vacía de sentido. A., en fin digna compañera del loco, presenta un porvenir cargado de los más negros pronósticos.

Otro ejemplo de paramoralidad es el de J. L., Larita, (fig. 15,) niño de 14 años, en el que todas las circunstancias típicas de la paramoralidad se hallan reunidas. Este muchacho ratero roba a una niña corta cantidad de dinero que la chiquilla llevaba para adquirir al-

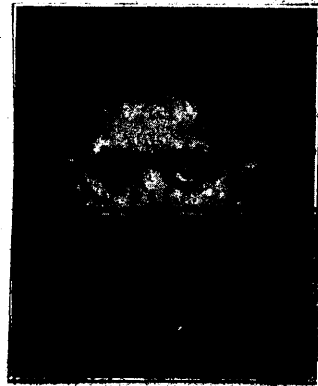


Fig. 15

gunos objetos por orden de su madre, y burlase con sus muecas de los lamentos de la infeliz.

Pocas horas despues, en un sitio alejado de aquel en

que fué cometido el robo, una pobre anciana cae produciéndose alguna hemorragia: entre los que se acercan a socorrerla encuentrase el ratero, que hace entrega a la lesionada de todo el producto de su latrocinio.

Este mismo niño solloza dolorido por que han herido a un gato que le era muy afecto, cuidale con mimo, y dias despues le ahorca con gran algazara porque "se habia puesto muy feo".

Entre los amoraes, hipomoraes y dismoraes tambien hay niñas.

Desconsoladora demostración de tal aserto es J. E. , Mari-Escoba (fig. 16), niña de trece años, acerca de la cual en las notas clínicas provisionales que se hicieron para re-

dactar este estudio se dice lo siguiente: "es el prototipo de toda malda." So sorprende porque su aspecto dice ya mucho al antropólogo observador, que sabrá fácilmente descubrir en ella los estigmas somáticos de degeneración, cuyo conjunto constituye un "tipo de raza inferior".



Fig. 18.

Con impulsiones sexuales exhibicionistas, Mari-Escoba es una prostituida mejor una prostituta sifilítica. Ladrona, su cinismo espanta y causa lástima. Recluida en la sala de higienista en el Hospital de Valencia, las otras pupilas, desgraciadas mujeres encanalladas en el vicio, se quejaron de que esta niña las escandalizaba con sus exhibiciones.

En muchas ocasiones es difícil diagnosticar entre una anormal y una amoralizada: hay que recurrir a los síntomas concomitantes. Ello permitió calificar a C. M. (Asidocca) Pelut (fig. 17), prostituida por abandono, pero descendida a inconcebibles extremos de corrupción, que si suponen una intensa acción de medio, no pueden, en cambio, alcanzarse sin particulares condiciones individuales.



Fig. 19.

Esta niña, ya blenorragica, incitaba a la comisión de actos inmorales, bajo la dirección de quien de tales andanzas obtenia provecho, y con este motivo procuraba explotar a la víctima, bien por hurto, bien por amenazas de denuncia. En tales menesteres era cómplice su propia hermana, J. M. (fig. 18),

con las mismas condiciones morales de ella, y lo que es peor, también blenorragica.

En los niños existientambién casos de amoralidad, como el de J. S., Maquinero II (fig 19), hermano del degenerado F. S., ya estudiado (fig. 10), y como él con evidentes estigmas somáticos de degeneración: asimetría facial dientes viciosamente implantados, orejas en asa. De carácter independiente se asocia cuando le conviene a la partida en que su hermano figura, pero obra de ordinario por cuenta propia, viviendo de sus raterías. La condición saliente de su temperamento moral es la indiferencia, en la que J. S. llega a

extremos inconcebibles: no hay en él en absoluto ni un movimiento de piedad. En cambio, impulsivo y soberbio, J. S. constituye un caso de amoralidad digno de ser mencionado.

Cual sea el mecanismo patogénico que empuje a este género de anormales a la vida del golfo, no es difícil de comprender. Hácenles sus trastornos incompatibles con el medio familiar; se les golpea, máltrátaseles, corrígense con violencias sus desmanes. Y constituidos congénitamente en rebeldía, no precisa que el medio exija mucho para que el individuo se niegue a dar: la fuga surge como salta la chispa entre superficies cargadas de contrarias electricidades a elevada tensión: el golfo nace.

Sólo las exigencias de un plan que ya propuesto deba seguirse hasta ajustar a él en absoluto el desenvolvimiento de la doctrina, solo el deseo de que este trabajo dentro de su natural modestia sea lo mas completo posible, pueden explicar que en este punto se dediquen unas líneas a hacer mención somerísima de las anormalidades sensoriales y motoras, Cuanto de ellas podia ser interesante en este estudio se ha ido mencionando en apartados diversos a otras anomalías destinadas. Solo alejándose excesivamente del objetivo propuesto, se podria aquí detener la atención sobre tales géneros de anormalidades y una vez más se tiene la comprobación evidente de la realidad de las nociones expuestas: porque si las anomalías que afectan a las esferas de la sensorialidad y de la motricidad son poco abundantes, débese

ello únicamente a que las condiciones de vida del niño golfo no son compatibles con tales trastornos. Un ciego o un cerebroplegico, cualquiera que sea el grado de su anormalidad mental o moral, no pueden jamás reaccionar a las acciones resológicas en el sentido de la rebelía que la existencia del golfo requiere. Así se comprende bien que en esta labor de investigaciones que ha permitido examinar cerca de 200 niños, ni un solo caso de trastorno motor o sensorial grave, exceptuando naturalmente los casos descritos, haya podido ser descubierto.

Otra cosa hubiera sido si en lugar de tratarse aquí de un estudio médico-social del niño golfo fueran los mendigos objeto de atención: allí el orden de frecuencia hubiera aparecido inverso; ocuparían el primer lugar los anormales motores y sensoriales, y los morales e intelectuales estarían

destinados a desempeñar un papel secundario por lo que se refiere a las causas de mendicidad.

En último término las anormalidades a que ahora se hace referencia no son más que manifestaciones clínicas de procesos que tienen interés en el estudio de los golfos cuando de otra manera se traducen; porque las alteraciones sensoriales imotrices congénitas, hijas son de la plasia de los correspondientes centros cerebrales, enteramente semejante a la que engendra la idiocia: unos y otros procesos serian por consiguiente equivalentes.

Poco a poco en virtud de un proceso esencialmente analítico, la verdad objetiva ha ido surgiendo a los ojos del investigador como fruto de la observación atenta y desapasionada de la realidad. Pero ello ha sido como visión fragmentada,

algo que ha descubierto aspectos sucesivos y distintos de la cuestión estudiada. Más todo lo escrito parece de interés si ahora se abandona el campo de la casuística y en una síntesis ideológica que desde un punto de vista más elevado presente la silueta de conjunto del problema, se describe la abstracción niño golfo como tipo de su especie.

Tratando de condensar en una definición concreta las características del golfo, déciase al comenzar éste trabajo: es un niño rebelde, no sujeto a la acción de sus naturales tutores, parásito de las grandes urbes, en cuyas calles vive libre e ineducado, burlando la disciplina social, vistiéndose sucios arapos, comiendo sobras o proporcionándose alimentos a costa del pordioseo, del hurto o de pequeños servicios y trabajos que realiza siempre en la vía pública y que suele abandonar cuando le han rendido producto suficien-

te para satisfacer sus diarias necesidades. Carece de hogar, duerme a cielo raso, en los quicios de puertas, en los patios escasos de vigilancia o en inmundas zahurdas que comparte con otros de su cañala sin distinción de sexos. Le engendrará la desgracia y el vicio, medra y se reproduce en las sociedades mal constituidas y muere en un hospital o en un presidio".

En esta descripción brevísima estaban bien concretados los trazos más salientes de la vida del golfo. A dar más detalles a la semblanza tiende el presente último apartado del plan propuesto.

La indumentaria del golfo, tan típica como digna de estudio (fig. 20). Constituida la mayor parte de las veces por un abigarrado conjunto, suma de heterogéneas piezas que forman una prenda del vestido común, nunca confeccionada para él

amóldase en virtud de los procedimientos mas primitivos, con los que se pretende corregir defectos, se substituyen faltas



Fig. 20.

y se reparan las naturales averías que la actividad propia de todo niño ocasiona en las ropas en que cubren sus carnes.

Así las mangas excesivamente largas, son corregidas reuniéndolas sobre los codos, al igual que los calzones sobre las rodillas; así tambien los pantalones, demasiado amplios para el esmirriado cuerpecillo, se ajustan a él sin ningún botón que los abroche, cruzando uno sobre otro ambos delanteros, que se sujetan luego a la cintura con una cuerda o correa.

Los desgarrones no se remiendan, o se substituyen por trozos de tela de cualquier color y clase.

lo que al fin, pasado el tiempo, cada prenda del traje no es sino un policromo mosaico donde las más absurdas gamas de coloración están representadas. El golfo no ha sentido jamás sobre sus carnes el suave contacto propio de las ropas llamadas interiores: no las usó jamás. Tampoco el calzado, de cualquier especie que sea, pertenece a su indumentaria.

Con tan somero traje, bien se comprende, que no experimente la necesidad de despojarse de él para dormir; tampoco se preocupa de ponerlo en armonía con las estaciones del año: invierno y verano, bajo las espantosas heladas de una noche de Enero, o en el bochorno de un medio día estival, el golfo pasea triunfalmente sus andrajos, de los cuales puede decirse que han perdido su significación higiénica para conservar solo la del respeto a las conveniencias sociales.

En este terreno, como pruebas evidentes de la certeza de tal afirmación, hállanse las más extraordinarias manifestaciones de un cierto pudor nato puesto en conflicto con la absoluta falta de toda clase de vestidos.

Los tres niños representados en la fig. 21 no han hallado con que cubrir sus carnicitas y lo han hecho con los fragmentos de un cortinaje, recogido no se sabe en que misérrimo depósito de trapos, vivero inmundo de parásitos repugnantes que martirizan materialmente a las tres infelices criaturas.

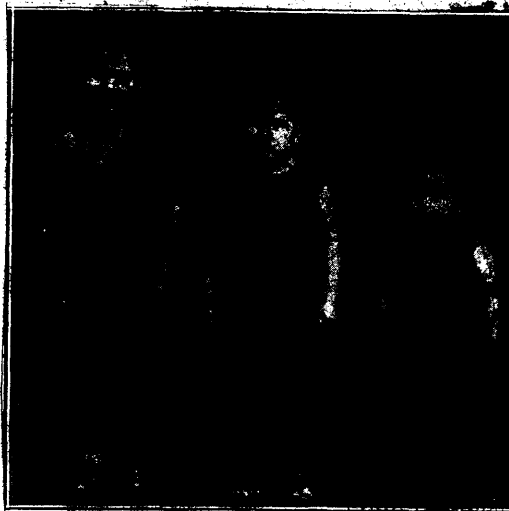


Fig. 21.

Algunas particularidades pueden mencionarse: en primer lugar, la tendencia a las vestiduras polícromas, como ya se ha dicho; en segundo término, el deseo manifiesto en muchos golfos de proveer a su traje de cuantos botones pueden recoger, singularmente si son vistosos, aunque sean desde luego absolutamente innecesarios, como por ejemplo los que se colocan sobre el pecho a guisa de condecoraciones.

Pensando en la significación científica de tales indudables hechos, viene inmediatamente al espíritu la doctrina lombrosiana o atávica de la inadaptación social. Semejantes aficiones, enteramente análogas a las que poseen ciertas razas inferiores, podrían ser manifestación de un infantilismo mental existente; tal interpretación es la única que parece explicar hasta cierto punto los hechos.

Concentrando la atención sobre otro aspecto del planteado problema, tal vez sea preciso justificarla antes de emprenderla, la cuestión del tipo antropológico del niño golfo.

Repetidamente en todo el curso de este trabajo se ha sostenido un criterio muy poco sospechoso de antropologismo sistemático, para que en este momento fuese necesaria una concreta declaración en favor o en contra de tal sistema. Es preciso hoy creer con Regis que "los problemas de la criminalidad entran cada vez mas en el terreno de la sociología".

Por ello, si se ha concedido importancia al estudio de las anomalías en los golfos, con no menos interés se expuso la acción del medio social; así se ha defendido que puede surgir un golfo de un ambiente absolutamente normal, por virtud de su particular constitución psíquica, también se afirmó repetidamente veces que la influencia mesológica sobre un

nino normal capaz era de constituirle en golfo, aunque en realidad, fuerza es confesarlo, tales divisiones son un poco esquemáticas, por que la mayor parte de las veces ambas acciones se suman, se muestran reunidas.

No puede ser de otro modo: pues si el nino nació en un ambiente de fatal acción para su ulterior destino, es casi seguro que pesen sobre él, además, taras hereditarias; y si vino al mundo en optimas condiciones mesológicas y por propio impulso se lanza a la vida del golfo, evidente resulta que se trata tambien de un anormal.

Claro es, pues, que no se pretende, ni pretenderse podría, construir por el método de las estadísticas un término medio de anómalas condiciones somáticas, con arreglo al cual todo individuo portador de aquella suma de caracteres orgánicos estaba fatal e inexorablemente destinado a ser un golfo.

Pero obsérvese que el problema tiene otro aspecto muy interesante. Decían Marie y Meunier que la característica de los vagabundos era precisamente la de no tener ninguna característica. Pues bien rotunda y terminantemente puede afirmarse de los golfos lo contrario: un cierto número de condiciones son comunes a todos.

Ello se explica fácilmente: supuestos varios individuos de los mas diversos orígenes, el hecho de que todos reaccionen en igual sentido a la acción del medio, ya presupone cierta semejanza de estructura espiritual; y esta semejanza crece hasta convertirse en analogía del tipo físico cuando todos los tales individuos tuvieron un parecido origen, que es lo que en la realidad ocurre. Pero más aún han de multiplicarse los caracteres comunes, puesto que una identidad absoluta de género de vida coloca a todos estos seres, ya semejantes unos a otros,

en las mismas condiciones de medio. La adaptación, capaz de crear por sí sola tipos orgánicos distintos, ha de hacerlo tanto más en esta ocasión cuanto que a su buril modelador s6metese una materia homog6nea.

No se ha de hablar aqu6, pues, de talla, de di6metros craneales, de peso dados que trat6ndose de ni6os en plena evoluci6n org6nica no tendr6an el menor inter6s sino puestos en relaci6n con la edad. Pero algo puede decirse de condiciones org6nicas en general.

La expresi6n de la cara del golfo es muy caracter6stica (fig. 22.) Cuando no se trata de un anormal profundo, hay en su rostro un gesto de indefinible picard6a. Sus ojos brillantes, inquietos, el rictus constante de los labios, la movilidad exagerada de todos sus trazos f6sionicos, la gesticulaci6n constante, prestan a esas caras todo el encanto de una infancia despierta, demasiado despierta por des-

gracia.

Hállase ordinariamente el golfo con marcadas diferencias de potencial biológico. No solo su alimentación, evidentemente en malas condiciones higiénicas, no solo el alcoholismo precoz, el abuso del tabaco y el onanismo, no solo los excesos de todo género, las fatigas extraordinarias las emociones ni cuanto aplasmar este niño, fragil figurilla, de escasa estatura, peso exiguo, capacidad torácica mínima y poca actividad circulatoria: hay también un elemento congénito que tal vez hubiera de ponerse en la cuenta de las glándulas de secreción interna, de la disendocrinia.



Fig. 22

No es posible vacilar en hacer responsable de tales estados somáticos a dos glándulas de secreción interna, principalmente, timo y toroides aunque nuestro Marañón¹ inclinase siempre a la idea, que parece más lógica, de que los trastornos de las secreciones internas nunca son absolutamente limitados a determinada glándula, sino que afectan a todas ellas por intermedio de la provación de la hormona de la enferma.

Muchos de los niños estudiados se parecen de tal manera a los descritos por Marañón, que ello conforma la idea de la existencia de trastornos endocrinos en los golfos. Principalmente el hipotiroidismo hállase afectando seguramente a alguno de los casos estudiados que física y psíquicamente podían

¹ La doctrina de las secreciones internas. - Las glándulas de secreción interna y las enfermedades generales de nutrición.

calificarse de retrasados. Y a la cuenta de los fenómenos del hipotiroidismo, ¿no podría ponerse esa sensación de frío que los golfos parecen experimentar constantemente? ¿y es acaso que los frecuentes signos de raquitismo no pueden también figurar entre los trastornos de la función tímica cuyas alteraciones llevan aparejadas, según Klose, Vogt, Cardenal y el mismo Marañón, lesiones óseas del tipo clásico de la rachitis?.

Es preciso limitarse a plantear la cuestión en los justos límites de sospecha, sin que pueda afirmarse de ella su actual estado de ciencia. La observación sistemática debe ser emprendida en este sentido.

Con respecto a las costumbres del golfo, una modalidad muy interesante puede ser estudiada la asociación.

Lombroso, dando pruebas de su excelente espíritu de observación, hacía notar que muchas veces "los criminales necesitan vivir en el seno de la sociedad"¹, y a continuación de un estudio mesomero, relata algunos casos de los resulta evidente el espíritu de asociación de los criminales.

Exactamente la misma afirmación puede repetirse con relación a los golfos; ese espíritu de compañerismo, si se permite la frase existe de un modo innegable: forman los de su clase como un vasto grupo, cuya solidaridad nadie podría negar; pero además de ello, muchas veces algunas especies de golfos rateros se constituyen en cuadrilla.

Sirva de ejemplo curiosísimo la que se reproduce en la fig. 23. Ella ha tenido ocasión de observarse directamente con detalles muy interesantes. No son desconocidos los personajes que la forman: todos ellos han desfilado ya por es-

¹ L'homme criminel.

tas páginas al exponer las diversas entidades nosológicas de que pueden considerarse afectos.

La cuadrilla tiene un jefe, y ¡cosa extraordinaria! no



F 22

es el mas fuerte ni siquiera el mas inteligente, sino el

más depravado, el más anómalo desde el punto de vista mental: el conocido por el remoquete del Blanco o el Loco. Véase en la fotografía su actitud, en la que sin recordar para nada su historia clínica, puede ya adivinarse aún delirante. Este sujeto, ante se ha dicho es el más peligroso de toda la banda; su instintiva perversidad le inspira cuantas truhanerías sería capaz de inventar el más empedernido de los criminales; amante de A., utilízala sin piedad como instrumento de sus fechorías, no sin que la niña se someta gustosa a las canallescadas exigencias de su explotador.

Sobre el resto de sus secuaces, el Blanco ejerce un dominio solo explicable por la influencia que cerca de aquellas mentalidades débiles ejercen los episodios delirantes del Loco. Obedécenle ciegamente, sigúenle sugestionados en todas sus empresas, y alguno de ellos ha hecho enormes caminatas

por unirse a este, que podría llamarse el genio malo de la golfería valenciana.

Pero si la funesta inspiración parte del jefe, el Maquinero (vease fig. 10), segundo de la banda, representa la inteligencia. Las ideas de los golpes surgen en conjunto de la fatal iniciativa del Blanco; pero el **Maquinero** es quien fragua los detalles, el como y el cuando, previene los peligros y trata de evitarlos; su función en la cuadrilla sería como la de los centros poligonales: ordenar la serie de movimientos que se requieren para transformar en realidad sensible una idea.

Más en esta especie de división del trabajo falta todavía un elemento: el motor ciego, bruto que recibida la orden, ejecutala fielmente; el músculo, por insistir en la semblanza iniciada, y este es en la cuadrilla el **Llauro** véase (fig. 11)

E Llauro obedece mecánicamente a sus jefes: si hay un puesto de peligro, este es el suyo; no hay temor de que lo abandone, ocurra lo que ocurra, si el que le mandó quedarse no viene a relevarle de tal misión.

Y por último, el Churret, (fig.6) es un desgraciado de-
bil mental cuya historia ya se ha mencionado, que sigue al
resto de la banda inducido por el Loco. Es el más redimi-
ble de toda ella, porque es esencialmente bueno, fundamen-
talmente docil; sometido a la perniciosa influencia de sus
amigos, es tan incorregible como ellos.

Un justificado temor de herir legítimas susceptibili-
dades impide dedicar ni una sola línea a estudiar el caso
de G. G., muchacho ya muerto, perteneciente a una familia
honorabilísima, cuyas amarguras no deben rehovarse con u-

na descripción de hechos pasados; este es el único desconocido que figura en la fotografía de la banda.

Así constituida esta asociación, dedicábase a cometer toda clase de hurtos, cuyos productos eran equitativamente repartidos entre todos sus miembros.

Robaban en los esparates de los comercios, en los puestos de los mercados, en los paseos, en cualquier punto donde la glomeración facilitase sus tareas.

Véase, pues, si es interesante considerar que en esta banda, compuesta de seis individuos, hay un delirante, un degenerado con impulsiones, una amoral, un debil mental y un loco meral, ¡elocuente ejemplo que prueba el enorme interés de la psiquiatría, estudiada sistemáticamente en todos los niños golfos!

No todos ellos viven siempre de sus raterias: algunos mendigan, otros se dedican a recoger las colillas de los cigarrillos o los desperdicios de papeles que luego venden a un precio irrisorio. No es posible ni imaginar siquiera las variedades de industrias que el golfo practica.

Muchas veces, tales diversos menesteres son ejercidos en horas sucesivas del día por el mismo niño, que después, si el producto de su trabajo no basta para pagar el mísero condumio, acude a los cuarteles y conventos a recoger las sobras de la ajena comida.

Llegada la noche cada uno se dirige a su dormitorio, que suele ser relativamente fijo: siempre en el mismo zaguán o en el mismo patio, si la colecta no ha sido buena; cuando lo es, por cinco céntimos una casa de dormir proporcionale ca-

ma; !de alguna manera habia de llamarse al monton de paja sobre el que deja caer su maltrecho cuerpo!. Si puede pagar hasta diez céntimos se le permite dormir sobre una manta arapienta, bajo el catre que ocupa algún poventado del hampa. Por un real puede descansar, tendido en el mugriento catre, en salas inmundas donde pernotan hacinados diez o doce mendigos o criminales.

Muchas veces, en el lumbral de uno de esos espantosos almacenes de miseria, el alma, condolida ante la visión dantesca de tanto dolor, de tanto vicio, de tan cruel abandono, se ha conmovido, sintiendo la consoladora eficacia de aquella máxima de Cristo, supremo símbolo de toda caridad; "Amaos los unos a los otros". Lo que a la vista heria era el daño. Lo que pedia la razón era el remedio.

FORZOSO ES SINTEMATIZAR EN UNA FORMULA BREVE TODO EL EXPUESTO CUERPO DE DOCTRINA. DE EL SE DEDUCEN, CON ABSOLUTO RIGOR LOGICO, LAS SIGUIENTES CONCLUSIONES:

PRIMERA. El niño golfo es un inadaptado extrasocial, vagabundo habitual de las ciudades.

SEGUNDA. Dos elementos etilógicos fundamentales pueden generar al golfo: la acción del medio social y las condiciones de reactividad del individuo; ambos factores actúan simultáneamente muchas veces. Cuando el primero haya ejercido su influencia de modo predominante, el golfo deberá ser considerado normal. Si la ejerciese el segundo, es decir, si la anómala reacción individual fuese la creadora del golfo, éste deberá considerarse anormal.

TERCERA. La acción mesológica se ejerce por tres mecanismos patogénicos diferentes: por inducción, por abandono y por explotación.

CUARTA. Las anormalidades más frecuentes en los golfos son las mentales y las morales.

QUINTA. Entre las anormalidades mentales, las por hipofunción constituyen un grupo numeroso de golfos imbéciles, y las parafuncionales el no menos importante de los neuróticos, así como el de los episodios psicopáticos de los degenerados. La idiocia, la demencia precoz y la locura maniaco-depresiva tienen una escasa representación.

SEXTA. Los niños golfos que sufren anormalidades de carácter moral, son locos morales, o amorales.

SEPTIMA. El golfo, cualquiera que sea su origen, tiene un tipo somático propio que la comunidad de alteraciones

-287-

congénitas ?disendocrinia? de taras heredadas, de género de vida y de influencias mesológicas mantiene y perpetúa.

HE DICHO.

Madrid Mayo 1916.

José Sánchez y Barón

de l'art de faire observer la
cathédrale de l'Université

F. Heury
Cardinal.

J. M. Vander Lame
Maire

Dr. Tolozan

~~J. M. Vander Lame~~